

ISSN: 1025-7233

caminos

Revista Cubana
de Pensamiento
Socioteológico

No. 51 2009



Crisis

Fernando Martínez Heredia · Esther Vivas · François Houtart · Oscar Ugarteche · Wim Dierckxsens
Walden Bello · Eric Toussaint · Rafael Correa · Fernando Torres · Jorge Fuentes · Francisco Rodés

Sumario

1 Presentación

Crisis

- 2 La Gran Depresión del siglo XXI inaugura la administración Obama
Wim Dierckxsens
- 9 Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis, pero teme no entender
Walden Bello
- 15 Lo que estamos aprendiendo en la crisis financiera del 2008
Oscar Ugarteche
- 18 Podemos transformar el curso de la historia
François Houtart
- 21 La crisis económica y financiera global podría ser aprovechada por Latinoamérica
Eric Toussaint
- 25 El tsunami del hambre
Esther Vivas

50 años de la Revolución cubana

- 27 La unidad de nuestras naciones
Rafael Correa
- 38 La ruptura del amor eficaz.
Camilo Torres, el movimiento estudiantil y la Teología de la liberación
Fernando Torres
- 52 Política revolucionaria e integración latinoamericana
Fernando Martínez Heredia

Lecturas

- 63 El Silvio Rodríguez que yo quiero tener siempre conmigo
Jorge Fuentes
- 67 William Stringfellow,
el profeta laico de Norteamérica
Francisco Rodés
- 72 Quiénes escriben aquí

Director

Raúl Suárez

Editores

Esther Pérez y Marcel Lueiro

Consejo editorial

Ariel Dacal, Fernando Martínez Heredia, María Isabel Romero, Carlos R. Molina, Alfredo Prieto, José R. Vidal, Izett Samá, Alejandro Dausá, Joel Suárez, Reinaldo Suárez y David González

Consejo asesor

Reinerio Arce, Leonardo Boff, Rafael Cepedař, Frei Betto, Noam Chomsky, Helio Gallardo, Giulio Girardi, François Houtart, María López Vigil, Miriam Ortega, Pedro Pablo Rodríguez, Loyda Sardiñas y Elsa Támez

Diseño y realización

Katherine R. Paz, Marcel Lueiro y Erick Ginard

Administración y distribución

Erick López y Gladys Ibarra

Canje y suscripciones

Ileana García

Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico publicada por el Centro Memorial Dr. Martín Luther King, Jr. (CMLK) Ave. 53 No. 9609 e/ 96 y 98, Marianao, La Habana, Cuba.
Tels: 260-3940 / 260-9731
Fax: (537) 267-2959
Correo electrónico: revistacamino@cmlk.co.cu

Inscrita en el Registro Nacional de Publicaciones Seriadas con el número 0270, Folio 090, Tomo I. Inscrita en la dirección de correos y telégrafos con el número 930-021-168. ISSN: 1025-7233

Suscripción anual

En Cuba: 20 pesos
En América del Sur: 25.00 USD
En América del Norte: 30.00 USD
En el resto del mundo: 35.00 USD

Fotomecánica e impresión de Uniprint

Cada trabajo expresa la opinión del autor. Se permite la reproducción de los materiales publicados siempre que se mencione la fuente. La revista no se responsabiliza con originales no solicitados.

Presentación

Las crisis, y no la crisis, es el tema de este dossier de *Caminos*; en otras palabras, no nos hemos contraído a la crisis financiera (como pretenden hacer algunos) o económica, sino que hemos querido hablar de ella en lo que nos parece su inextricable relación con las crisis causadas por el deterioro del medio ambiente, las guerras y el hambre, más devastadoras, continuas y silenciadas que aquella. Para eso reunimos a pensadores y pensadoras que, siempre desde su militancia en el campo popular, abordan diferentes aspectos, perspectivas y posibles soluciones para estas crisis que, como tantas cosas, pero de manera muy aguda, requieren de la conciencia y del debate entre muchos para su reversión.

Nuestro número se completa con las secciones 50 años de la Revolución cubana y Lecturas, en las que incluimos, además de reflexiones y presentaciones de cubanos, el discurso pronunciado por el Presidente Rafael Correa, de Ecuador, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana durante su reciente visita a nuestro país.

La Gran Depresión del siglo XXI inaugura la administración Obama*

La crisis actual como crisis civilizatoria

El mundo capitalista enfrenta desde fines del 2007 una crisis que cada día parece más profunda. Cuando los medios dominantes anuncian el final de la crisis, ocurre un colapso peor. Se elige un nuevo presidente de los Estados Unidos y nada cambia aparentemente. Surgen preguntas como, ¿dónde está el final de la crisis? Es un hecho que las crisis son inherentes al capitalismo. Sin embargo, esta no parece ser una crisis más del capitalismo. Muchos autores afirman que la economía mundial se encuentra ante un abismo peor que el de la Gran Depresión. Así lo considera el anterior presidente de Goldman Sachs, Joseph Giannone, en su artículo “Whitehead Sees Slump Worse than Depression”.¹ A su vez, Michael Chossudovsky señala en “The Great Depression of the 21st Century: Collapse of the Real Economy”,² que la actual crisis es mucho peor que la Gran Depresión, ya que los principales sectores de la economía se encuentran afectados conjuntamente. Entonces, ¿estamos ante una crisis más del capitalismo o frente a una crisis sistémica? Cada vez más es mayor el número de voces que afirman lo segundo. ¿Que habrá entonces después de una crisis sistémica? No creo que un Bretton Woods II, como se ha predicho recientemente, solucione la crisis, porque se trata de un enfoque netamente financiero y monetario y no responde a la crisis en sus diferentes dimensiones. Hoy enfrentamos un nuevo tipo de crisis y no es posible dar respuestas sin entender qué tipo de crisis atravesamos.

Estamos en una coyuntura en la que la crisis del capital se combina con una crisis ecológica y climática a escala mundial. En realidad, como dice François Chesnais en

“Discutir la crisis”,³ estamos ante el riesgo de una catástrofe, pero no ya del capitalismo en sí, sino de la humanidad. Estamos ante una situación catastrófica en la cual la naturaleza, tratada sin la menor contemplación y golpeada por el hombre en el marco de un capitalismo consumista y depredador, reacciona ahora de forma brutal. Sin embargo, tanto ahora como en el pasado, la lógica del capital no reconoce las mal llamadas “externalidades” de la economía, a no ser que vea afectada su tasa de ganancia. Es una actitud autodestructora. Si no hacemos nada, el calentamiento global cobrará sus víctimas. Entre el 20% y el 30% de las especies vivas podrían desaparecer de aquí a un cuarto de siglo. El cambio climático repercutirá fuertemente hasta en la especie humana misma. Aparecen epidemias, el acceso al agua se dificulta cada vez más y se encarece, y ello hace que se agudice como nunca antes la disputa por la tierra. Estamos acabando con la naturaleza, pero no percibimos que, a la vez, ella nos amenaza. La crisis actual viene a expresar no sólo los límites históricos del propio sistema capitalista. Enfrentamos también una crisis de la modernidad que considera a la naturaleza como un objeto de explotación. En síntesis, estamos ante una crisis de la civilización occidental que integra estas diferentes dimensiones.

Una dimensión fundamental de la actual crisis sistémica, en opinión de Samir Amin en “Débâcle financière, crise systémique: réponses illusoirs et réponses nécessaires”,⁴ es el acceso cada vez más difícil a los recursos naturales, si se compara la situación de hoy con la de hace siete décadas. Durante la Gran Depresión del siglo XX, la escasez relativa de los recursos naturales nunca fue un elemento a tomar en consideración. El actual sistema consumista de producción le impide a la mayoría de los habitantes del planeta (los pueblos de los países del Sur) el

* Tomado de www.herramienta.com.ar

acceso a sus recursos naturales. En tiempos pasados, un país emergente podía satisfacer su demanda de recursos sin poner en discusión los privilegios de los países ricos. En la actualidad ya no es posible. Los países ricos (un 15% de la población mundial) acaparan anualmente, por su estilo de vida y patrones de consumo, el 85% de los recursos del planeta. Ante la creciente escasez, los países ricos difícilmente permitan el acceso de los países emergentes a sus propios recursos. El conflicto por los recursos naturales entre Norte y Sur constituye, por tanto, el eje central de la lucha actual y de los tiempos venideros.

Resulta un hecho estratégico para la lucha de los países del Sur que esos recursos estén concentrados en el propio Sur. La crisis financiera y la crisis de la economía real impulsarán una mayor desconexión del Sur del proceso de globalización, es decir, de la influencia económica del Norte desarrollada bajo la globalización neoliberal. La desconexión del Sur le permitirá una mayor proyección de su economía en beneficio propio y potencialmente una reconexión con las necesidades populares. Un menor acceso de los países del Norte a los recursos naturales impedirá sostener el estilo de vida de Occidente basado en el consumismo. Se demandará una desmaterialización absoluta en la producción, lo que se traduce en una prolongación de la vida media de los productos. La rotación del capital disminuye y con ello se llega al límite mismo de la lógica de acumulación del capital.

Un recurso natural especialmente estratégico que continúa agotándose es la energía de origen fósil. El proceso de globalización neoliberal, con su criterio de la eficiencia, ha duplicado la distancia del transporte de bienes y, con ello, la demanda de recursos energéticos. La demanda de petróleo ha superado en los últimos años la capacidad de su producción, es decir, la oferta. La sustitución en gran escala de energía fósil por otras fuentes energéticas es la opción del capital para no cambiar el estilo de vida occidental, garante del proceso de acumulación de capital. La sustitución de petróleo por agrocombustibles en los últimos años implicó un alza del precio de los alimentos básicos. La consecuencia es una crisis alimentaria crónica en los países del Sur. Cuando estalló la crisis alimentaria de los últimos dos años, el capital no necesitó una intervención estatal para enfrentarla. La muerte lenta de las mayorías por hambrunas no significa una crisis real para el capital. Sólo lo es una crisis de la tasa de ganancia. Así se encadenó, durante el último año, la crisis de recursos energéticos con la crisis alimentaria, lo que generó una crisis de la ética.

Socialismo o barbarie: ¿mito o realidad?

Si ya no hay recursos naturales suficientes para poder garantizar en el futuro el estilo de vida occidental para el

15% de la población mundial, ¿que sucede si países emergentes como Brasil, Rusia, India y China (el llamado BRIC), así como el Sur en su conjunto, aspiran a tener un mayor acceso a dichos recursos en beneficio de su destino propio? Si con ese estilo de vida no hay recursos suficientes para una minoría, menos habrá para países emergentes como China, por ejemplo, que aspira a tenerlo. No habrá acceso exclusivo seguro a esos recursos sin control militar del planeta. Para los Estados Unidos y Europa ese control ya es una política, que continuará con la administración Obama. Si fuese por poder adquisitivo, China tendría hoy más capacidad de acaparar tales recursos. Cuando la capacidad económica de Occidente no basta, la amenaza de guerra se tiende a incluir como recurso político, y ello será cierto incluso durante la administración Obama. El pacto trasatlántico con la OTAN, que incluye a Israel, puede ser la vía en los años venideros. Sin embargo, Europa queda en medio de un posible conflicto, hecho que le resta fuerza a la tesis de la OTAN.

En este contexto, Edward S. Herman y David Peterson⁵ han subrayado recientemente que las principales amenazas actuales en el planeta son la de una guerra nuclear y la del calentamiento global. En teoría, la guerra nuclear se puede evitar con facilidad, dicen estos autores. Evitarla implicaría un bajo costo y el desarme más bien liberaría recursos para mejorar las condiciones de vida de las mayorías excluidas actualmente. La lucha contra el calentamiento global, en cambio, ya no se puede evitar y resultará muy costosa. Sin embargo, eliminar la amenaza de una guerra nuclear y emprender una política de desmilitarización va en contra de los intereses del conjunto del complejo militar industrial y los intereses privados de los países centrales. En la actualidad son precisamente esos intereses privados los que pesan en la toma de decisiones políticas. Lo anterior no deja mucho espacio a la administración Obama. La pregunta es, ¿bajo qué condiciones podemos evolucionar hacia un nuevo orden mundial más justo y equitativo que incluya el respeto a la naturaleza? La respuesta más probable es que esta transición no se dará sin lucha de clases a nivel internacional, sobre todo entre Norte y Sur.

Alexander Cockburn, en “Lo peor de Clinton, con Obama”,⁶ señala que el nombramiento de Rahm Emanuel como jefe de gabinete y guardián de Obama es tan siniestro como el de Carter cuando instaló al archiguerrillero de la Guerra Fría Zbigniew Brzezinski como su Asesor Nacional de Seguridad. Cockburn lo considera un superhalcón belicista del Likud que cuando trabajó en la Casa Blanca de Clinton contribuyó a la aprobación del NAFTA, la ley del crimen, el presupuesto equilibrado y la reforma de la asistencia social. Estuvo a favor de la guerra en Irak, y cuando presidió el Comité Demócrata para la Campaña Electoral en el Congreso, en el 2006, hizo grandes esfuer-

zos por eliminar a candidatos demócratas contrarios a la guerra. En el 2006 Emanuel publicó un libro junto con Bruce Reed llamado *The Plan: Big Ideas for America*, que contiene una sección dedicada a la “guerra contra el terror”. Emanuel y Reed afirman: “Tenemos que fortalecer ‘la delgada línea verde’ de los militares en todo el mundo, aumentando las fuerzas especiales y los marines de los Estados Unidos y ampliando el ejército norteamericano con otros cien mil soldados... Finalmente, debemos proteger nuestra patria y nuestras libertades cívicas creando una nueva fuerza interior de contraterrorismo como el M15 de Gran Bretaña”. La opción de Emanuel parece apuntar a la barbarie.

Las complejas dimensiones de la crisis que plantean los actuales y eventuales acontecimientos bélicos nos colocan en medio de una crisis de la humanidad. Estas dimensiones, en las que se conjugan el conjunto de sus contradicciones, marcan los límites históricos del capitalismo. Esa conjugación de contradicciones es expresión de los límites históricos del sistema vigente, de ahí que se manifiesten como una crisis de civilización. Los Estados Unidos no disponen de recursos económicos para ir a una guerra más amplia, ni los países acreedores tienen una mayor disposición, como veremos a continuación, para continuar financiando a los Estados Unidos. Lo anterior pone límites objetivos a una nueva conflagración mundial. Sin embargo, incluso si excluimos el estallido de una guerra de gran magnitud, existe en el presente la amenaza concreta de una guerra atómica. Esto es algo que prácticamente excluimos de nuestras discusiones, pero durante la administración Obama se puede imponer como un hecho real.

Una guerra atómica en medio de una profunda crisis resaltaré lo irracional de la racionalidad económica vigente. Un desarrollo prolongado de la crisis en sus diferentes dimensiones económicas, ecológicas y militares, que amenazan la vida del planeta, hará cada vez más evidente la actual crisis como una verdadera crisis civilizatoria. Una humanidad que renuncia a la vida perderá el derecho a la existencia. En medio de tal crisis civilizatoria emergerá la ética de la vida. En esa crisis el dilema entre socialismo o barbarie no sólo se planteará de manera inmediata, sino que la balanza se inclinará por el primero. Alain Grez, en su artículo “El consenso de Pekín”,⁷ especula que en el contexto de la crisis civilizatoria, el Consenso de Washington tenderá a ser remplazado por un llamado Consenso de Pekín o Consenso del Sur que apunta a la autodeterminación en las decisiones y el rechazo a las imposiciones de potencias occidentales; a la prioridad de la calidad de vida sobre el Producto Interno Bruto; y a un acento mayor en la innovación. Aunque los términos del planteamiento son debatibles, queda claro que, como nunca antes, desde la descolonización, los países del Sur

tendrán la oportunidad histórica –como lo prueban las cumbres del BRIC– de llevar a cabo políticas independientes y encontrar socios no alineados con el imperio. Se tejerán así nuevas relaciones más horizontales en un mundo multipolar.

Cuando la Torre de Babel del siglo XXI se desploma

El mundo capitalista se encuentra entonces ante una crisis sin precedentes. Según J. R. Nyquist⁸ pareciera que los políticos han perdido el control. Sin embargo, el autor sostiene acertadamente que los políticos nunca controlaron la llamada economía de mercado. La economía de mercado es una criatura de sí misma, con sus propias leyes, que no responden a políticas de intervención. El descomunal tamaño que ha alcanzado la economía financiera con respecto a la economía real en los tiempos recientes es de diez a uno, fenómeno que ha ido de la mano con una creciente internacionalización de las economías y con procesos de desregulación e integración financiera. Ante la crisis, son ahora los mismos especuladores quienes exigen que sus gobiernos “arreglen” la economía. Lo piden para salvar sus ganancias, aunque parezca ser en beneficio del bien común. Claro, los gobiernos tienen instrumentos. Pueden bajar las tasas de interés, emitir dinero, impulsar el flujo de crédito entre bancos, nacionalizar bancos en quiebra, etc. Todas estas medidas no evitan lo que viene: la Gran Depresión del siglo XXI.

¿Por qué? En palabras de Ludwig von Mises, “no hay forma de evitar el colapso final de un burbuja generada por una expansión monetaria sobre la base del crédito (deuda). La única alternativa para evitar un colapso mayor es que la crisis se dé más temprano como resultado de un abandono voluntario de la expansión del crédito. Esto hubiera sido posible a partir del colapso de la burbuja bursátil entre marzo del 2000 y septiembre del 2001. Sin embargo, a partir del 11 de septiembre, la Reserva Federal de los Estados Unidos mantuvo la política de bajar metódicamente las tasas de interés y optó así por estimular la burbuja más grande de la historia del capitalismo. Muchos países de Occidente y más allá siguieron el ejemplo. Al menos el 70% de la economía mundial enfrenta en la actualidad una crisis hipotecaria. El crédito, sin embargo, va mucho más allá. Hay una crisis de la deuda privada (tarjetas de crédito), pública y empresarial. El resultado final será el fin del sistema monetario vigente”.⁹

Si aumentan los autores que como nosotros afirman que la actual crisis será peor que la Gran Depresión de los años treinta es por una razón simple: nunca hubo semejante burbuja financiera en la historia del capitalismo ni semejante integración financiera a escala mundial. Los derivados (que funcionan como crédito sobre crédito sin ninguna conexión ya con la inversión real), han sido la

causa principal de la magnitud de la burbuja y, con ello, de la crisis planetaria en marcha. La pirámide de crédito funciona mientras exista un constante flujo de fondos aportados por nuevos inversionistas a crédito, o sea, mientras se ensanche la pirámide. Conforme se ensancha el edificio, se produce la ilusión de que todos salen ganando. En esencia, se trata de un sistema de inversión en el que la promesa y la entrega de ganancias no dependen de la inversión real, sino de la llegada de nuevos inversionistas sobre la base de nuevos créditos aportados. Se trata de un edificio piramidal construido con puro capital ficticio. Mientras exista la fe en que se puede hacer real la ganancia, la pirámide se agranda. Para lograrlo se necesitaba mantener al gobierno fuera de los controles, y preservar así la fe ciega en la obra. Los bancos centrales, y en primer lugar la Reserva Federal, tuvieron responsabilidad directa en el asunto.¹⁰

En la base de la pirámide estaban los créditos hipotecarios. El único componente real aquí estaba dado por las casas que responden ante las obligaciones hipotecarias. Los bancos revendían las hipotecas, a menudo mezcladas con otros productos financieros. Los vendieron a fondos de pensiones u otros bancos, con frecuencia fuera de los Estados Unidos. Con ese dinero se otorgaban nuevas hipotecas para construir una nueva etapa de la pirámide, y así sucesivamente hasta llegar a las hipotecas a personas sin capacidad de pago. Las hipotecas *subprime*¹¹ son apenas la cara más visible del estallido de la crisis, pero no su esencia. En el camino aparecen los seguros involucrados en el negocio. Un complejo sistema de derivados financieros elevó la pirámide a cotas desconocidas en la historia del capitalismo. La “torre de Babel del siglo XXI” alcanzó a mediados del 2008 algo más de seiscientos billones de dólares, es decir, diez veces el Producto Bruto Mundial.¹²

Un sector financiero que se separa de la creación de valor en la economía real y productiva es capaz de crear ganancia ficticia, pero sin respaldo en valores reales. Cuanto más profundo sea el sistema financiero y más apartado esté de la creación de valor y plusvalía, cuanto mayor sea, además, ese crédito otorgado y más países estén involucrados en esa lógica, tanto más profunda, prolongada y extensa será la crisis y mayor también la destrucción de capital ficticio. Nunca antes en la historia moderna hubo semejante burbuja especulativa alrededor del globo. ¿Cómo pudo irse tan lejos? ¿No habíamos aprendido de las recesiones anteriores? Las lecciones aprendidas con la crisis de los años treinta no nos previnieron de una nueva depresión, tal como se creía firmemente hasta hace poco. Puede que viejos errores no se hayan cometido en la actualidad, pero se cometieron y cometerán otros errores aún más graves. Sin embargo, el mayor error que se volvió a cometer es no distinguir la diferencia entre ga-

nancia y plusvalía. Una ganancia sin respaldo en la economía productiva por su contenido (hay servicios productivos), carece de plusvalía y resulta ser una ganancia ficticia. El capital invertido es capital ficticio.¹³ Esta distinción requiere entender la teoría del valor trabajo de Marx, y llama la atención que las obras de Marx se ponen otra vez de moda.

El capital que se desarrolló así tenía una existencia estrictamente virtual. Era como una cascada infinita de anotaciones contables y de registros electrónicos. Una pura ilusión, un espejismo de riqueza. Tarde o temprano tenía que derrumbarse ese gigantesco castillo de naipes.¹⁴ La amplitud de la crisis actual no tiene precedentes. A diferencia de la Gran Depresión del siglo XX, la ilimitada expansión monetaria y el enorme déficit presupuestario conllevan colapsos de monedas, en primer lugar del dólar como moneda internacional. A diferencia de la Gran Depresión, países enteros pueden caer hoy en bancarrota, como sucede con Islandia, Hungría y Ucrania, y puede suceder mañana con países grandes como Italia. A diferencia también de la época de la Gran Depresión del siglo XX, el mundo está más integrado que nunca y una crisis en la economía real a escala global no salvará ni a los países con mayor empuje económico como China.

Entonces, ¿que se puede hacer? ¿Caben aquí las regulaciones? Las mismas, afirma François Houtart en “Panel sur la crise financière ONU”,¹⁵ sólo caben en tanto constituyan etapas de una transformación radical que permita una salida a la crisis que no sea la guerra y no prolonguen la lógica destructiva de la vida. Por tanto, no basta con reordenar un sistema: se trata de transformarlo. Ello constituye una obligación moral, y para comprenderla se requiere adoptar el punto de vista de las víctimas. En el plano internacional, predominará en primera instancia el “sálvese quien pueda”, hasta que quede claro que no se salvará ni el capital dominante. En ese contexto, suele triunfar con el tiempo la lucha a nivel mundial con una ética solidaria y una ética del bien común. Ello implica reconocer y manifestar la convicción de que el conjunto de crisis financiera, alimentaria, energética, climática, del agua, social, etc., no se resuelve sino mediante un cambio civilizatorio, y la convicción de que podemos transformar el curso de la historia. Por tanto, resulta un asunto eminentemente político no limitarse a las dimensiones financieras de la crisis, sino considerar la misma crisis en sus múltiples dimensiones.

Proteccionismo, colapso del comercio internacional y desconexión

La gran crisis financiera desemboca en otra crisis gigantesca en la economía real. El diario *Le Monde* no se anduvo con rodeos el lunes 27 de octubre del 2008 al describir

el estado de la economía mundial: luego de anunciar en la cubierta, con un título catastrófico, que las bolsas habían perdido veinticinco billones de dólares, concluye en las páginas interiores de una forma más lapidaria: “Los mercados bursátiles, chupados por el vacío”. Al día siguiente, los ingleses llenaban también las primeras páginas con la noticia de que las pérdidas bancarias y financieras ya llegaban a los 2,8 billones de dólares. Hasta el *Financial Times* se sumaba a la competencia catastrofista para mostrar que detrás de las bolsas de Indonesia y Rusia –habían perdido el 95 y el 76% respectivamente de su capitalización– había una larga fila de países cuyos mercados de capitales se desintegraban. El vicepresidente del Banco de Inglaterra tampoco se quedó atrás al señalar que nos encontramos ante la mayor crisis en la historia de la humanidad.¹⁶

Con sus intervenciones de salvación a los bancos y empresas transnacionales, la Reserva Federal de los Estados Unidos crea más capital ficticio, con la intención de mantener la ilusión de un valor del capital que está a punto de derrumbarse. Lo hace con la perspectiva de tener en algún momento la posibilidad de aumentar fuertemente la presión fiscal, cosa en realidad imposible, porque eso significaría el congelamiento del mercado interno y la aceleración de la crisis en tanto crisis real. Asistimos, entonces, a una fuga hacia adelante que no resuelve nada.¹⁷ La administración norteamericana financia de esa forma su propia incapacidad de pago, lo que a su vez le brinda más poder centralizador a la banca para definir el quehacer del gobierno en la crisis. El resultado es la profundización de la crisis en la economía real. Con la crisis financiera, nos encontramos apenas en la fase inicial de una crisis mucho mayor. La misma promete ser muy larga y profunda. Ya tenemos delante un segundo momento de la crisis: el proceso de propagación de la recesión. Esta se transformará en una brutal crisis de superproducción a escala planetaria. En los Estados Unidos y Europa ya comenzó este proceso, que se expandirá. Como la industria automotriz depende en gran medida del crédito, y este se ha visto reducido radicalmente, las ventas caen bruscamente, golpeando en primer lugar a ese sector. Es ahí donde se anuncian ahora las quiebras con desempleo masivo, baja salarial, inseguridad laboral, es decir, la crisis social. Luego vendrá la crisis de las tarjetas de crédito y caerán las ventas de todos los productos y servicios. Hasta los propios gobiernos tendrán dificultades crecientes para obtener crédito, como veremos a continuación. El *Global Europe Anticipation Bulletin* (GEAB), en su edición 28 del 15 de octubre del 2008, afirma que la crisis sistémica global en el 2009 será mucho más impactante que la crisis de los años treinta. Dan para ello algunas razones. La deuda pública de los Estados Unidos está fuera de todo control, y se estima que alcanzará un 70% del PIB en el año próxi-

mo. Sin embargo, esta es apenas la punta del iceberg, afirman. La deuda privada en los Estados Unidos puede alcanzar el 300% del PIB. Como consecuencia, esperan para el año 2009 una profunda recesión.

La intervención estatal en la economía real se inicia en la industria automotriz y sin lugar a dudas traerá consigo medidas proteccionistas. Lo mismo sucederá en otros sectores considerados estratégicos como la aviación o la computación. Con un mayor proteccionismo, la crisis se torna inmediatamente mundial. El proteccionismo es un “sálvese quien pueda”, a nivel del capital dominante, que no los salvará. A partir del proteccionismo colapsará el comercio internacional, lo que afectará sobre todo al capital transnacional. La quiebra de las empresas transnacionales en el futuro cercano será impactante. En ese contexto, triunfará la tesis de la desconexión del Sur y la posibilidad de generar un nuevo orden económico internacional. Si hasta la fecha la desconexión del proceso de globalización se ha logrado en la América Latina contra viento y marea, a partir de la crisis real a nivel mundial recibirá viento en popa. La oportunidad y la necesidad de la desconexión se darán en el mundo entero, lo que generará un clima más favorable para un cambio profundo.

El colapso del dólar y del actual sistema monetario en el 2009

Al exportar más de un 40% de su Producto Interno Bruto, China sufrirá particularmente una contracción de su economía con un colapso comercial a escala global. Miles de fábricas ya cierran en China. Sólo en la provincia de Guangdong se cerraron nueve mil fábricas por la crisis financiera en los Estados Unidos, según la edición del *Epoch Times* del 26 de octubre del 2008. Ante la contracción de las exportaciones, China y otros grandes acreedores de la economía estadounidense (los países árabes petroleros) vuelcan sus inversiones hacia adentro, en busca de la creación de un mercado interno. Como en el pasado China dependió en alto grado del mercado externo, el país acumuló más reservas internacionales en dólares que ningún otro país emergente. Las reservas internacionales totales crecieron desde el año 2001 a una tasa anual explosiva del 26,5%, y alcanzaban en agosto del 2008 casi los siete billones de dólares. Más del 70% de las mismas están en manos de los países emergentes, con China en primera línea.

En agosto del 2008 se paralizó de repente el crecimiento de las reservas internacionales globales y se observó un cierto reflujo. La lectura es que los Estados Unidos ya no logran obtener crédito externo. En este punto de la recesión, ¿qué motivo tienen los socios comerciales de los Estados Unidos para seguir comprando los bonos del tesoro y devaluar sus monedas? El resultado es un gobier-

no federal de los Estados Unidos insolvente. Conforme los países emergentes como China deseen transformar los billones de reservas internacionales que poseen en moneda nacional para financiar su infraestructura interna, la curva podrá adquirir un descenso pronunciado. Lo anterior comprometería el valor del dólar seriamente y podría causar incluso su colapso.

¿Cómo se explica entonces que en la actualidad el dólar esté subiendo? En su artículo “US Dollar Death Dance”,¹⁸ Jim Willie afirma que se trata del último tango del dólar antes de su colapso. En la actualidad hay una enorme demanda de liquidez para salir de papeles especulativos y compromisos de pago electrónicos. Hay una fuga general hacia el efectivo como parte de una liquidación de mercados en todas las áreas, y también acumulación de liquidez, porque las empresas no pueden contar con el crédito bancario a corto plazo que usan para pagos de salarios y operaciones en curso. El dólar es la moneda por excelencia para obtener dicha liquidez. De ahí la fuga de capitales (a menudo golondrinas) de los países del Sur. También hay una fuga hacia el dólar en busca de un puerto más seguro. Ello se vislumbró a partir de la reciente crisis en Georgia. El euro perdió terreno inmediatamente. Aunque repunte el dólar, la economía real de los Estados Unidos está colapsando. ¿Qué pueden hacer los Estados Unidos frente a esta crisis?

En “Sobrevivir el próximo colapso del US Dólar”,¹⁹ Christopher Laird afirma que sin crédito las economías del mundo se contraen, y así también, y mucho, la norteamericana. El crédito no está volviendo. Ciertamente, la tasa libor (tasa de préstamo entre bancos) ha mejorado. Pero estos prestamistas no están prestando, sino que cubren sus propias necesidades y acumulan efectivo, tal como se ven obligadas a hacer las empresas desde que los mercados de crédito a corto plazo están congelados. Lo que eso significa para el dólar estadounidense es que, mien-

tras el mundo pierde su motor económico y cae en una depresión económica, el muy abusado dólar pierde atractivo. Cuando la depresión económica se haga sentir, los déficits fiscales de los Estados Unidos, que ya llegan al billón al año, no tendrán financiamiento, ya que los socios comerciales dejarán de comprar notas/billetes del Tesoro. Entonces, el dólar estadounidense sufrirá un colapso.

Hugo Salines Price, en su artículo “The Strange Case of Falling International Reserves”, publicado en www.fanancialsense.com, estima que los países exportadores ya no adquieren más deuda norteamericana ni europea. Cada vez más fondos soberanos aprovecharán para adquirir capital real en Occidente, en lugar de ampliar el crédito internacional. Si este es el caso, la deuda en general, y especialmente la deuda fiscal norteamericana, ya no encontrará financiamiento externo. Lo anterior implica la necesidad de financiarla internamente, ya sea sacrificando el sistema de seguros o imprimiendo dólares. Lo último sucede ya a gran escala, lo que implicará una severa inflación en los Estados Unidos, que ya no se puede exportar. Es en la coyuntura actual de un posible colapso del dólar que podemos esperar que se creará un Nuevo Dólar.

Adrian Salbuchi²⁰ estima que el próximo paso será que el Tesoro y la Reserva Federal declaren una emergencia económica nacional e introduzcan un cambio de moneda: un Dólar Nuevo que se basará otra vez en el patrón oro. Para lograrlo bastaría aprovechar un feriado bancario para instrumentar el recambio de moneda. Según Salbuchi, para su transición se determinarán términos beneficiosos para aquellos bancos, empresas, ciudadanos y aliados preferidos (o sea, se les reconocerá un Dólar Nuevo por cada dólar viejo). Luego, con determinados poderosos en posesión de dólares y bonos del tesoro, se negociará, según claros intereses geopolíticos, que determinadas instituciones y empresas puedan transformar sus tenencias en

dólares actuales por dólares nuevos según otras paridades. Por último, al resto de los tenedores de dólares —a los ahorristas privados en todas partes del mundo— se les dirá que los Estados Unidos dejarán que el mercado local e internacional determine la paridad entre el Dólar Nuevo y el viejo dólar. Entonces veremos a los cambistas locales ofreciendo diez o veinte viejos dólares por cada nuevo. Es un “corralito a escala global”²¹ y una expresión clara del “sálvese quien pueda”.

La introducción de un Nuevo Dólar dejará al viejo dólar y a todos los papeles (bonos) en esa moneda como papeles sin valor que se podrán vender a partir de entonces en apenas un 10% o tal vez menos de su valor nominal. El costo de ese desastre lo pagaría todo el que tenga dólares, y no tanto el contribuyente norteamericano. Las estructuras de poder globales de los Estados Unidos permiten transferir de esa manera los efectos más nocivos de la crisis a terceros países y sobre todo a los países emergentes que poseen el 70% de las reservas internacionales. Los Estados Unidos son el único país que tiene esa alternativa para hacer frente a la crisis, y no resulta improbable que utilice ese mecanismo. La política tendrá el efecto de una bomba de neutrones en el mercado financiero internacional y arrastrará a toda la economía global.

Webster Tarpley, en su artículo “Secret Plan for IMF World Dictatorship”,²² advierte en este contexto sobre una tendencia durante la administración de Barack Obama a un gobierno mundial en el que los Estados Unidos no pierdan el poder monetario. Se ha elaborado un plan con el primer ministro británico Gordon Brown de crear un nuevo sistema monetario internacional con un gobierno global. No es un Bretton Woods II, como se afirma, sino un intento de instaurar un poder mundial bajo su control que impondría sus políticas a todos los países y acabaría con lo que queda de la soberanía nacional. Un Banco Central Mundial haría a su vez las regulaciones del caso para tener un control mundial sobre los recursos naturales. La política implicaría mayores austeridad, sacrificio, desregulación, privatización, salarios más bajos, lucha antisindical y más libre comercio, y una carrera que sobrepase todos los límites y prohibiciones de la tecnología avanzada. El plan implicaría un estrangulamiento de la humanidad para salvar el capital de Occidente. Es de esperar que Brasil, Rusia, India y China (los países BRIC) se opondrán a semejante plan. Estos países emergentes, junto con los países exportadores de petróleo, son los países acreedores. Los países occidentales, y en primer lugar los Estados Unidos, son países deudores. Es poco probable que los deudores logren imponer tales condiciones a sus acreedores, al menos, sin el recurso de la guerra.

Como afirma Salbuchi, es probable que las autoridades norteamericanas no logren imponer su criterio ni superar la crisis económica. Entonces se plantea el tema en el

plano geopolítico, promoviendo una situación de guerra global que permita pasar los efectos de la crisis a terceras naciones. Además de imponer limitaciones estrictas a las libertades internas en los Estados Unidos bajo pretexto de la grave crisis nacional, se intervendrá militarmente en diversas partes del mundo, y se movilizará al país (y sus aliados) hacia la defensa ante un enemigo creado. No se puede descartar un nuevo (auto) atentado en territorio estadounidense o contra intereses norteamericanos o de sus aliados en otras partes del mundo. Otra amenaza muy concreta y últimamente divulgada en la prensa oficial es un ataque unilateral contra Irán llevado a cabo por Israel tras recibir la luz verde de los Estados Unidos. Luego arrastraría a los Estados Unidos en la consiguiente guerra. La política de prevención de la guerra (nuclear) y por la paz será más necesaria que nunca en los años venideros.



Notas:

- 1 En www.globalresearch.ca.
- 2 Id.
- 3 Ver *Revista Herramienta*, no. 39, octubre del 2008.
- 4 En www.observatoriocrisis.com.
- 5 Ver “La menace d’une guerre nucléaire augmente”, en id.
- 6 En www.rebellion.org.
- 7 En *Le Monde Diplomatique*, noviembre del 2008, pp. 4-5.
- 8 Ver “Hitting the bottom”, en www.financialsense.com, 31 de octubre del 2008.
- 9 Ver James Glenn: “Once and for all”, en id.
- 10 Ver Luis Medina Ávila: “El encadenamiento financiero-especulativo”, en *Oikos*, no. 25, 2008, Santiago de Chile, pp. 9-34.
- 11 Se trata de una modalidad crediticia del mercado financiero de los Estados Unidos que se otorga fundamentalmente a particulares o empresas, y que se caracteriza por tener un nivel de riesgo de impago superior a la media del resto de los créditos [N. de los E.].
- 12 Ver Jorge Beinstein: “Siete rostros de la crisis mundial”, en www.observatoriocrisis.com.
- 13 Ver Reinaldo Carnholo y Paulo Nakatani: “Capital ficticio y ganancias ficticias”, en id.
- 14 Ver Luis Paulino Vargas Solís: “La crisis tras bambalinas”, en www.argenpress.info.
- 15 Esa intervención se incluye en este dossier.
- 16 Ver Jorge Altamira: “La crisis mundial sacude a la periferia capitalista”, en www.argenpress.info.
- 17 Ver nota 3.
- 18 En www.marketoracle.co.uk.
- 19 En www.globalresearch.ca.
- 20 Ver “Crisis terminal del sistema financiero global”, en www.asalbuchi.com.ar.
- 21 En Argentina se denominó corralito a una restricción a la extracción de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorro, impuesta por el gobierno de Fernando de la Rúa en el mes de diciembre del 2001.
- 22 En www.financialsense.org.

Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis, pero teme no entender*

Todos nos hacemos estas preguntas sobre la actual crisis financiera: ¿ya pasó lo peor? ¿Qué causó el colapso del centro neurálgico del capitalismo global? ¿Fue la codicia? ¿Fue el de Wall Street un caso de alguacil alguacilado? ¿Fue falta de regulación? Pero, ¿no hay nada más? ¿No hay nada sistémico? ¿Qué tiene que ver la crisis de sobreproducción de mediados de los años setenta con los acontecimientos recientes? ¿Qué pasó, pues? ¿Cómo trató de resolver el capitalismo la crisis de sobreproducción? ¿En qué consistió la reestructuración neoliberal? ¿En qué medida la globalización de los ochenta y los noventa fue una respuesta a la crisis de los setenta? ¿Por qué la globalización no pudo superar la crisis? ¿Cuáles fueron los problemas de la financiarización como vía de salida a la crisis de sobreproducción de los setenta? ¿Por qué la financiarización es tan volátil? ¿Cómo se forman, crecen y estallan las burbujas? ¿Cómo se formó la presente burbuja inmobiliaria? ¿Y cómo creció? ¿Cómo pudieron las hipotecas subprime degenerar en un problema de tales dimensiones? ¿Y cómo es posible que los titanes de Wall Street se desplomaran como un castillo de naipes? ¿Qué pasará ahora?

Todos, en efecto, nos hacemos esas preguntas. Pero pocos pueden tratar de contestarlas con la insólita combinación de elegancia, profundidad, claridad y extrema sencillez del economista y politólogo Walden Bello. Y mucho menos en apenas cuatro mil palabras.

El derumbe de Wall Street no se debe sólo a la codicia y a la falta de regulación estatal de un sector hiperactivo. Procede también, y sobre todo, de la crisis de sobreproducción que ha venido minando al capitalismo remundializado desde mediados de los setenta. Así ve esta crisis de fin de época Walden Bello.

Muchos en Wall Street todavía están digiriendo los acontecimientos epocales de las últimas semanas:

– Entre uno y tres billones de dólares de activos financieros evaporados.

– Wall Street, nacionalizado, con la Reserva Federal y el Departamento del Tesoro, que toman todas las decisiones estratégicas importantes en el sector financiero, y además, con un gobierno que, tras el rescate de AIG, pasa a dirigir la mayor compañía aseguradora del mundo.

– El mayor rescate desde la gran depresión, con 700 mil millones de dólares reunidos a la desesperada para salvar al sistema financiero global.

Las explicaciones habituales ya no bastan. Los acontecimientos extraordinarios tienen necesidad de explicaciones extraordinarias.

¿Ya pasó lo peor?

No, si algo ha quedado claro con los movimientos contradictorios de estas semanas en que, al tiempo que se permitía la quiebra de Lehman Brothers, se nacionalizaba AIG y se fraguaba la toma de control de Merrill Lynch por el Bank of America, es que no hay una estrategia para enfrentar la crisis; a lo sumo, respuestas tácticas, como bomberos que pisan la manguera, abrumados por la magnitud del incendio.

El rescate de 700 mil millones de dólares de las obligaciones hipotecariamente respaldadas en poder de los bancos no es una estrategia, sino, básicamente, un esfuerzo a la desesperada para restaurar la confianza en el sistema, para prevenir la erosión de la fe en los bancos y en otras instituciones financieras y para evitar una afluencia masiva de retirada de fondos de los bancos como la que desencadenó la Gran Depresión de 1929.

* Tomado de *Focus on the Global South*.



¿Qué causó el colapso del centro neurálgico del capitalismo global? ¿Fue la codicia?

La vieja y venerada codicia jugó su parte. A eso se refería Klaus Schwab, el organizador del Foro Económico Mundial, la juerga de la elite global que se celebra anualmente en los Alpes suizos, cuando le dijo a su clientela en Davos este año: “Tenemos que pagar por los pecados del pasado”.

¿Fue el de Wall Street un caso de alguacil alguacilado?

Desde luego. Los especuladores financieros rizaron el rizo hasta confundirse ellos mismos con la creación de contratos financieros más y más complejos, como los derivados, tratando de ganar dinero a partir de todo tipo de riesgos, incluidos exóticos instrumentos de futuros, como los *credit default swaps* o contratos de protección de derivados crediticios, que permitían a los inversionistas apostar, por ejemplo, a que los prestatarios de la propia corporación bancaria ¡no serían capaces de devolver su deuda! Tal es el comercio multibillonario no regulado que acabó derribando a AIG

El 17 de diciembre del 2005, cuando la *International Financing Review* (IFR) anunció sus premios anuales –uno de los programas de premios más prestigioso del sector–, dijo lo siguiente:

Lehman Brothers no sólo mantuvo su presencia global en el mercado, sino que dirigió la penetración en el espacio de preferencia... desarrollando nuevos productos y diseñando transacciones capaces de subvenir a las necesidades de los prestatarios... Lehman Brothers es el más innovador en el espacio de preferencia precisamente por hacer cosas que no pueden verse en ningún otro sitio.

Huelgan los comentarios.

¿Fue falta de regulación?

Sí. Todo el mundo reconoce ahora que la capacidad de Wall Street para innovar y hallar instrumentos financieros más y más sofisticados ha ido mucho más allá de la capacidad regulatoria del Estado, y no porque el Estado no fuera capaz de regular, sino porque la actitud neoliberal

de *laissez-faire* reinante, le impidió al Estado diseñar mecanismos efectivos de regulación.

Pero, ¿no hay nada más? ¿No hay nada sistémico?

Georges Soros, quien lo vio venir, dice que estamos pasando por la crisis del sistema financiero, la crisis del “gigantesco sistema circulatorio” de un “sistema capitalista global... que está reventando por las costuras”. Para seguir con la idea del archiespeculador, a lo que estamos asistiendo es a la intensificación de una de las crisis o contradicciones centrales del capitalismo global: la crisis de sobreproducción, también conocida como sobreacumulación o sobrecapacidad. Se trata de la tendencia del capitalismo a construir una ingente capacidad productiva que termina por rebasar la capacidad de consumo de la población debido a las desigualdades que limitan el poder de compra popular, lo cual termina por erosionar las tasas de ganancia.

Pero, ¿qué tiene que ver la crisis de sobreproducción con los acontecimientos recientes?

Muchísimo. Pero, para entender la conexión, tenemos que retrotraernos a la llamada época dorada del capitalismo contemporáneo, al período comprendido entre 1945 y 1975.

Fue un período de rápido crecimiento, tanto en las economías del centro como en las subdesarrolladas, un crecimiento propulsado, en parte, por la masiva reconstrucción de Europa y del Este de Asia tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial, y en parte, por la nueva configuración socioeconómica institucionalizada bajo el nuevo estado keynesiano. Un aspecto clave de esta última fueron los severos controles estatales de la actividad de mercado, el uso agresivo de políticas fiscales y monetarias para minimizar la inflación y la recesión, así como un régimen de salarios relativamente altos para estimular y mantener la demanda.

¿Qué pasó, pues?

Bien, este período de elevado crecimiento terminó a mediados de los setenta, cuando las economías del centro se vieron inmersas en la estanflación, es decir, en la coexistencia de un bajo crecimiento con una inflación alta, lo que la teoría económica neoclásica suponía imposible.

Sin embargo, la estanflación no era sino el síntoma de una causa más profunda, a saber, la reconstrucción de Alemania y Japón, así como el rápido crecimiento de economías en vías de industrialización como Brasil, Taiwán y Corea del Sur, lo que añadió una enorme capacidad productiva e incrementó la competencia global, mientras que

la desigualdad social dentro de cada país y entre países limitó globalmente el incremento del poder adquisitivo y la demanda, resultando así erosionada la tasa de ganancia. La drástica subida del precio del petróleo en los setenta no hizo sino agravar la cosa.

¿Cómo trató de resolver el capitalismo la crisis de sobreproducción?

El capital ensayó tres vías de salida del atolladero de la sobreproducción: la reestructuración neoliberal, la globalización y la financiarización.

¿En qué consistió la reestructuración neoliberal?

La reestructuración neoliberal tomó la forma del reaganismo y el thatcherismo en el Norte y del ajuste estructural en el Sur. El objetivo era revigorizar la acumulación de capital, lo que se consiguió 1) eliminando las restricciones estatales al crecimiento, el uso y los flujos de capital y de riqueza; y 2) redistribuyendo el ingreso de las clases pobres y medias a los ricos, de acuerdo con la teoría de que se motivaría así a los ricos para invertir y alimentar el crecimiento económico.

El problema de esa fórmula era que, al redistribuir el ingreso en favor de los ricos, estrangulaba el ingreso de los pobres y las clases medias, lo cual provocaba la restricción de la demanda, sin necesariamente inducir a los ricos a invertir más en la producción.

De hecho, la reestructuración neoliberal que se generalizó en el Norte y en el Sur a lo largo de los años ochenta y noventa tuvo unos pobres registros en términos de crecimiento: el crecimiento global promedio fue de un 1,1% en los noventa y de un 1,4% en los ochenta, mientras que el promedio en los sesenta y los setenta, cuando las políticas intervencionistas eran dominantes, fue, respectivamente, de un 3,5% y de un 2,5%. La reestructuración neoliberal no pudo terminar con la estanflación.

¿En qué medida la globalización fue una respuesta a la crisis?

La segunda vía de escape global ensayada por el capital para enfrentarse a la estanflación fue la “acumulación extensiva” o globalización, es decir, la rápida integración de las zonas semicapitalistas, no capitalistas y precapitalistas a la economía global de mercado. Rosa Luxemburgo, la celebrada economista y revolucionaria alemana, se percató de ese mecanismo hace mucho tiempo, y lo veía como un mecanismo necesario para restaurar la tasa de ganancia de las economías metropolitanas. ¿Cómo? Ganando acceso al trabajo barato; ganando mercados, aun si son limitados, nuevos; ganando nuevas fuentes de pro-

ductos agrícolas y de materia primas baratos; y creando nuevas áreas para inversión en infraestructura. La integración se produce a través de la liberalización del comercio, que elimina los obstáculos a la movilidad del capital y suprime las fronteras para la inversión extranjera.

China, ni que decir tiene, es el caso más destacado de un área no capitalista integrada a la economía capitalista global en los últimos veinticinco años.

Para contrarrestar sus declinantes beneficios, un considerable número de corporaciones empresariales situadas entre las primeras quinientas del *ranking* de la revista *Fortune* han trasladado una parte significativa de sus operaciones a China, a fin de aprovechar las ventajas del llamado “precio chino” (las ventajas de costos derivadas de un trabajo barato chino aparentemente inagotable). A mediados de la primera década del siglo XXI, entre el 40 y el 50% de los beneficios de las corporaciones estadounidenses dimanaban de sus operaciones y ventas en el exterior, y señaladamente en China.

¿Por qué la globalización no pudo superar la crisis?

El problema con esta vía de salida del estancamiento es que exacerba el problema de la sobreproducción, porque añade capacidad productiva. La China de los últimos veinticinco años ha añadido un volumen tremendo de capacidad manufacturera, lo que ha tenido por resultado deprimir los precios y los beneficios. No por casualidad, los beneficios de las corporaciones estadounidenses dejaron de crecer hacia 1997. Según un índice estadístico, las tasas de ganancia de las quinientas de *Fortune* pasó de 7,15 en 1960-69 a 5,30 en 1980-90, a 2,29 en 1990-99 y a 1,32 en 2000-2002.

Dadas las limitadas ganancias obtenidas en contener el impacto depresivo de la sobreproducción, ya a través de la reestructuración neoliberal, ya con la globalización, la tercera vía de salida resultó vital para mantener y elevar la rentabilidad. La tercera vía es la financiarización.

En el mundo ideal de la teoría económica neoclásica el sistema financiero es el mecanismo merced al cual los ahorradores, o quienes se hallan en posesión de fondos excedentes, se juntan con los empresarios que tienen necesidad de sus fondos para invertir en la producción. En el mundo real del capitalismo tardío, con una inversión en la industria y la agricultura que arrojan magros beneficios por causa de la sobreproducción, grandes cantidades de

fondos excedentes circulan y son invertidos y reinvertidos en el sector financiero. Es decir, el sistema financiero gira sobre sí mismo.

El resultado es que se ensancha el hiato abierto entre una economía financiera hiperactiva y una economía real en estancamiento. Como bien observa un ejecutivo financiero: “ha habido una creciente desconexión entre la economía real y la economía financiera en estos últimos años. La economía real ha crecido, pero nada comparable a la economía financiera... hasta que estalló”.

Lo que no nos dice este observador es que la desconexión entre la economía real y la economía financiera no es accidental: la economía financiera se disparó precisamente para hacer frente al estancamiento dimanante de la sobreproducción de la economía real.

¿Cuáles fueron los problemas de la financiarización como vía de salida?

El problema de invertir en operaciones del sector financiero es que equivale a exprimir valor de valor ya creado. Puede crear ganancias, de acuerdo, pero no crea nuevo valor: sólo la industria, la agricultura, el comercio y los servicios crean valor nuevo. Como las ganancias no se basan en la creación de valor nuevo o agregado, las operaciones de inversión resultan extremadamente volátiles, y los precios de las acciones, las obligaciones y otras formas de inversión pueden llegar a divergir radicalmente de su valor real: un ejemplo, las acciones en empresas incipientes de Internet, que se mantuvieron por un tiempo al alza, sostenidas principalmente por valoraciones financieras en espiral, para luego desplomarse. Los beneficios dependen, entonces, del aprovechamiento de las ventajas ofrecidas por movimientos de precios que divergen al alza del valor de las mercancías, para vender oportunamente antes de que la realidad fuerce la “corrección” a la baja para ajustarse a los valores reales. El alza radical de los precios de un activo, mucho más allá de los valores reales, es lo que se llama la formación de una burbuja.

¿Por qué la financiarización es tan volátil?

Como la rentabilidad depende de golpes especulativos, no resulta sorprendente que el sector financiero vaya de burbuja en burbuja, o de una manía especulativa a otra. Y como está sostenido por una manía especulativa, el capitalismo inducido financieramente no ha dejado de batir registros en materia de crisis financieras desde que los mercados de capitales fueron desregulados y liberalizados en los ochenta.

Antes de la actual debacle de Wall Street, las más explosivas fueron la crisis financiera mexicana de 1994-1995, la crisis financiera asiática de 1997-1998, la crisis financie-



ra rusa de 1996, el colapso del mercado de valores de Wall Street del 2001 y el colapso financiero argentino del 2002.

El antiguo secretario del Tesoro de Bill Clinton, Robert Rubin, un hombre de Wall Street, predijo hace cinco años que “las crisis financieras futuras serán casi con toda seguridad inevitables, y podrían llegar a ser peores”.

¿Cómo se forman, crecen y estallan las burbujas?

Sirvámonos, a modo de ejemplo, de la crisis financiera asiática de 1997-1998.

Primero: balanza de pagos y liberalización financiera impuestas por el FMI y el Departamento del Tesoro norteamericano. Luego, entrada de fondos extranjeros en busca de rápida y elevada rentabilidad, lo que significa que entraron en el mercado inmobiliario y en el mercado de valores. Sobreinversión, lo que llevó al desplome de los precios en el mercado de valores y en el mercado inmobiliario, lo que, a su vez, condujo al pánico y a la consiguiente retirada de fondos: en 1997, en unas pocas semanas 100 mil millones de dólares abandonaron las economías del Este de Asia. Rescate de los especuladores extranjeros por parte del FMI. Colapso de la economía real: la recesión se extendió por todo el Este de Asia en 1998. A pesar de la desestabilización a gran escala, todos los intentos realizados por imponer regulaciones nacionales o globales del sistema financiero fueron rechazadas por razones puramente ideológicas.

Volvamos a la presente burbuja. ¿Cómo se formó?

El actual colapso de Wall Street tiene sus raíces en la burbuja tecnológica de fines de los noventa, cuando el precio de las acciones de las empresas incipientes en el mundo de Internet se disparó para luego desplomarse, lo que dio por resultado la pérdida de activos por valor de 7 mil millones de dólares y en la recesión del 2001-2002.

Las laxas políticas monetarias de la Reserva Federal bajo Alan Greenspan estimularon la burbuja tecnológica, y cuando esta colapsó dando paso a la recesión, Greenspan trató de impedir una recesión duradera con la rebaja en junio del 2003 de los tipos de interés a un nivel sin precedentes en cuarenticinco años (al 1%), nivel que mantuvo durante más de un año. Con eso lo que consiguió fue estimular la formación de otra burbuja: la burbuja inmobiliaria.

En fecha tan temprana como el año 2002, economistas como Dean Baker, del Center for Economic Policy Research, alertaron sobre la formación de una burbuja inmobiliaria. Sin embargo, en fecha tan tardía como el 2005, el entonces presidente del Consejo Económico de asesores de la Presidencia de la nación y actual presidente de la Reserva Federal, Bern Bernanke, atribuía el incremento

de los precios de la vivienda en los Estados Unidos a “unos fundamentos económicos robustos”, y no a la actividad especulativa. ¿A quién puede sorprenderle que el estallido de la crisis *subprime* en verano del 2007 pillara a este hombrecito con la guardia totalmente baja?

¿Y cómo creció?

Oigámoslo de boca de uno de los propios jugadores clave en los mercados, George Soros:

las instituciones hipotecarias animaron a los hipotecados a refinanciar sus hipotecas aprovechando la revalorización experimentada entretanto por sus casas. Rebajaron sus criterios de préstamo e introdujeron nuevos productos, como hipotecas a interés variable, hipotecas que “sólo servían intereses” y “ofertas promocionales” con tipos de interés para morir de risa. Todo eso animó a especular con la vivienda. Los precios de las casas comenzaron a subir a un ritmo de dos dígitos. Eso sirvió para retroalimentar la especulación, y el alza de los precios inmobiliarios consiguió que los propietarios de casas se sintieran ricos; el resultado fue el *boom* consumista que ha sostenido a la economía estos últimos años.

Si observamos las cosas más de cerca, se ve que la crisis hipotecaria no fue resultado de una oferta superior a la demanda real. La “demanda” estaba, con mucho, fabricada por la manía especulativa de promotores y financieros empeñados en conseguir grandes beneficios a partir de su acceso al dinero foráneo que inundó los Estados Unidos en la última década. Ingentes volúmenes hipotecarios fueron agresivamente ofrecidos y vendidos a millones de personas que, normalmente, no habrían podido permitírselo, ofreciéndoles unos tipos de interés ridículamente bajos, ulteriormente ajustables para sacar más dinero de los propietarios de casas.

¿Pero cómo pudieron las hipotecas subprime degenerar en un problema de tales dimensiones?

Porque los activos pasaron entonces a ser “segurizados”: quienes habían generado las hipotecas, procedieron a amalgamarlas con otros activos en complejos productos derivados llamados “obligaciones de deuda colateralizada” (CDO, por sus siglas en inglés), lo cual resultó relativamente fácil dado que trabajaban con diversos tipos de intermediarios que, sabedores del riesgo, se deshacían de esos títulos de valores lo más rápidamente posible, pasándolos a otros bancos e inversionistas institucionales. Esas instituciones, a su vez, se deshacían del producto, pasándolo a otros bancos y a instituciones financieras foráneas.

Cuando aumentaron los tipos de interés de los préstamos *subprime*, de las hipotecas variables y de otros préstamos inmobiliarios, el juego tocó a su fin. Hay cerca de seis millones de hipotecas *subprime*, el 40% de las cuales entrarán en impago en los próximos dos años, según estimaciones de Soros.

A eso hay que añadir otros cinco millones de impagos en los próximos siete años, derivados de los tipos hipotecarios variables y de otros “préstamos flexibles”. Pero los títulos, cuyo valor se cuenta por miles de millones de dólares, ya se han infiltrado como un virus en el sistema financiero global. El gigantesco sistema circulatorio del capitalismo global ha sido fatalmente infectado.

¿Pero cómo pudieron los titanes de Wall Street desplegarse como un castillo de naipes?

Lo que ocurrió con Lehman Brothers, Merrill Lynch, Fannie Mae, Freddie Mac y Bear Stearns fue, simplemente, que las pérdidas representadas por esos títulos tóxicos rebasaban con mucho sus reservas, lo que condujo a su caída. Y probablemente caerán más cuando sus libros de contabilidad, en los que ahora esos títulos figuran en el Haber, se corrijan para reflejar su actual valor.

Y muchos otros les seguirán, a medida que vayan quedando expuestas otras operaciones especulativas, como las centradas en las tarjetas de crédito y en las diferentes variedades de seguros contra riesgos. AIG cayó por causa de su gigantesca exposición en el área no regulada de los contratos de protección crediticia derivada, unos derivados financieros que les permitían a los inversores apostar dinero a la posibilidad de que las empresas no pudieran devolver los préstamos.

Tales apuestas sobre impagos crediticios representan ahora un mercado de 45 billones de dólares, un mercado que, como se ha dicho, carece de toda regulación. La ciclópea dimensión de los activos que podrían quedar dañados en caso de que AIG colapsara fue lo que movió a Washington a cambiar de idea e intervenir para rescatarlo, luego de haber dejado caer a Lehman Brothers.

¿Qué pasará ahora?

Puede decirse que habrá más bancarrotas y más nacionalizaciones e intervenciones públicas, y que las insti-

tuciones y los bancos extranjeros desempeñarán un papel auxiliar del gobierno de los Estados Unidos. Que el colapso de Wall Street se profundizará y prolongará la recesión norteamericana. Y que la recesión en los Estados Unidos pasará a Asia y al resto del mundo, que sufrirá también una recesión, si no algo peor. La razón de esto último es que el principal mercado exterior de China son los Estados Unidos y que China, a su vez, importa materias primas y bienes intermedios —de los que se sirve para sus exportaciones a los Estados Unidos— de Japón, Corea y el Sudeste asiático. La globalización ha hecho imposible el “desacoplamiento”. Los Estados Unidos, China y el Este asiático andan ahora como tres prisioneros atados a una misma cadena.

¿Y en suma?

El desplome de Wall Street no sólo se debe a la codicia y a la falta de regulación estatal de un sector hiperactivo. El colapso de Wall Street hunde sus raíces en la crisis de sobreproducción que ha sido la plaga del capitalismo global desde mediados de los setenta.

La financiarización de la inversión ha sido una de las vías de escape para salir del estancamiento, siendo las otras dos la reestructuración neoliberal y la globalización. Habiendo resultado de poco alivio la reestructuración neoliberal y la globalización, la financiarización pareció atractiva como mecanismo de restauración de la rentabilidad. Pero lo que ahora ha quedado demostrado es que la financiarización es una senda peligrosa que lleva a la formación de burbujas especulativas, capaces de ofrecer una efímera prosperidad a unos cuantos, pero que terminan en el colapso empresarial y en la recesión de la economía real.

Las cuestiones clave son éstas: ¿cuán profunda y duradera será esta recesión? ¿Necesitará la economía de los Estados Unidos generar otra burbuja especulativa para salir de esta recesión? Y si ese es el caso, ¿dónde se formará la siguiente burbuja? Algunos dicen que la próxima surgirá en el complejo militar-industrial o en el “capitalismo del desastre” sobre el que escribe Naomi Klein. Pero eso es harina de otro costal.

Traducido del inglés por Ricardo Timón y Mínima Estrellav.

Lo que estamos aprendiendo en la crisis financiera del 2008*

La crisis financiera del 2008, la mayor de todas las crisis financieras desde hace más de una década, tiene elementos de los que hay que sacar lecciones. Cuando se trató de la crisis de México en 1995, al contagio que produjo se le llamó efecto tequila, y tenía sabor a resaca. Cuando se trató de la crisis de Tailandia y de Asia, de Rusia, Brasil y Argentina se les llamó contagios, aunque recordamos el efecto tango y el efecto samba. Cuando se trató de la llamada crisis de las dot.com o crisis de las tecnológicas, no hubo ninguna mención de contagio. La idea era que los Estados Unidos no contagiaban. Los contagios eran de bolsas, no de bolsas sólidas. La moneda era esencial para el contagio vía las devaluaciones bruscas. En el caso de los Estados Unidos, su moneda no se podía devaluar, porque el mundo se relacionaba con el dólar. Entonces lo que ocurría eran apreciaciones frente al dólar.

En esta crisis hemos aprendido que cuando se trata de una crisis mayor de bolsa de los Estados Unidos aunada a problemas en la economía, entonces no hay contagio, sino que se le llama “crisis global”. La quiebra de la banca de inversión estadounidense y el arrastre de esto sobre las bolsas de valores es una crisis global. No hay contagio, sino algo malo en general. Quizás lo que esté malo en general es que todas las bolsas se abrieron para permitir inversionistas del exterior y que cuando estos se retiran de la bolsa de Nueva York, se retiran de todas las bolsas al mismo tiempo. Esto es acentuado por los actores nacionales que siguen la tendencia.

Lo segundo que estamos aprendiendo es el uso de la palabra “mundial”. Se habla de una crisis bancaria mundial. Hay una crisis bancaria –de inversión, arrastrada por inversiones en derivados crediticios vinculados a hipote-

cas– en los Estados Unidos, España, Irlanda, Alemania, Gran Bretaña e Islandia. Esto es una “crisis bancaria mundial” que requiere del rescate inmediato para evitar el “colapso mundial”. Durante la Segunda Guerra Mundial, los europeos entraron en guerra entre ellos y luego el mundo tomó posiciones. Ese fue un sentido de “mundial”. En el béisbol, está la Serie Mundial, que es básicamente entre los Estados Unidos, México, el Caribe y Japón.¹ Cuando se habla hoy de crisis mundial la referencia es a una crisis estadounidense que se ha contagiado a aquellos países con bancos que han estado más expuestos a derivados crediticios vinculados a las hipotecas y cuyos sistemas bancarios han estado aún más desregulados a la manera americana.

Tercero, cuando el pánico financiero opera, los inversionistas salen de la bolsa de Nueva York, madre de todas las bolsas del mundo, y se retiran de todo el resto de las bolsas, presionando sobre los tipos de cambio de todo el mundo. Si los bancos centrales no intervienen, se puede producir un alza brusca de los tipos de cambio y generar pánico en el mercado de divisas. Si los bancos centrales intervienen, deben estar dispuestos a perder una porción significativa de las reservas con el objetivo de que el impacto inflacionario de una devaluación no llegue a la economía nacional.

Cuarto, cuando los inversionistas estadounidenses esencialmente se retiran de los mercados del resto del mundo, venden moneda nacional en todo el planeta y compran dólares de los Estados Unidos para regresar a casa, mientras piensan dónde y cómo colocar ese dinero mientras pasa la crisis. Eso produce el espejismo de un dólar fuerte por un período. Como es absurdo un dólar fuerte en una crisis financiera que comienza en los Estados Unidos, en el siguiente momento los agentes venderán el dólar y

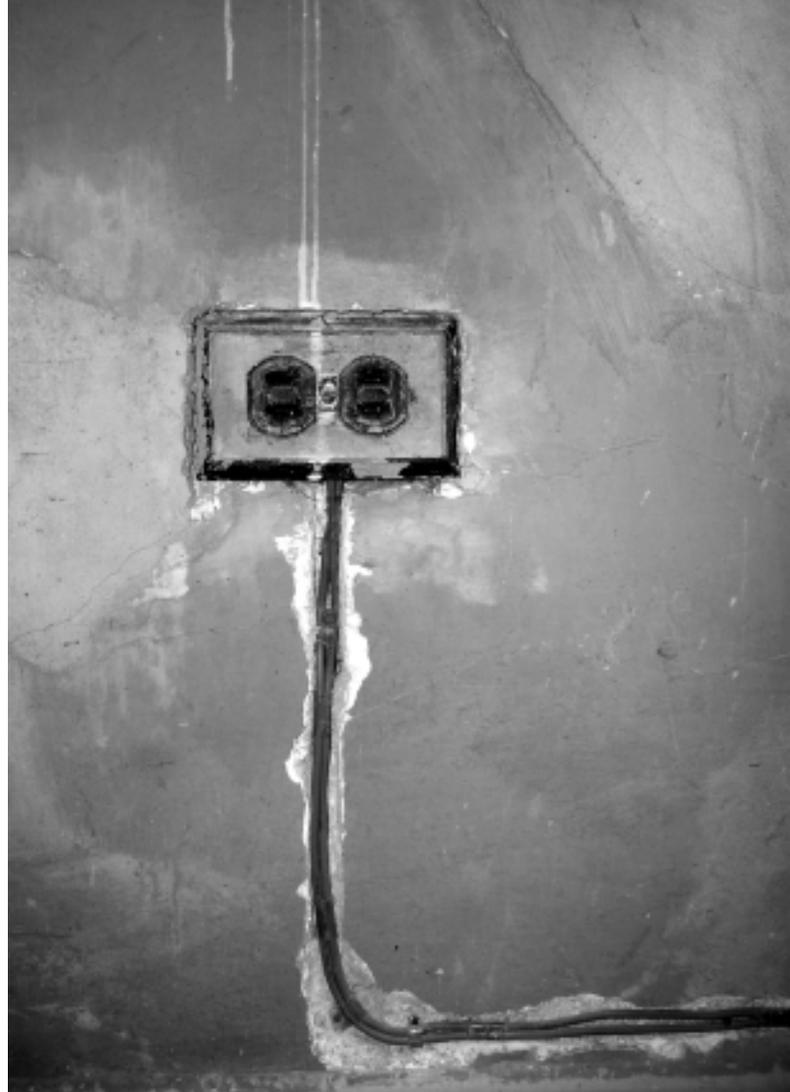
* Tomado de <http://alainet.org>.

comprarán monedas más sólidas como el yen, el yuan o eventualmente algunas latinoamericanas y, por supuesto, oro. El momento cumbre del tsunami cambiario es cuando el dólar aparece fuerte en medio de la crisis. Luego viene el temblor cambiario real del dólar, moneda que tiene el problema económico.

Quinto, cuando hay una crisis bancaria en el mundo que no incluye al G7, es una crisis menor. Como efecto de la desregulación bancaria de 1990-1992, la América Latina se sumió en una crisis bancaria descomunal cuando ocurrió la crisis asiática y el crédito interbancario sufrió un alza en las tasa de interés. El efecto fue la quiebra masiva de bancos entre 1998 y el 2002 en toda la América Latina menos México, donde ya se había pasado por la quiebra masiva en 1995. Fruto de esas quiebras las regulaciones se fortalecieron y los requisitos de capital se aumentaron. Entonces aprendimos que los bancos trasnacionales dejan de serlo cuando hay una crisis y que cuando una sucursal quiebra, quien debe salvarla es el gobierno del país y no la casa matriz. Es decir, un banco trasnacional es la mejor inversión: ganas cuando ganas y cuando pierdes en un país, ellos –el gobierno de ese país–, te rescatan. Las ventajas para un país de tener banca trasnacional, entonces, quedaron matizadas.

Sexto, cuando en medio de los vaivenes de México se discutió la necesidad de autorregulación bancaria y de autosupervisión, y se organizó lo que se conoce como Basilea 2, quedó en evidencia, primero, que el FMI no servía para nada, y segundo, que los bancos podrían regularse de forma voluntaria, levantar sus requerimientos de capital, moderar sus riesgos y, sobre todo, tener carteras de inversión diversificadas alrededor del mundo para gozar de estabilidad. Lo que la crisis del 2008 ha mostrado es que bajo este paraguas se terminó de desregular la banca en los Estados Unidos, al permitírsele unir la banca de inversión con la banca comercial, y a esta se le permitió actuar en todos los mercados del mundo con un producto tóxico que son los derivados crediticios. Nadie se refiere a los derivados crediticios hoy por su nombre, sino únicamente como *toxic waste* (desecho tóxico). Quien más lo hace es el hombre que seguramente más promovió dicho mercado, el expresidente de Goldman Sachs y hoy Secretario del Tesoro encargado de rescatar a los bancos, Hank Paulson.

Séptimo, el ingenioso concepto de que todo tiene un mercado y que, por tanto, un crédito no es un activo bancario sino un título de valor que puede ser vendido, llevó a que los bancos comerciales se dedicaran a prestar dinero para hipotecas, entre otras cosas, y luego las vendieran como títulos de valor. Las ganancias del banco están en las comisiones por emitir la hipoteca, o la garantía en los casos de otras operaciones colaterales. El banco comercial no asume su riesgo crediticio. Muy ingenioso.



Luego el concepto de que un banco de inversión, que administra fondos de pensiones, fondos de inversión, fondos de cobertura diversos, los podría comprar, fue aún más sensacional. Estos no habían prestado, sino que invertían en un título de valor en el mercado. Aún más ingenioso fue crear un mecanismo de seguro que podría cubrir la eventualidad de un impago. Cobrando una prima ínfima por el seguro basada en la probabilidad del impago, en operaciones que las casas de calificación de riesgo han aprobado y tipificado como libres de todo riesgo, era una operación que les generaría una lonja de riqueza a las compañías de seguros que entraran a ese mercado. La idea de que ese seguro podría ser vendido como un título de valor que los bancos de inversión podrían comprar o que los bancos hipotecarios podrían comprar como parte de su cartera de inversiones fue aún más ingeniosa. Finalmente, el concepto de que ese título de valor se podría preñar al igual que todos los demás títulos de valor para tomar préstamos y poder comprar más derivados financieros fue sencillamente la cúspide de la genialidad financiera.

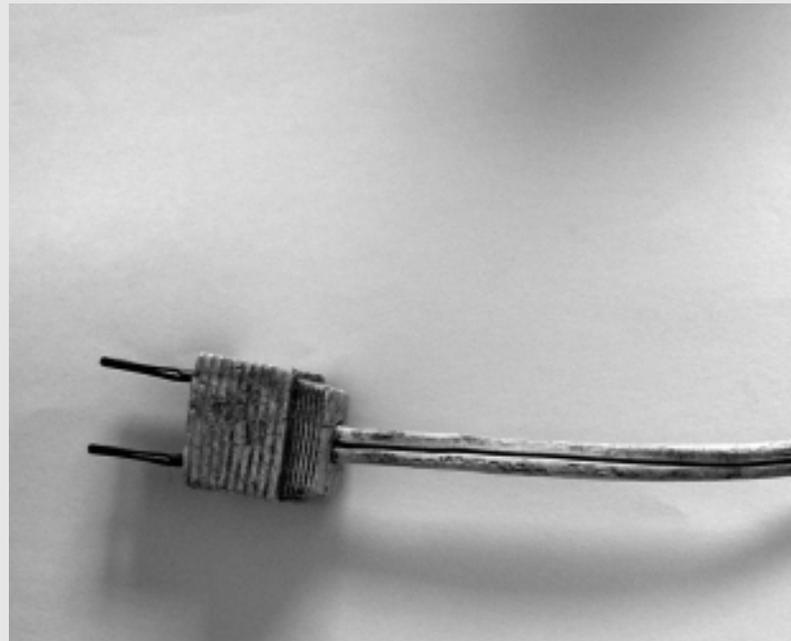
Detrás de toda esa genialidad probabilística ajustada a modelos basados en la física –porque los mercados funcionan como las ondas sonoras– estuvo la automatización

de los mercados. La mano del hombre podría quebrar la perfección de todo este ingenio moderno que servía para brindar ganancias a los inversionistas: fondos de cobertura, fondos de pensiones, fondos de inversión, etc. Y de pronto alguien tomó conciencia de que detrás de todo este mundo financiero y muy sofisticado operado automáticamente, había una casa, y que si el precio de esa casa baja, las garantías quedan sin respaldo y el sistema se cae. Y se cayó con la ayuda de los sistemas automatizados.

La octava lección es que cuando todos los mercados están interconectados, todos los mercados se caen juntos, y los sistemas nacionales que redujeron la irracionalidad del mercado mayor caen más bruscamente que los otros. Aquellos que mantuvieron sus sistemas financieros más regulados y mejor capitalizados se resienten del efecto mucho menos. Aquellos en los que no se hicieron inversiones en derivados financieros quedan inmunes. Las compañías de seguros que compraron los derivados quebraron en los Estados Unidos, en Japón y en Inglaterra.

La lección final es que la ansiedad por tener ganancias financieras alejadas de la producción, y la creencia en que eso se podría mantener de forma estable culmina cuando es evidente que todo tiene un precio en esta vida y que no hay ganancias sin riesgos. En ese momento, regresa el Estado a salvar, rescatar y luego regular y nacionalizar, y se vuelve a teorías económicas más vinculadas a la producción y la distribución y menos al intercambio. Del libre cambismo de Marshall y Pigou pasamos a Keynes; y

de Hayek, el Consenso de Washington y Monte Pelerin pasaremos a bancos comerciales que asuman sus riesgos, sistemas regulados globalmente, una legislación financiera global y, sobre todo, un banco central global y una supervisora de bancos global. La autorregulación ha muerto, y con ella Basilea 2. El Consenso de Washington yace en un campo fuera del cementerio religioso, como los suicidas.



Notas:

1 En realidad ni siquiera es así. La llamada Serie Mundial de las Grandes Ligas es la final del campeonato profesional de primer nivel de los Estados Unidos, al que se suma un equipo canadiense. Lo que sí es cierto es que en todos los equipos de Grandes Ligas juegan peloteros de los países y regiones que menciona el autor, y de otros: aquí también se despliega el robo de talentos, que es otra dimensión de lo mundial (N. de los E.).



Podemos transformar el curso de la historia*

Señora y señores delegados, queridos amigos:

El mundo requiere alternativas y no sólo regulaciones. No es suficiente con reabilitar un sistema, se trata de transformarlo. Es un deber moral, y para comprenderlo, adoptar el punto de vista de las víctimas permite a la vez hacer una constatación y expresar una convicción. La constatación es que las crisis en su conjunto, la financiera, la alimentaria, la energética, la hídrica, la climática, la social, provienen de una causa común, y la convicción es que podemos transformar el curso de la historia.

La constatación

Cuando 850 millones de seres humanos viven por debajo de la línea de pobreza, y el número aumenta; cuando cada veinticuatro horas decenas de millares de personas mueren de hambre; cuando desaparecen día tras día etnias, modos de vida, culturas, y se pone en peligro el patrimonio de la humanidad; cuando el clima se deteriora y surge la pregunta de si vale la pena vivir en Nueva Orleans, en El Salvador, en el Sahel, en las islas del Pacífico, en Asia Central y en la orilla de los océanos, no podemos hablar sólo de crisis financiera.

Las consecuencias sociales de esta crisis ya se sienten más allá de las fronteras de su propio origen: desempleo, vida costosa, exclusión de los más pobres, vulnerabilidad de las clases medias y ampliación, con el tiempo, del listado de las víctimas. Seamos claros: no se trata solamente de un accidente en el recorrido o de un abuso cometido por algunos actores económicos que requieren ser san-

cionados. Estamos frente a una lógica que atraviesa toda la historia económica de los últimos dos siglos. De crisis a regulaciones, de desregulaciones a crisis; el decursar de los hechos responde siempre a la presión de las tasas de ganancia: en aumento se desregula, en disminución se regula, pero siempre a favor de la acumulación del capital, que se define como el motor del crecimiento.

Lo que se vive hoy en día no es algo nuevo. No es la primera crisis del sistema financiero y según algunos no será la última. Sin embargo, la burbuja financiera creada durante los últimos decenios, gracias entre otras cosas al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, ha sobredimensionado todos los datos del problema. La economía se ha vuelto cada vez más virtual y las diferencias de ingresos han aumentado exageradamente. Para acelerar las tasas de ganancia, una arquitectura compleja de productos derivados ha sido puesta en marcha y la especulación se ha instalado como un modo de operación del sistema económico. Lo nuevo es que todos los desequilibrios que se viven hoy en el mundo convergen en una misma lógica.

La crisis alimentaria es un ejemplo. El aumento de los precios no fue en primer lugar el fruto de la disminución de la producción, sino más bien el resultado de una combinación entre la disminución de los *stock*, las maniobras especulativas y la extensión de la producción de agrocarburos. La vida de las personas ha sido sometida por la obtención de ganancias. Las cifras de la bolsa de Chicago así lo ilustran.

Por su parte, la crisis energética va mucho más allá de la explosión coyuntural de los precios del petróleo. Señala el fin del ciclo de la energía fósil barata (petróleo y gas), ya que su mantenimiento a un precio inferior provocó la

* Palabras pronunciadas en el Panel sobre la Crisis Financiera, celebrado el 30 de octubre del 2008 en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

utilización desmedida de energía, a favor de un modo de crecimiento acelerado que permitió una rápida acumulación de capital a corto y mediano plazo. La sobreexplotación de los recursos naturales y la liberalización de los intercambios, especialmente desde los años setenta, multiplicó el transporte de las mercancías y fomentó los medios de movilidad individual, sin considerar las consecuencias climáticas y sociales. La utilización de derivados del petróleo como fertilizantes y pesticidas se generalizó en el marco de una agricultura productivista. El modo de vida de las clases superiores y medias se construyó sobre el derroche energético. En esta área también se privilegió el valor de cambio sobre el valor de uso.

Ante esta crisis que amenaza hoy con perjudicar seriamente la acumulación del capital, aparece la urgencia de buscar soluciones. Sin embargo, según esa perspectiva, las soluciones deben respetar la lógica de base: mantener el nivel de las tasas de ganancia, sin tomar en cuenta las externalidades, que no entran en el cálculo del capital y debe ser solventadas por las colectividades y los individuos. Es el caso de los agrocarburos y sus consecuencias ecológicas: la destrucción, por el monocultivo, de la biodiversidad, los suelos y las aguas subterráneas, y sus consecuencias sociales: la expulsión de millones de campesinos que van a poblar los cinturones de miseria de las ciudades y a empeorar la presión migratoria.

La crisis climática (de la que la opinión pública mundial no ha tomado conciencia en toda su gravedad) es, según el Grupo Internacional de Expertos del Clima (GIEC), resultado de la actividad humana. Nicolas Stern, antiguo colaborador del Banco Mundial, no vacila en afirmar que “los cambios climáticos son el mayor fracaso de la historia de la economía de mercado”. En efecto, tanto aquí como en el caso anterior, la lógica del capital no reconoce las “externalidades”, menos cuando estas empiezan a reducir las tasas de ganancia.

La era neoliberal, que hizo crecer las tasas de ganancias, incidió igualmente en el incremento de la emisión de gases de efecto invernadero y del calentamiento climático. Tanto el incremento de la utilización de materias primas y del uso de los transportes como la desregulación de las medidas de protección del ambiente aumentaron las devastaciones climáticas y disminuyeron el potencial de regeneración de la naturaleza. Si nada se hace en un futuro cercano, entre el 20% y el 30% de todas las especies vivas podrían desaparecer en el próximo cuarto de siglo. El nivel y la acidez de los mares aumentará peligrosamente y se registrarán entre ciento cincuenta y doscientos millones de refugiados climáticos a partir de la primera mitad del siglo XXI.

La crisis social se ubica en ese contexto. Resulta más provechoso para la acumulación privada a corto y mediano plazos desarrollar al máximo el 20% de la población

mundial —capaz de consumir bienes y servicios con alto nivel de valor agregado— en lugar de responder a las necesidades de base de los que tienen un poder adquisitivo reducido o nulo. En efecto, estos últimos son incapaces de producir valor agregado, tienen poca capacidad de consumo y son tan sólo una multitud inútil, a lo sumo susceptible de ser objeto de políticas asistenciales. El fenómeno se ha acentuado con el predominio del capital financiero. Una vez más, la lógica de la acumulación se ha impuesto a las necesidades de los seres humanos.

Todo este conjunto de disfuncionamientos desemboca en una verdadera crisis de la civilización que se caracteriza por el riesgo de la extinción del ser vivo y el agotamiento del planeta, lo cual significa una crisis de sentido. Entonces, ¿podemos hablar de regulaciones? Sí, siempre que constituyan etapas de una transformación radical y permitan una salida a la crisis que no sea la guerra. No, si sólo prolongan una lógica destructiva de la vida. La humanidad que renuncia a la razón y abandona la ética pierde el derecho a existir.

Una convicción

Desde luego, el lenguaje apocalíptico no es portador de acciones. Pero una constatación de la realidad puede llevarnos a reaccionar. La búsqueda y la puesta en marcha de alternativas es posible, pero no sin condiciones. Suponen, en primer lugar, una visión a largo plazo, la utopía necesaria; después, medidas concretas, escalonadas en el tiempo, y finalmente, actores sociales portadores de proyectos en el marco de un combate cuya dureza será proporcional al rechazo del cambio.

La visión de largo plazo se puede articular alrededor de unos ejes mayores. En primer lugar, un uso renovable y racional de los recursos naturales, lo que supone otra filosofía de la relación con la naturaleza: no más explotación sin límites de una materia, el objeto en este caso de la ganancia, sino el respeto de lo que es fuente de vida. Las sociedades del socialismo llamado real poco innovaron en este terreno.

En segundo lugar, privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio, lo que significa otra definición de la economía: no más producción de un valor agregado, fuente de acumulación privada, sino la actividad que garantice las bases de la vida material, cultural y espiritual de todos los seres humanos en todo el mundo. Las consecuencias lógicas son considerables. Desde ese momento, el mercado serviría de regulador entre la oferta y la demanda, en vez de incrementar las tasas de ganancias de una minoría. El derroche de materias primas y energía, la destrucción de la biodiversidad y la atmósfera, pueden ser enfrentadas, si se toman en consideración las “externalidades” ecológicas y sociales.

Las prioridades de la producción de bienes y servicios cambian de lógica.

Un tercer eje es la generalización de la democracia, no aplicada sólo al sector político a favor de una democracia participativa, sino también al sistema económico, en todas las instituciones, y entre los hombres y las mujeres. De ello se deriva necesariamente una concepción participativa del Estado, así como una reivindicación de los derechos humanos en todas sus dimensiones individuales y colectivas. La subjetividad vuelve a encontrar un lugar.

Finalmente, el principio de multiculturalidad viene a complementar estos tres ejes. Se trata de permitirles a todos los saberes –aun los tradicionales–, a todas las filosofías y las culturas, a todas las fuerzas morales y espirituales capaces de promover la ética necesaria, participar en la construcción de alternativas, quebrando así el mono-

cales; la supresión del secreto bancario; la anulación de las deudas odiosas de los Estados del Sur; el establecimiento de acuerdos regionales, no sobre la base de la competitividad sino de la complementariedad y la solidaridad; la creación de monedas regionales; el establecimiento de multipolaridades y muchas otras medidas. La crisis financiera constituye una ocasión única de poner en práctica estas medidas.

Democratizar las sociedades pasa por la organización de la participación local, desde la gestión de las materias económicas hasta la reforma de las Naciones Unidas. La multiculturalidad se expresa por la abolición de las patentes sobre el saber, por la liberación de la ciencia del dominio de los poderes económicos, por la supresión de los monopolios de la información, por el establecimiento de la libertad religiosa.

polio de la occidentalización. Entre las religiones, la sabiduría del hinduismo en su relación con la naturaleza, la compasión del budismo en sus relaciones humanas, la búsqueda permanente de la utopía del judaísmo, la sed de justicia de la corriente profética del islamismo, las fuerzas emancipadoras de una teología de la liberación en el cristianismo, el respeto de las fuentes de vida en el concepto de la madre tierra de los pueblos autóctonos de la América Latina, el sentido de solidaridad expresado en las religiones de Africa constituyen las contribuciones potenciales importantes en el marco de una tolerancia mutua garantizada por la imparcialidad de la sociedad política.

¡Utopías, sólo utopías!

Pero el mundo necesita utopías, a condición de que estas se traduzcan en la práctica. Cada uno de los principios mencionados es susceptible de aplicaciones concretas; de hecho, ya han sido objeto de propuestas por parte de numerosos movimientos sociales y organizaciones políticas. La nueva relación con la naturaleza significa la recuperación por los Estados de la soberanía sobre los recursos naturales y la no apropiación privada; el cese del monocultivo y la revalorización de la agricultura campesina; la ratificación y la intensificación de las medidas de Kyoto y de Bali sobre el clima.

Privilegiar el valor de uso conlleva la no mercantilización de los elementos indispensables para la vida: las semillas, el agua, la salud, la educación; el restablecimiento de los servicios públicos; la abolición de los paraísos fis-

¿Pero quién será el portador de este proyecto? Es verdad que la genialidad del capitalismo es que transforma en oportunidades sus propias contradicciones. *How global warming can make you wealthy?*, (¿Cómo puede el calentamiento global hacerle rico?) se podía leer en una publicación de *US Today* a inicios del 2007.

¿El capitalismo podría llegar a renunciar a sus propios principios? Es evidente que no: sólo una nueva correlación de fuerzas lo logrará, lo que no excluye que actores económicos contemporáneos se adhieran. Pero una cosa es clara: el nuevo actor histórico portador de proyectos alternativos es plural hoy. Son los obreros, los campesinos sin tierra, los pueblos indígenas, las mujeres víctimas de las privatizaciones, los pobres de las ciudades, los militantes ecologistas, los emigrantes, los intelectuales vinculados a movimientos sociales: su conciencia de ser actor colectivo empieza a emerger. La convergencia de sus organizaciones está apenas empezando y a menudo faltan todavía relaciones políticas. Algunos Estados, especialmente en la América Latina, han creado ya condiciones para que las alternativas nazcan. La duración y la intensidad de las luchas de estos actores sociales dependerán de la rigidez del sistema vigente y de la intransigencia de sus protagonistas.

Ofrézcánles entonces, en las Naciones Unidas, un espacio para que se puedan expresar y presenten sus alternativas. Eso será su contribución a la inversión del curso de la historia, indispensable para que el género humano vuelva a encontrar un espacio de vida y pueda, de esta manera, reconstruir la esperanza.

La crisis económica y financiera global podría ser aprovechada por Latinoamérica*

La crisis económica y financiera internacional cuyo epicentro se halla en los Estados Unidos tiene que ser aprovechada por los países latinoamericanos en aras de construir una integración favorable a los pueblos y, al mismo tiempo, iniciar una desvinculación parcial.

En este comienzo de siglo, el proyecto bolivariano de integración de los pueblos de la región ha cobrado un nuevo impulso. Si se quiere llevar más lejos este nuevo ciclo ascendente, es necesario aprender las lecciones del pasado. Se debe aprender las lecciones del siglo XX para aplicarlas en este comienzo de siglo.

Durante la década del treinta que siguió a la crisis que estalló en Wall Street en 1929, hubo doce países latinoamericanos que fueron directamente afectados y que, en consecuencia, suspendieron de manera prolongada el reembolso de sus deudas externas contraídas, principalmente, con banqueros de América del Norte y Europa Occidental.

Algunos de esos países, como Brasil y México, impusieron a sus acreedores, diez años más tarde, una reducción de entre el 50 y el 90% de su deuda. México fue el que más lejos llevó las reformas económicas y sociales. Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, la industria del petróleo se nacionalizó completamente sin que por ello fueran indemnizados los monopolios norteamericanos. Asimismo, dieciséis millones de hectáreas fueron también nacionalizadas y retornadas en su mayor parte a la población indígena bajo la forma de bienes comunales. En el transcurso de los años treinta y hasta mediados de los sesenta, varios gobiernos latinoamericanos llevaron a cabo políticas públicas muy activas (conocidas más tarde con el nombre de modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones [ISI]), con el fin de conseguir un desarrollo parcialmente aut centrado.

A partir de 1959, la Revolución cubana intentó dar un contenido socialista al proyecto bolivariano de integración latinoamericana. Este contenido socialista despuntaba ya en la Revolución boliviana de 1952. Fue necesaria la brutal intervención estadounidense, apoyada por las clases dominantes y las fuerzas armadas locales, para terminar con el ciclo ascendente de emancipación social de ese período. Bloqueo de Cuba desde 1962, junta militar en Brasil desde 1964, intervención estadounidense en Santo Domingo en 1965, dictadura de Banzer en Bolivia en 1971, golpe de estado de Pinochet en Chile en 1973, instalación de las dictaduras en Uruguay y en Argentina.

El modelo neoliberal fue puesto en práctica primero en Chile, con Pinochet y la ayuda intelectual de los Chicago boys de Milton Friedman, y luego se impuso en todo el continente, favorecido por la crisis de la deuda que estalló en 1982. A la caída de las dictaduras en los años ochenta, el modelo neoliberal continuó vigente gracias principalmente a la aplicación de los planes de ajuste estructural y del Consenso de Washington. Los gobiernos de Latinoamérica fueron incapaces de formar un frente común, y la mayoría aplicó con docilidad las recetas dictadas por el Banco Mundial y el FMI. Esto acabó produciendo un gran descontento popular y una recomposición de las fuerzas populares que condujo a un nuevo ciclo de elecciones de gobiernos de izquierda o de centro izquierda, comenzando por Chávez en 1998, que se comprometió a instaurar un modelo diferente basado en la justicia social.

En este comienzo del siglo, el proyecto bolivariano de integración de los pueblos de la región ha cobrado un nuevo impulso. Si se quiere llevar más lejos este nuevo ciclo ascendente es necesario aprender las lecciones del pasado. Lo que le faltó, en particular, a Latinoamérica durante las décadas de 1940 a 1970 fue un auténtico pro-

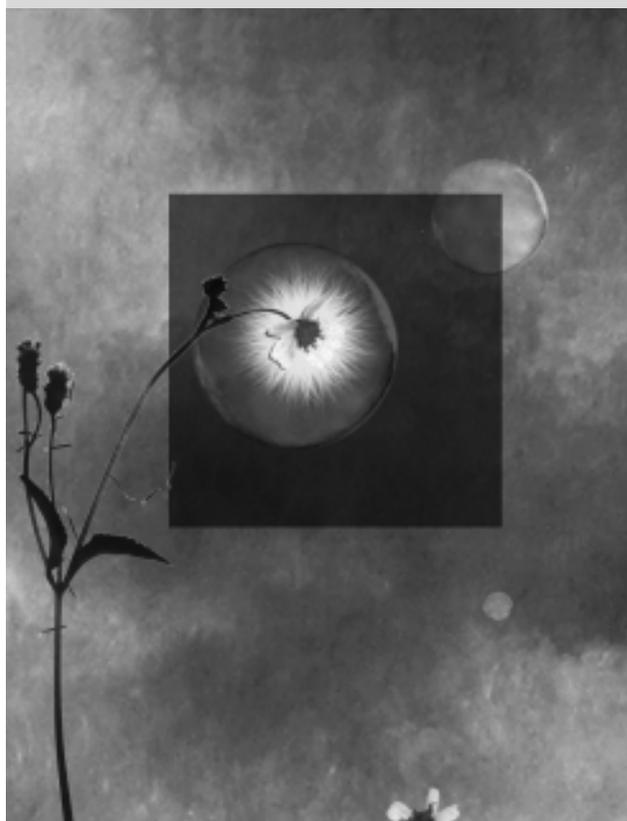
* Tomado de www.alternativabolivariana.org

yecto de integración de las economías y de los pueblos, combinado con una verdadera redistribución de la riqueza en favor de las clases trabajadoras.

Ahora bien, es vital tener conciencia de que hoy en Latinoamérica existe una disputa entre dos proyectos de integración que tienen un contenido de clase antagónico. Las clases capitalistas brasileña y argentina (las dos principales economías de la América del Sur) son partidarias de una integración favorable a su dominación económica sobre el resto de la región. Los intereses de las empresas brasileñas, sobre todo, así como de las argentinas, son muy importantes en la región: petróleo y gas, grandes obras de infraestructura, minería, metalurgia, *agrobusiness*, industrias alimentarias, etc. La construcción europea, basada en un mercado único dominado por el gran capital, es el modelo que quieren seguir. Las clases capitalistas brasileña y argentina quieren que los trabajadores de los diferentes países de la región compitan entre sí, para conseguir el máximo beneficio y ser competitivas en el mercado mundial. Desde el punto de vista de la izquierda, sería un trágico error recurrir a una política por etapas: apoyar una integración latinoamericana según el modelo europeo, dominada por el gran capital, con la ilusoria esperanza de darle más tarde un contenido socialmente emancipador. Tal apoyo implica ponerse al servicio de los intereses capitalistas. No hay que entrar en el juego de los capitalistas, intentando ser el más astuto y dejando que estos dicten sus reglas.

El otro proyecto de integración, que se inscribe en el pensamiento bolivariano, quiere dar un contenido de justicia social a la integración. Esto implica la recuperación del control público sobre los recursos naturales de la región y sobre los grandes medios de producción, crédito y comercialización. Se deben nivelar por arriba las conquistas sociales de los trabajadores y los pequeños productores y, al mismo tiempo, reducir las asimetrías entre las economías de la región. Hay que mejorar sustancialmente las vías de comunicación entre los países, respetando rigurosamente el ambiente (por ejemplo, priorizar el ferrocarril y otros medios de transporte colectivo antes que las autopistas). Hay que apoyar a los pequeños productores privados en numerosas actividades: agricultura, artesanado, comercio, servicios, etc. El proceso de emancipación social que persigue el proyecto bolivariano del siglo XXI pretende liberar a la sociedad de la dominación capitalista a partir del apoyo a las formas de propiedad que tienen una función social: pequeña propiedad privada, propiedad pública, propiedad cooperativa, propiedad comunal y colectiva, etc. Asimismo, la integración latinoamericana implica dotarse de una arquitectura financiera, jurídica y política común.

Se debe aprovechar la actual coyuntura internacional, favorable a los países en desarrollo exportadores de pro-



ductos primarios, antes de que la situación cambie. Los países de Latinoamérica han acumulado cerca de cuatrocientos mil millones de dólares en reservas de cambio. Se trata de una suma nada despreciable, que está en manos de los bancos centrales latinoamericanos, y que se debe utilizar en el momento oportuno para favorecer la integración regional y blindar al continente frente a los efectos de la crisis económica y financiera que se desarrolla en la América del Norte y Europa, y que amenaza a todo el planeta.

Lamentablemente, no hay que hacerse ilusiones: Latinoamérica está en vías de perder un tiempo precioso, mientras los gobiernos prosiguen, más allá de la retórica, una política tradicional: la firma de acuerdos bilaterales sobre inversiones, la aceptación o continuación de negociaciones sobre ciertos tratados de libre comercio, la utilización de las reservas de cambio para comprar bonos del tesoro de los Estados Unidos (es decir, prestarle capital a la potencia dominante) o *credit default swaps*, cuyo mercado se ha hundido con Lehman Brothers, AIG etc., el pago anticipado al FMI, al Banco Mundial y al Club de París, la aceptación del Centro Internacional de Resolución de Diferendos en Materia de Inversiones (CIADI) del Banco Mundial para resolver los diferendos con las transnacionales, la continuación de las negociaciones comerciales en el marco de la agenda de Doha, el mantenimiento de la ocupación militar de Haití. Después de un ruidoso y prometedor arranque en el 2007, las iniciativas

anunciadas en materia de integración latinoamericana parecen haberse frenado en el 2008.

En cuanto al lanzamiento del Banco del Sur, lleva mucho retraso. Las discusiones no se profundizan. Hay que salir de la confusión y dar un contenido claramente progresista a esta nueva institución, cuya creación fue decidida en diciembre del 2007 por siete países de la América del Sur. El Banco del Sur tiene que ser una institución democrática (un país, un voto) y transparente (auditoría externa). Antes que financiar con dinero público grandes proyectos de infraestructura, poco respetuosos del ambiente, realizados por empresas privadas cuyo objetivo es obtener el máximo beneficio, se debe apoyar los esfuerzos de los poderes públicos para promover políticas como la soberanía alimentaria, la reforma agraria, el desarrollo de la investigación en el campo de la salud y la implantación de una industria farmacéutica que produzca medicamentos genéricos de alta calidad; reforzar los medios de transporte colectivo ferroviario; utilizar energías alternativas para limitar el agotamiento de los recursos naturales; proteger el ambiente; desarrollar la integración de los sistemas de enseñanza...

A contrapelo de lo que muchos creen, el problema de la deuda pública no se ha resuelto. Es verdad que la deuda pública externa se ha reducido, pero ha sido sustituida por una deuda pública interna que, en ciertos países, ha adquirido proporciones totalmente desmesuradas (Brasil, Colombia, Argentina, Nicaragua, Guatemala), a tal punto que desvía hacia el capital financiero parasitario una parte considerable del presupuesto del Estado. Resulta muy conveniente seguir el ejemplo de Ecuador, que estableció una comisión de auditoría integral de la deuda pública externa e interna a fin de determinar la parte ilegítima, ilícita o ilegal de la misma. En un momento en el que, tras una serie de operaciones aventuradas, los grandes bancos y otras instituciones financieras privadas de los Estados Unidos y Europa borran unas deudas dudosas por un monto que supera largamente la deuda pública externa de Latinoamérica con ellos, hay que constituir un frente de países endeudados para obtener la anulación de la deuda.

Se debe auditar y controlar estrictamente a los bancos privados, porque corren el peligro de ser arrastrados por la crisis financiera internacional. Hay que evitar que el Estado sea llevado a nacionalizar las pérdidas de los bancos, como ya ha pasado tantas veces (Chile bajo Pinochet, México en 1995, Ecuador en 1999-2000, etc.). Si hay que nacionalizar bancos al borde de la bancarrota, se debe hacer sin indemnizaciones y ejerciendo el derecho de reparación sobre el patrimonio de sus propietarios.

Por lo demás, han surgido numerosos litigios en estos últimos años entre los Estados de la región y las multinacionales, tanto del Norte como del Sur. En lugar de remitirse al CIADI, que es parte del Banco Mundial, dominado

por un puñado de países industrializados, los países de la región tendrían que seguir el ejemplo de Bolivia, que se ha retirado del mismo.

Deberían crear un organismo regional para la resolución de litigios en cuestiones de inversiones. En materia jurídica, los Estados latinoamericanos deberían y negarse a renunciar a su jurisdicción en casos de litigio con otro Estado o con empresas privadas. ¿Cómo se puede seguir firmando contratos de préstamos o contratos comerciales que prevén que, en caso de litigio, sólo son competentes las jurisdicciones de los Estados Unidos, el Reino Unido o de otros países del Norte? Se trata de una renuncia inadmisiblemente del ejercicio de la soberanía.

Es conveniente restablecer un control estricto de los movimientos de capitales y del cambio, a fin de evitar la fuga de capitales y los ataques especulativos contra las monedas de la región. Es necesario que los Estados que quieren materializar el proyecto bolivariano de integración latinoamericana para una mayor justicia social avancen hacia una moneda común.

Naturalmente, la integración debe tener una dimensión política: un Parlamento latinoamericano elegido por sufragio universal en cada uno de los países miembros, dotado de un poder legislativo real. En el marco de la construcción política, hay que evitar la repetición del mal ejemplo europeo, en el que la Comisión Europea (o sea, el gobierno europeo) dispone de poderes exagerados con respecto al Parlamento. Hay que caminar hacia un proceso constituyente democrático a fin de adoptar una Constitución política común. En este caso se debe evitar reproducir el procedimiento antidemocrático seguido por la Comisión Europea para tratar de imponer un tratado constitucional elaborado sin la participación activa de la ciudadanía y sin someterlo a un referendo en cada país miembro. Por el contrario, hay que seguir el ejemplo de las asambleas constituyentes de Venezuela (1999), Bolivia (2007) y Ecuador (2007-2008). Los importantes avances democráticos logrados en el curso de estos tres procesos tendrían que ser integrados en un proceso constituyente bolivariano.

Asimismo, es necesario reforzar las competencias de la Corte Latinoamericana de Justicia, en particular en materia de garantía del respeto de los derechos humanos, que son indivisibles.

Hasta este momento, coexisten varios procesos de integración: Comunidad Andina de Naciones, Mercosur, Unasur, Caricom, Alba... Es importante evitar la dispersión y adoptar un proceso integrador con una definición político-social basada en la justicia social. Este proceso bolivariano debería reunir a todos los países de Latinoamérica (la América del Sur, la América Central y el Caribe) que se adhieran a esta orientación. Es preferible comenzar la construcción común con un núcleo reducido y

coherente que con un conjunto heterogéneo de Estados cuyos gobiernos siguen orientaciones políticas sociales contradictorias, cuando no antagónicas.

La integración bolivariana debe ir acompañada de una desvinculación parcial del mercado capitalista mundial. Se trata de suprimir progresivamente las fronteras que separan los Estados que participan en el proyecto, reducir las asimetrías en los países miembros, especialmente gracias a un mecanismo de transferencia de riqueza desde los Estados más “ricos” a los más “pobres”. Esto permitirá ampliar considerablemente el mercado interior y favorecerá el desarrollo de los productores locales bajo diferentes formas de propiedad. Permitirá poner en vigencia el proceso de desarrollo (no sólo la industrialización) por sustitución de importaciones. Por descontado, ello implica el desarrollo, por ejemplo, de una política de soberanía alimentaria. Al mismo tiempo, el conjunto bolivariano constituido por los países miembros se desvinculará parcialmente del mercado capitalista mundial. En particular, esto implicará abrogar tratados bilaterales en materia de inversiones y de comercio. Los países miembros del grupo bolivariano también se deberían retirar de instituciones tales como el Banco Mundial, el FMI y la OMC, y promover al mismo tiempo la creación de nuevas instan-

cias mundiales democráticas y respetuosas de los derechos humanos indivisibles.

Como se indicó antes, los Estados miembros del nuevo grupo bolivariano se dotarán de nuevas instituciones regionales, como el Banco del Sur, que desarrollarán relaciones de colaboración con otras instituciones similares constituidas por Estados de otras regiones del mundo.

Los Estados miembros del nuevo grupo bolivariano actuarán con el máximo número de terceros Estados por una reforma democrática radical del sistema de las Naciones Unidas, con el objetivo de hacer cumplir la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y los numerosos instrumentos internacionales favorables a los derechos humanos, como el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (1966), la Carta de los Derechos y Deberes de los Estados (1974), la Declaración sobre el Derecho al Desarrollo (1986), la Resolución sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (2007). Igualmente, prestarán apoyo a la actividad de la Corte Penal Internacional y de la Corte Internacional de Justicia de la Haya. Favorecerán el entendimiento entre los Estados y los pueblos a fin de actuar para que se limite al máximo el cambio climático, ya que este representa un terrible peligro para la humanidad.



El tsunami del hambre*

La imposibilidad de acceder a los alimentos ha empujado a la calle, durante los últimos meses, a miles de personas en los países del Sur. Manifestaciones, huelgas y protestas se suceden de una punta a otra del planeta. En Bangladesh el precio del arroz se duplicó en el último año; en Haití, el costo de los alimentos aumentó más de un 40% y el mismo porcentaje subió en Egipto. Igual dinámica se ha vivido en Costa de Marfil, Bolivia, Indonesia, México, Filipinas, Pakistán, Mozambique, Perú, Yemen, Etiopía... La lista podría continuar.

Estas “revueltas del hambre” nos recuerdan las que tuvieron lugar contra las políticas de ajuste estructural impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en los años ochenta y noventa en los países del Sur. En ese período se contabilizaron más de cincuenta alzamientos que dejaron miles de muertos en África, Asia y la América Latina. Una vez más la causa fue el aumento de los precios de los alimentos básicos, el transporte, la vivienda, etc., que agravó las condiciones de vida de la mayoría de las poblaciones de esos países y dificultó aún más su lucha por la supervivencia cotidiana. La historia se repite y las políticas neoliberales continúan dejando millones de hambrientos a su paso.

Pero el problema hoy no es la falta de alimentos: la producción de cereales a nivel mundial se ha triplicado desde los sesenta y las reservas siguen estando muy por encima de la demanda. De hecho, la producción agrícola nunca había sido tan abundante. Entonces, ¿cuál es el problema? La dificultad radica en que los pobres del Sur no pueden pagar los precios establecidos. Se trata, por tanto, de un problema de acceso a los alimentos.

Los cereales básicos son los que han sufrido un aumento más espectacular en el último año: un 70%. Se desta-

can los casos del trigo, la soya, los aceites vegetales y el arroz. El costo del trigo, por ejemplo, ha llegado a sumar un 130% más que hace un año y el arroz un 100%. Evidentemente, son las capas más pobres de la población de los países del Sur, especialmente los que abandonaron el campo y hoy pueblan masivamente las ciudades, quienes sufren las graves consecuencias de este aumento sin parangón.

Esta crisis no es coyuntural, sino resultado de un sistema agroalimentario privatizado, enfocado al mercado internacional y supeditado al afán de lucro. Varias han sido las razones que han hecho estallar esta crisis alimentaria mundial. Entre ellas, el aumento de las importaciones de cereales de países hasta el momento autosuficientes como la India, China o Vietnam; la destrucción de cosechas debido a las sequías y a otros fenómenos meteorológicos en países productores como Bangladesh, China y Australia; el aumento del consumo de carne por parte de nuevas clases medias en la América Latina y en Asia, que trae aparejado un crecimiento de la demanda; la subida del precio del petróleo, que ha repercutido directa o indirectamente en una agricultura dependiente del mismo; las nuevas tendencias de producción de “petróleo verde” o



* Tomado de *Corriente Alterna*, junio del 2008, en <http://www.espacioalternativo>.

agrocombustibles; las crecientes inversiones especulativas en cereales después del crack de los mercados punto-com e inmobiliarios. Todos estos elementos han influido, en menor o mayor medida, en un sistema agroproductivo que antepone los intereses económicos privados a las necesidades alimenticias de las personas. En ese frágil equilibrio, las leyes del mercado han terminado de desequilibrar la balanza.

Especular con la comida

Pero, ¿cómo se han establecido los precios actuales? El precio de materias primas como la soya, el maíz y el trigo, entre otras, se determina por su cotización en las bolsas de valores, entre ellas la de Chicago, que es la más importante. Los operadores venden y compran en el “mercado de futuros”, en función de las previsiones de la oferta y la demanda. Se trata, por tanto, de operaciones especulativas. En la medida en que sectores como Internet o el inmobiliario entran en crisis, esas inversiones han derivado a los mercados de cereales. Hoy se calcula que al menos un 55% de la inversión financiera en el sector agrícola responde a intereses especulativos y tiene una vinculación directa con el aumento y la volatilidad de los precios.

Multinacionales como Cargill y Bunge, así como el gobierno de los Estados Unidos, ejercen un fuerte control sobre la producción y la comercialización de las materias primas, lo cual determina su precio final. Se trata de una dinámica recurrente en toda la cadena productiva, y son precisamente quienes monopolizan cada uno de estos tramos, las grandes multinacionales, las máximas beneficiarias de la crisis actual. Las principales compañías de semillas, Monsanto, DuPont y Syngenta, han reconocido un aumento creciente de sus ganancias, y lo mismo sucede con las principales industrias de fertilizantes químicos Mosaic Corporation (propiedad de Cargill) o Potash Corp. Las mayores empresas procesadoras de alimentos como Nestlé o Unilever también anuncian un alza en sus beneficios, aunque por debajo de las que controlan los primeros tramos de la cadena. Lo mismo ocurre con las grandes distribuidoras de alimentos como Wal-Mart, Tesco o Carrefour, los reyes de los supermercados, quienes afirman que sus ganancias aumentan.

Inseguridad alimentaria

En la medida en que la agricultura, en su creciente mercantilización, prioriza la producción para la exportación en lugar del abastecimiento local, o abandona sistemas de cultivo tradicionales en aras de una agricultura industrial

y “drogodependiente” (con el uso de pesticidas y químicos), nos vemos arrojados a una creciente inseguridad alimentaria en la que nuestras necesidades alimentarias quedan en manos de las multinacionales de la agroindustria. Las políticas neoliberales aplicadas sistemáticamente desde los años setenta contribuyen a ello, sin lugar a dudas.

El caso de Haití es revelador. Hace treinta años, ese país producía todo el arroz que necesitaba para alimentar a su población, pero a mediados de los ochenta, frente a una necesidad de fondos (el dictador haitiano Jean Claude “Baby Doc” Duvalier abandonó el país vaciando sus arcas), se endeudó con el Fondo Monetario Internacional. Empezaba ahí una espiral de “dominación” que sumiría al país en la más profunda de las dependencias políticas y económicas respecto a las instituciones financieras internacionales y, en especial, a los Estados Unidos.

Para obtener dichos préstamos, Haití se vio obligado a aplicar una serie de políticas de ajuste estructural, entre ellas la liberalización comercial y la reducción de los aranceles que protegían la producción de cultivos como el arroz. Esa apertura permitió la entrada indiscriminada de arroz subvencionado de los Estados Unidos, que se vendía muy por debajo del precio al que los agricultores locales podían producirlo. Esto hundió en la más absoluta miseria a los productores locales, quienes ante la imposibilidad de poder competir, abandonaron sus campos y cultivos. Hoy Haití es uno de los principales importadores de arroz estadounidense.

Pero el caso de Haití se puede extrapolar a muchos otros países del Sur, en los que la aplicación sistemática de las políticas neoliberales a lo largo de los últimos treinta años ha sumido a las poblaciones en una pobreza que mina la salud y acorta la vida de la gente. La liberalización comercial a ultranza, mediante las negociaciones en la Organización Mundial del Comercio y los acuerdos de libre comercio, las políticas de ajuste estructural, el pago de la deuda externa, la privatización de los servicios y los bienes públicos han sido algunas de las medidas del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a lo largo de las últimas décadas.

Estas políticas han generalizado una creciente privatización de la agricultura y la alimentación, así como de otros sectores. Es una dinámica que aunque muestra su cara más cruenta en el Sur también se ha impuesto en los países del Norte con una agricultura altamente deslocalizada e industrial. Frente a las consecuencias de ese modelo es indispensable comenzar a aplicar ya los principios de la soberanía alimentaria. Las alternativas están encima de la mesa: sólo hace falta voluntad política para aplicarlas y, evidentemente, luchar para conseguir imponerlas.

La unidad de nuestras naciones*

Señor Rector de este centro de estudios universitarios;

Querido José Ramón, vicepresidente de la República de Cuba;

Querido Ricardo, presidente de la Asamblea Nacional;

Querido Ricardo Cabrisas, vicepresidente del Consejo de Ministros;

Profesores, personal docente de este prestigioso centro de estudios;

Estudiantes, que son la razón de ser de la universidad;

Queridas compañeras, queridos compañeros, que en esta tarde han tenido la gentileza de venir a escuchar a este compañero más por la lucha para la liberación de nuestros pueblos:

En primer lugar, les pido mil disculpas por los quince minutos de atraso: en verdad tuvimos un desfase en la agenda de casi una hora; acelerando etapas hemos logrado acortar el desfase, pero llegamos de todas formas quince minutos tarde.

En segundo lugar, quiero agradecerles profundamente esta invitación. Como ustedes saben, antes de meterme en el grave lío de ser presidente de la República de Ecuador, toda mi vida había sido alrededor de la academia. Aquí veo a algunos exalumnos míos de ciertas maestrías, que están visitando Cuba. Cada vez que regreso a un cen-

tro académico, a un claustro académico, créanme, es como si regresara a mi fuente, a mi esencia, y me siento realmente reconfortado, así que muchas gracias por esta oportunidad.

En tercer lugar, después de esta conferencia –donde más que escuchar lo que yo digo también tengo que escucharlos, responder sus inquietudes– vamos a tener un foro lo más libre, lo más independiente, lo más informal posible: una conversación con todas sus inquietudes y también trasmitiéndoles algunas que pueda yo tener.

En cuarto lugar, nos habían pedido una intervención sobre la integración latinoamericana y la crisis actual. Vamos a referirnos a la integración latinoamericana; vamos a referirnos brevemente a la crisis actual, que no es otra cosa que una de las recurrentes crisis del neoliberalismo, a pesar de que tal vez esta crisis refleja el colapso de un sistema; algo nuevo y mejor tiene que surgir de esta crisis. Pero también vamos a hablar de alternativas, de lo que está pasando en la América Latina y de esa nueva oleada, ese tsunami de nuevos gobiernos soberanos, dignos, independientes que están surgiendo a lo largo y ancho de la región, probablemente siguiendo el ejemplo que hace cincuenta años nos diera Cuba, y que, realmente, representan en la América Latina no solo una época de cambios, sino un verdadero cambio de época. Y vamos a hablar un poco de aquello que hemos llamado el socialismo del siglo XXI como alternativa a sistemas que nunca funcionaron, a ideologías que se disfrazaron de ciencias y con esos discursos pretendieron dominarnos. Porque no sólo se trata de criticar lo que estuvo mal hecho, sino de presentar alternativas, y vamos a hablar un poco de esa nueva orientación de muchos gobiernos de la América Latina llamada socialismo del siglo XXI.

* Conferencia magistral ofrecida por el Presidente de la República del Ecuador, el 9 de enero del 2009, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Queridas compañeras, queridos compañeros:

Un abrazo interminable, un saludo revolucionario, bolivariano y alfarista. Desde la mitad del mundo, desde el corazón de las mujeres y los hombres del Ecuador, una felicitación calurosa, el regocijo compartido con este cincuenta aniversario de la gloriosa Revolución cubana.

El triunfo del primero de enero de 1959 sigue siendo el referente más importante para los movimientos socialistas de América. No sólo saludamos una fecha histórica, también saludamos el orgullo y la resistencia de un pueblo que no se ha doblegado ni un solo instante frente a la prepotencia del imperialismo. Cincuenta años de coraje para soñar, para plantar los sueños y realizarlos; coraje para no desmayar, para quedarse, para levantar cada día el día siguiente, para construir la equidad, la armonía, la amistad, los hombres nuevos, las mujeres nuevas; coraje para resistir; coraje, fuerza, empuje para levantar al ser humano a la altura de los mejores sueños de desarrollo con dignidad, con justicia y libertad.

Cuba y Ecuador comparten un mismo crisol histórico. Han sido hermanados por los ideales de libertad y de justicia que inspiraron a José Martí, a Eloy Alfaro y a Antonio Maceo, que compartieron sueños de libertad, se conocieron en vida, hubo intercambios epistolar, etc. Nuestro homenaje reverente a su memoria.

Nuestra América ya no es más la ficción panamericana que desembocó en la Organización de Estados Americanos; tampoco es la Iberoamérica incapaz de superar el nostálgico patronazgo de la “madre patria”, tan cara a los arielistas. Nuestra América fue soñada mucho antes por Simón Bolívar, ese venezolano universal, responsable de la independencia de cinco naciones latinoamericanas.

Ahora, una vez formalizado el ingreso de Cuba al Grupo de Río, en Salvador de Bahía, en la Cumbre América Latina y el Caribe sobre Integración y Desarrollo, realizada en diciembre pasado, a la que tuve la oportunidad de asistir, nuestra América, el sueño de Martí y de Bolívar, comienza a tomar forma definitiva. Por esto, ahora la Revolución Cubana retorna a su seno en nuestra América soñada.

Pese a las enormes dificultades, Cuba ha sabido y ha podido crear las condiciones para que las mujeres y los hombres libres se formen y se sigan formando con los más elevados estándares educativos, con los niveles de conciencia más altos, construyéndose como mejores seres humanos con el corazón abierto y solidario.

Uno de los mayores logros de la economía cubana es la lucha permanente por el bienestar equitativo de las mujeres y los hombres, sin exclusiones. Administrar por cincuenta años una economía sitiada, bloqueada, en beneficio de las mayorías, no sólo es un acto heroico, es una reserva moral para los pueblos, es un ejemplo de consecuencia revolucionaria que es necesario aplaudir de pie.

Y hablando de sitios y bloqueos, el pueblo palestino ha resistido heroicamente por décadas una política de ocupación colonial. Ahora mismo es víctima de un ataque genocida lanzado por el gobierno de Israel, ataque que merece nuestro más enérgico repudio y condena.

La violencia sionista en Gaza con centenas de víctimas civiles –niños, mujeres, ancianos– nos trae a la memoria los peores crímenes de la Segunda Guerra Mundial. La conciencia democrática y humanitaria mundial exige el cese inmediato de esta agresión contra el pueblo palestino.

Compañeras y compañeros:

Vivimos un verdadero cambio de época. El mundo observa cómo la América Latina se constituye en escenario de cambios sociales, políticos y económicos que han tenido lugar en apenas una década y que eran impensables en épocas anteriores. Aunque existen características diferenciadoras en cada uno de los procesos políticos, no puede negarse que todos responden de igual manera a un proceso común de transformación y a un deseo compartido de cambio y equidad social por parte de nuestros pueblos.

La América Latina, para vergüenza de los latinoamericanos, sigue siendo la región más desigual del mundo. En Brasil, y algo similar en Ecuador, la relación entre los ingresos del quintil superior e inferior de la población es de treintitrés a uno, es decir, la diferencia entre lo que gana el 20% más rico con respecto al 20% más pobre es de treintitrés a uno. En otras palabras, si los más ricos de nuestra región, el 20% más rico, se come treintitrés panes, el 20% más pobre tan sólo come un pan; si de cien habitantes, los veinte habitantes más ricos comen treintitrés panes, los veinte habitantes más pobres sólo pueden repartirse un pan: esa es la estadística de la que estamos hablando. Mientras que eso es realidad en Brasil, en Ecuador, y, en general, en la América Latina, en Finlandia, Bélgica o Corea del Sur esa relación es tan solo de seis a uno.

Reducir estas diferencias constituye un reto que supera en mucho los objetivos de las tradicionales agendas sociales elaboradas por las entidades multilaterales, que más se parecen a caridad antes que a políticas sociales verdaderas.

En las últimas tres décadas, la democracia formal del neoliberalismo poco o nada ha podido hacer para vencer esta realidad, por el contrario, la ha exacerbado. La gran mayoría de los países que aplicaron políticas neoliberales, entre ellos Ecuador, lo que vieron es aumentar esta diferencia social antes de disminuirla.

En los inicios del siglo XXI, en los albores de la peor crisis que recuerda la historia del capitalismo, nuestra América requiere de una organización capaz de acoger los desafíos del presente, de defender los principios de autodeterminación y de solidaridad, históricamente sustentados por los países latinoamericanos, de idear nuevas



formas de integración, cualitativamente superiores a las sostenidas en tratados comerciales fraguados en el molde de la Organización Mundial de Comercio. Para el gobierno de la revolución ciudadana, la nueva estrategia de desarrollo no puede desvincularse del desarrollo de toda la América Latina. Es por esto que para el Ecuador es tan importante consolidar una organización de Estados latinoamericanos; organización de Estados latinoamericanos que sería el foro natural para definir una agenda basada en una idea compartida de desarrollo, diferente a la fracasada agenda del Banco Mundial y sin el patronazgo de países extraños a nuestra región, y, por supuesto, incorporando a todos los países de la América Latina, entre ellos, a nuestra querida Cuba.

La estrategia de desarrollo latinoamericana debe sustentarse en la integración energética y de infraestructura, en la promoción de empresas granacionales, capaces de acelerar el crecimiento en sectores estratégicos; en la articulación de las economías nacionales, mediante cadenas de valor negociadas entre países; en políticas sociales compartidas, inspiradas en esa solidaridad forjada por una historia común. Esto es sumamente importante, y Fidel es reiterativo en esto. Las cosas deben traducirse en cuestiones concretas a favor de nuestros pueblos, para que no pierdan credibilidad.

La integración latinoamericana debe, en forma eficiente, rápida, eficaz, transformarse en acciones concretas, tangibles a favor de nuestros pueblos, por ejemplo: infraestructura, mejoras en la comunicación, políticas sociales compartidas, etcétera.

El desarrollo latinoamericano jamás podrá fructificar en el terreno de las concesiones unilaterales, ideadas para premiar conductas esperadas mediante premios temporales, como las de gravaciones arancelarias, que algunas

veces nos ofrecen y con las cuales nos someten muchas veces también los países del Norte.

A inicios del siglo XXI podemos observar, optimistas, la derrota política, económica y social de todo el recetario del Consenso de Washington; políticas que pudieron mantenerse sobre la base de engaños y actitudes antidemocráticas por parte de sus beneficiarios, con total respaldo a organismos multilaterales que disfrazaron de ciencia a una simple ideología. Esto nos muestra bastante bien el grado de postración en que cayó la América Latina.

Los últimos diez, quince años, la América Latina se rigió por un recetario de políticas económicas y sociales llamadas Consenso de Washington; consenso en que, para vergüenza de la región, no participó ningún país latinoamericano. ¿De qué consenso nos estaban hablando? Del consenso de la burocracia internacional, Banco Mundial, Fondo Monetario; del consenso del Departamento de Estado, el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Eso demuestra un poco la prepotencia de todas estas burocracias y de todos estos entes, ¿verdad? Ellos llegaron a un consenso muy reducido y dijeron que era un consenso universal.

También hay que reconocer el entreguismo de nuestras elites, de nuestras oligarquías, de nuestras clases dominantes, de nuestros líderes de pacotilla que pasivamente aceptaron y algunas veces agenciosa y entusiastamente introdujeron las políticas de ese llamado consenso donde ningún país latinoamericano participó, y lo que hicieron los organismos multilaterales –como siempre tan prestos a promover cualquier cosa que vaya en función del gran capital y, sobre todo, del capital financiero especulativo mundial– fue disfrazar a una ideología de ciencia y las supuestas investigaciones académicas que han hecho el Banco Mundial y el Fondo Monetario en los últimos veinte, treinta años, más se parecen a una multimillonaria campaña de marketing ideológico, antes que realmente investigación científica.

Vivimos momentos de definiciones sustanciales; existen quienes creen que la crisis mundial sólo es un pequeño traspíe que se puede parchar remozando el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, instrumentos del sistema perverso que inhibe el desarrollo de los países del Sur.

Ni siquiera el comercio internacional conducido según los cánones del supuesto libre comercio auspiciado por la OMC –fracaso de la Ronda Doha, incluido–, ha podido evitar la crisis del capitalismo central; capitalismo que suponía ver derrotada la historia, pero la historia sigue avanzando al paso marcado por las luchas sociales y los conflictos ambientales y económicos.

El comercio internacional de la Organización Mundial de Comercio es el mismo libre comercio auspiciado por el neoliberalismo que supone, basado en la vieja teoría ri-

cardiana de las ventajas comparativas, actualizada con el teorema Heckscher-Ohlin-Samuelson, que la liberación arancelaria acelera el crecimiento económico.

Si además se asegura que los capitales también circulan libremente los mercados asignarían sabiamente recursos escasos donde más se les necesita. Esa es la teoría del mercado: liberalizar todo que el mercado solito da la mejor asignación de recursos. Pero, terca, la realidad opera de otra manera.

En las décadas finales del siglo XX la ola globalizadora promovió libertad para el comercio y para el capital financiero, pero fracasó en el momento de asignar recursos a donde más se les requería; más todavía, condenó a los seres humanos de los países menos desarrollados a una condición abyecta, absolutamente inaceptable que convierte a ciudadanos del Sur del planeta en sudacas o *wet bags* en el Norte, pues el neoliberalismo olvidó otorgar al trabajo la misma libertad que recibieron los bienes y el capital. Fíjense lo obscuro de esa globalización neoliberal.

Mientras más se busca liberalizar comercio, tránsito de mercancías y movilidad de capitales, más se penaliza y criminaliza la movilidad de los seres humanos alrededor del planeta. ¿Quién puede, ética o moralmente, sostener tamaña contradicción? Pero esos son los países que muchas veces quieren adoptar el lugar, las poses de los referentes éticos y morales a nivel mundial; países que impulsan una globalización donde, insisto, se busca liberalizar cada vez más la movilidad de mercancía y capitales, pero donde se penaliza cada vez más la movilidad de los seres humanos.

La crisis del capitalismo iniciada en agosto del 2007 no es un evento aislado. En la década final del siglo pasado se produjeron eventos similares, aunque de menor alcance: en México, en 1994; en el sudeste asiático, en 1997, y en Argentina, con el corralito, en diciembre del 2001.

En Ecuador, la crisis de 1999, también desencadenada por la avaricia de varios banqueros, nos hizo retroceder una década y sirvió de pretexto para que los banqueros sobrevivientes y un conspicuo grupo de importadores auspicien la automutilación de nuestra soberanía monetaria, al renunciar unilateralmente a nuestra moneda nacional y adoptar una moneda extranjera como moneda de curso legal.

Es que el capitalismo siempre está en crisis, porque no defiende al ser humano, sino al capital; porque encubre los desafueros de la propiedad privada y comerciales de los circuitos de mercado controlados por el capitalismo central. Y mientras más nos identifiquemos con las estructuras de pensamiento de esa torre de marfil, en la que convirtió el neoliberalismo a la economía, menos comprenderemos las causas de nuestros problemas sociales.

Es por esto que esta crisis también puede ser, como ya ocurrió a partir de los años treinta del siglo pasado, la

oportunidad para sentar las bases de algo nuevo, en nuestro caso, del socialismo del siglo XXI.

El referente central del socialismo del siglo XXI, este pensamiento que emerge con fuerza, es el individuo social y solidario que se realiza en la vida compartida con los demás. Es una barbaridad monstruosa a nivel académico, a nivel filosófico, en todas las dimensiones, pensar que el motor de la sociedad son seres que actúan aisladamente, en función de su propio egoísmo, buscando la maximización de su beneficio personal.

Esta simpleza, que fue elevada a doctrina magnífica al final de la historia –no había nada más que pensar, se había dado con la solución a todos los problemas–, no resiste el menor análisis ni mayor estudio histórico; hace abstracción de cosas tan fundamentales como la cultura, que es lo que condiciona, prácticamente, todos los actos de los seres humanos. Pero esta ideología que beneficiaba, por supuesto, a los más poderosos –la ley de la selva, la competencia, etc.–, favorece a los que son más fuertes, eso es obvio, fue elevada –les insisto– a la categoría de ciencia, e incluso a la categoría de evangelio, ¿verdad?: “Buscad que el mercado impere y el resto se os dará por añadidura”, la famosa mano invisible de Adam Smith.

Por el contrario, el socialismo del siglo XXI, asume un individuo social y solidario que se realiza en la vida compartida con los demás.

Si algo nos ha enseñado la historia, es que las sociedades necesitan siempre de manos muy visibles para lograr la justicia, la equidad y la felicidad. El socialismo del siglo XXI hereda varias de las mejores manifestaciones del socialismo tradicional, pero confronta con valor y con sentido crítico, los dogmas que la historia se ha encargado de enterrar.

En el socialismo del siglo XXI confluyen lo mejor del socialismo científico, con otros socialismos presenciados por la historia reciente: el socialismo agrarista mexicano, el socialismo andino de Mariátegui, el socialismo cubano, donde la imaginación y creatividad no tienen límites para superar criminales bloqueos, boicots, obstáculos que ponen las potencias de siempre.

También toma mucho, el socialismo del siglo XXI, de los aportes de la Teología de la liberación, es decir, de esa Iglesia Católica de las comunidades de base, de los pobres; de esa Iglesia que jugó un rol fundamental en los años sesenta y setenta y que, lamentablemente, a partir de la década del ochenta ha tenido una involución muy grave, sobre todo a nivel de jerarquía, en su compromiso con la cuestión social. Dicho sea de paso, en lo personal, alimento en buena medida mis convicciones económicas y sociales de esa Iglesia de los pobres, de esa Iglesia de las comunidades de base.

Este pensamiento dinámico se basa en principios y no en modelos. No conocemos las respuestas antes de cono-

cer las preguntas. Afirmamos un profundo humanismo, un riguroso sentido de la ética y una total convicción democrática. A partir de estos principios, el socialismo del siglo XXI elabora propuestas para responder a la realidad, sin recetas, sin modelos de sociedad supuestamente inmutables. Basta de recetas generalizadas, basta de intentar estandarizarnos. Esto, además de imposible, es indeseable, si reconocemos la especificidad de cada sociedad, de cada proceso, de cada cultura. Por eso nuestro socialismo ni siquiera es único, está en constante adaptación a la realidad de cada país y región: pero, al igual que para todo socialismo, el nuestro considera fundamental la supremacía del trabajo humano sobre el capital y la acción colectiva permanente. Por tanto, son imprescindibles el rol del Estado y la planificación.

Si ustedes revisan detenidamente la historia, no son los países que dejaron competir a los agentes económicos, cada uno haciendo lo que le daba la gana, donde los individuos sólo buscaban su lucro personal los que han tenido éxitos; son los países que supieron enfrentar en común problemas comunes, en otras palabras, supieron realizar adecuadamente la acción colectiva. Este es uno de los rasgos fundamentales del socialismo del siglo XXI; pero otro rasgo fundamental es la supremacía del trabajo humano sobre el capital, si no, no fuéramos socialistas, ¿verdad? Esto es más importante, dadas las condiciones de las últimas décadas en la América Latina, ya que una de las principales víctimas del neoliberalismo fue el trabajo humano.

En las últimas décadas, el trabajo humano en la América Latina se convirtió tan solo en un instrumento más de acumulación del capital, todo en función del capital; y bajo eufemismos como flexibilización laboral, todas estas burocracias internacionales: Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, etc., lo que hicieron fue permitir, con el desmonte de derechos de los trabajadores, de leyes que protegían el trabajo humano, la explotación de dichos trabajadores, y se generalizaron formas legalizadas, institucionales de explotación laboral, como, por ejemplo, la tercerización, el trabajo por horas, etc.

Hemos aprendido mucho en estos dos años en que hemos estado en el gobierno de la revolución ciudadana en la República del Ecuador; es increíble, no nos dejan de sorprender las cosas que encontramos.

Cuando llegamos al gobierno encontramos un reglamento del contrato por horas. El contrato por horas, ¿qué era? Un contrato innecesario, porque ya existían varias formas de contrato en el Código de Trabajo, para cubrir empleo temporal y tiempo parcial; pero para permitir mayor explotación laboral se introdujo esa figura de contrato por horas.

Si ustedes no tienen un derecho laboral, como la estabilidad, se supone que deben ser compensados de alguna manera; es decir, no tienen estabilidad, se les paga un

poco más. Bueno, el contrato por horas no daba ninguna clase de estabilidad, pero permitía pagar menos a los trabajadores; y se suponía que era para épocas específicas, muy especiales, por ejemplo, Navidad, cuando las jugueterías, etcétera, necesitan jóvenes que cuatro horas al día ayuden a hacer paquetes de regalos; entonces se trata de trabajo a tiempo parcial durante unos quince días. Ese era el espíritu del contrato de trabajo. Pues bien, el reglamento que encontramos decía que las empresas podían tener hasta 75% de su personal contratado por horas y en forma permanente; encontramos empresas que tenían cero trabajadores, todos los trabajadores eran tercerizados. Y a todo eso se le llamaba eficiencia, flexibilización laboral, competitividad, etc.

La poca competitividad que ha ganado la América Latina en los últimos años no se ha basado en la verdadera eficiencia, en el avance tecnológico, etc.; se ha basado en la explotación de los trabajadores, y eso ya no lo podemos continuar permitiendo.

Entonces, una de las características fundamentales del socialismo del siglo XXI es poner las cosas en su sitio: la supremacía del trabajo humano sobre el capital. El trabajo humano es un factor más del proceso de producción, es el fin mismo de la producción, y todos los demás factores, y la propia producción, deben estar en función de ese trabajo humano, es decir, en función de ese ser humano.

El socialismo del siglo XXI se encuentra en constante reformulación y construcción. El error más grave es no atreverse a reflexionar críticamente. Eso me ha gustado mucho de esta visita a Cuba, por todos lados hemos visto: “Siembren ideas”, “la lucha de ideas”, “cuestionemos todos”, y esa es una de las principales características para la superación, para el desarrollo, para salir adelante.

Rechazamos toda clase de dogmas. En política los dogmas han causado daños inmensos. Ponemos especial énfasis en la generación de valores de uso antes que valores de cambio. El capitalismo privilegia la generación de mercancías, bienes con un precio explícito en el mercado que se pueden intercambiar; pero, ¿cuántos de los bienes más necesarios de la humanidad son susceptibles de intercambio y de tener un precio explícito, o adecuado precio explícito? ¿Cuál es el precio de la paz social? ¿Cuál es el precio del amor fraterno? ¿Cuál es el precio de la solidaridad? ¿Cuál es el precio del medio ambiente? En todo eso fracasa el sistema de mercado y el sistema capitalista en general. En otras palabras, generar valor no necesariamente es generar mercancías.

Las economías de mercado, más aún en sociedades con mala distribución del ingreso, son un verdadero desastre. Este que es un problema conceptual insuperable en la economía de mercado, que justifica la intervención del Estado —y esa intervención dependerá de la realidad de cada sociedad, de cuánto el mercado pueda asignar efi-

cientemente, etc.— es mucho más grave, ya tiene problemas mucho más concretos cuando se tiene mala distribución del ingreso; porque, en principio, los precios son la señal básica para que el mercado asigne eficientemente los recursos a una sociedad; porque teóricamente esos precios deberían reflejar cuán útil es para una sociedad el bien que se está generando.

Les pongo un ejemplo. Si de repente el precio de las camisas sube, es la señal para el mercado de que más mano de obra, más tela, más máquinas tienen que destinarse a producir camisas. Por supuesto, los agentes que se ponen a producir camisas lo hacen por su propio fin de lucro, por su propio egoísmo e individualismo, por su propio beneficio; pero con eso están cumpliendo, en teoría de mercado, su rol social, porque están atendiendo la necesidad de la sociedad. ¿Y cómo se expresó esa necesidad social? Aumentando los precios. En principio eso significaba que ese bien era más deseable y que más recursos sociales tenían que dedicarse a producir ese bien. Muy sucintamente, así es como funciona el mercado. ¿En la práctica qué puede salir mal? Todo, sobre todo si esa sociedad tiene pésima distribución del ingreso; porque, ¿qué significa sociedades con mala distribución de ingreso? Que bienes con alto precio pueden tener muy poco valor social, y ese alto precio no refleja la utilidad social de ese bien, refleja tan sólo la capacidad de compra de ciertos segmentos de la población.

Les pongo otro ejemplo más explícito. Supónganse que uno de ustedes —y aquí en Cuba tenemos muchos— es un experto en arte, aprecia muchísimo el arte, y de repente ve un cuadro maravilloso, ¿verdad? Tal vez ganan ustedes quinientos dólares, y preguntan: “¿Cuánto vale ese cuadro?” “Mil dólares.” Y no lo pueden comprar porque es demasiado para ustedes, a pesar de que lo aprecian so-

bremanera. De repente, tal vez vengo yo, que no sé si el cuadro está al revés o al derecho, pero gano diez mil —por si acaso, no gano diez mil dólares, ni de lejos diez mil dólares—, como me sobra plata, digo: “Sí, déme dos de esos cuadros”, y ni siquiera sé si está al revés o al derecho.

Es decir, ¿qué nos dice la teoría del mercado? Que para ustedes el cuadro no valía tanto y para mí valía los mil dólares y estuve dispuesto a pagar por eso. ¿Qué sucedió en realidad? Que la compra o no compra de ese cuadro tan sólo reflejó nuestra capacidad de compra: para ustedes, con un salario bajo, por más que apreciaban el cuadro, no pudieron hacer el sacrificio de comprarlo; para mí, que ni siquiera entiendo qué decía el cuadro, como mil dólares era nada al lado de los diez mil, incluso estuve dispuesto a comprar dos cuadros similares.

Entonces, en sociedades con mala distribución del ingreso, los precios no reflejan necesariamente la utilidad que dan a los individuos en esas sociedades esos bienes, sino, muy probablemente, tan sólo la capacidad de compra de diferentes estratos sociales. Y por eso se dan las paradojas en la América Latina de que en épocas de crisis, donde normalmente, por diferentes caminos, procesos, problemas estructurales, se concentra aún más el ingreso, la América Latina tiene mecanismos para que la crisis siempre caiga sobre los más pobres. Sobre todo en épocas de crisis, paradójicamente, se desarrolla la economía suntuaria. Si no, vaya a Ecuador. En los ochenta fue una época de permanente crisis, le llamamos la década perdida o la crisis de la deuda, y verán que fue la época en que se desarrollaron toditos los centros comerciales de lujo, con *boutiques* de ropa importada, de marca, etc. ¿Por qué? Precisamente por el problema que les digo, porque la asignación de recursos en una economía de mercado no es para las cosas de mayor valor, es hacia las cosas de ma-



yor precio; y en una sociedad con pésima distribución del ingreso, las cosas de mayor precio no representan el valor social de esas cosas, sino tan sólo la capacidad de compra de los segmentos que acumulan esos ingresos en esas sociedades.

Entonces, el socialismo del siglo XXI tiene que superar esas trampas. De hecho, el mercado –como Cuba lo ha reconocido, como nunca lo negó– en el socialismo es un fenómeno objetivo, económico; pero una cosa es ser sociedades con mercado y otra cosa es ser sociedades de mercado. Nosotros diferenciamos estos dos conceptos: sociedades con mercado significa sociedades que reconocen la existencia del mercado, que reconocen que puede haber bienes y ámbitos donde pueda darse un intercambio libre. ¿A nosotros qué nos interesa el intercambio de corbatas o de Coca-Cola, que eso lo hagan agentes privados, con mínima regulación estatal? Pero donde las sociedades dominan ese mercado, lo regulan, lo controlan, para obtener los objetivos socialmente deseables y donde las sociedades conocen las limitaciones de ese mercado, como, por ejemplo, su prácticamente nula capacidad para asignar recursos que no tienen precios explícitos, como medio ambiente, etc.

Sociedad de mercado, como lo entendemos nosotros, son sociedades, sencillamente, que han sometido vidas, personas y las propias sociedades a esa entelequia llamada mercado. Eso jamás lo vamos a aceptar.

Entonces, el socialismo del siglo XXI trata de superar esas limitaciones del mercado y busca generar valor antes que precio; un poco en teoría marxista –estas son categorías marxistas–, busca generar valores de uso antes que valores de cambio.

Nuestro socialismo, además de lo anterior, es participativo y radicalmente democrático, nace de las luchas y esperanzas populares. Es la consecuencia de la experiencia de los pueblos del mundo en sus diversas maneras de luchar por su liberación nacional y social. Ponemos énfasis especial en la equidad en todas sus formas y dimensiones, referida no sólo a la equidad social, sino también a la equidad intergeneracional, a la equidad de género, a la equidad étnica, a la equidad regional. Si ustedes son indígenas en Ecuador, tienen 90% de probabilidades de ser pobres; si son afroecuatorianos en Ecuador, tienen 95% de probabilidad de ser pobres. Eso demuestra claramente condiciones estructurales de exclusión. Entonces, tenemos que buscar equidad en todas las dimensiones; y lo mismo en cuestiones de género, por la postergación permanente de la mujer en Ecuador y en toda la América Latina.

El socialismo del siglo XXI busca la equidad en todas sus dimensiones, no sólo equidad social, no sólo equidad intergeneracional –no gastarnos los recursos de las próximas generaciones–, sino también equidad regional. En Ecuador y en la América Latina suele haber “polos de

desarrollo”, polos de desarrollo en detrimento de otras regiones; equidad de género, equidad étnica.

Somos, además, como socialistas del siglo XXI, profundamente humanistas.

Rechazamos la violencia: creemos que los únicos proyectiles del siglo XXI deben ser los votos; los únicos ejércitos, los ciudadanos.

Es así como en Ecuador, en poco menos de dos años, llevamos varios procesos electorales, donde el gobierno de la revolución ciudadana, con el apoyo del pueblo ecuatoriano, ha salido victorioso en forma contundente.

Creemos que los cambios se pueden dar en democracia, pero diferentes formas de democracia, no sólo la democracia formal occidental y el modelo de Montesquieu, de tres siglos, que nadie se atreve a desafiarlo, y que en la América Latina más ha servido para inmovilizar a los países y a los gobiernos antes que para propender a un desarrollo equilibrado. Creemos que los cambios se pueden dar en democracia y dentro del marco constitucional. Por eso propusimos al país la reforma constitucional, que ha tomado cuerpo en la nueva Constitución, que está conduciendo a mi país a una gran transformación profunda, rápida y en paz.

Este socialismo representa una nueva noción de desarrollo. ¿Por qué nos llamamos socialistas del siglo XXI? Porque compartimos algunos rasgos característicos del socialismo tradicional, del socialismo científico: supremacía del trabajo humano sobre el capital; necesidad de acción colectiva; énfasis en la justicia en todas sus dimensiones, básicamente en la justicia social. Pero hay diferencias: rechazamos los dogmas, rechazamos los modelos inmutables.

Uno de los graves errores en que cayó el socialismo tradicional –y que no lo comete Cuba, dicho sea de paso– es que jamás disputó la noción de desarrollo con el capitalismo sino que, dada la misma noción de desarrollo –industrialización, consumo masivo, acumulación, materialismo, etc.–, buscaba una vía más rápida, más eficiente y más equitativa para llegar a lo mismo.

Creemos que ese fue un error profundo. Necesitamos una nueva noción de desarrollo más cercana a nuestros principios, a nuestros valores, a las realidades, a la realidad del mundo actual. Si todos los chinos tuvieran el nivel de vida neoyorquino, sencillamente el planeta colapsaría. Es imposible seguir esos patrones de desarrollo, es imposible e indeseable.

Entonces, fue uno de los más graves errores del socialismo tradicional: no disputar una noción de desarrollo con el capitalismo, sino, dada la misma noción de desarrollo, presentar supuestamente una vía más eficiente, más justa, más equitativa para llegar a lo mismo.

El socialismo del siglo XXI presenta una nueva noción de desarrollo, entendida como la consecución del buen

vivir para todas y todos y la expansión de libertades y potencialidades en paz y armonía con la naturaleza, así como la prolongación indefinida de las culturas. Para esto proponemos articular tres tipos de economía –y esto está en nuestra nueva Constitución– para configurar un nuevo sistema económico: la economía popular, la economía privada capitalista y la economía pública. La economía social y solidaria no niega el mercado, pero es la sociedad la que debe regular al mercado. En otras palabras –como ya dijo un autor–, el mercado es un buen siervo, pero es un pésimo amo. Los que tienen que ser los amos son nuestras sociedades.

Proponemos construir una nueva arquitectura financiera que garantice la independencia, la autonomía y la soberanía de todos los países. También planteamos impulsar urgentemente una regulación internacional que refrene la volatilidad del capital financiero, que establezca impuestos y tasas a los movimientos internacionales de capitales. Todos los estudios demuestran que ha sido una de las cosas más nocivas esa volatilidad de capitales: los famosos capitales golondrinas que desuelan pueblos enteros, muchas veces ni siquiera por culpa de esos pueblos. Es decir, si Ecuador tiene una gran política económica, pero Colombia ofrece más ventajas a ese capital especulativo, sale de Ecuador y va a Colombia; pero resulta que Ecuador queda desolada. Eso tenemos que acabarlo, e instaurar medidas efectivas para erradicar los paraísos fiscales.

Si ustedes revisan detenidamente las políticas económicas impuestas –pero también, lamentablemente, en forma frecuente, ansiosamente aceptadas en la América Latina en los últimos años–, algunas veces han sido técnicamente correctas, otras no; algunas veces han sido oportunas, convenientes para el desarrollo del país, otras veces no. Pero la característica invariable, la característica común, es que siempre ha estado en función del capital financiero, en general del gran capital internacional, pero particularmente del capital financiero especulativo nacional. Esto tiene que cambiar, les insisto.

En estos menos de dos años que llevamos de gobierno hemos aprendido mucho, y hay cosas realmente asombrosas. Ustedes, si son deudores a nivel internacional como países, para renegociar sus deudas tienen que acudir al Fondo Monetario Internacional, representante de los acreedores; es decir, no existe un tribunal independiente de deuda a nivel internacional.

Si Cuba quiere protestar por la prisión de cinco cubanos en forma inhumana, inmoral e injusta en Florida, Estados Unidos, no tiene a quién acudir. Pero el capital, si es el que quiere quejarse de que un país lo trató mal, pese a que se actuó en función de las leyes del país, tiene muchísimos tribunales e instancias donde acudir, por ejemplo, el CIADI, en el Banco Mundial.¹

Sepan ustedes que el CIADI no sólo tiene la capacidad de juzgar si una inversión extranjera, por ejemplo, en Ecuador, fue tratada legal o ilegalmente, sino que dado que fue tratada legalmente, puede juzgar si la ley del país es demasiado drástica y si la pena es correspondiente al castigo. Entonces, si ellos consideran que una inversión extranjera rompió deliberadamente la ley ecuatoriana, que Ecuador sancionó esa empresa, pero que de acuerdo a su criterio la ley ecuatoriana es demasiado drástica, nos puede obligar a devolver ese dinero, a compensar a la supuestamente perjudicada inversión extranjera. Pero no existen instancias análogas, por ejemplo, para reclamar si nosotros consideramos que una pena de muerte en los Estados Unidos es un castigo exagerado; o, en el caso muy concreto de los cinco patriotas cubanos encarcelados injustamente en Florida, Estados Unidos, reclamar que esa sanción es injusta, que es una barbaridad, que es un atentado a los derechos humanos.

Es decir, todo está en función del capital, y ese es el gran desafío, ese es el gran desafío de los socialistas: poner las cosas en su correcto orden, en su correcta prioridad: el trabajo humano, los derechos humanos antes que los supuestos derechos del capital.

Les decía que planteamos urgentemente regulaciones internacionales para frenar los abusos, la volatilidad del capital financiero. Esa es la razón por la cual conformamos una comisión para la auditoría integral del crédito público, cuya conclusión fundamental tiene una claridad meridiana. Entre 1976 y el 2006, el proceso de endeudamiento del Ecuador benefició al sector financiero y a empresas transnacionales, como siempre, y afectó visiblemente los intereses de la nación.

Los condicionamientos impuestos y los pagos erogados limitaron derechos fundamentales de personas y pueblos, profundizando la pobreza, aumentando la migración y deteriorando las condiciones ambientales.

Ecuador empezó la crisis de la deuda en la década del ochenta con cerca de cuatro mil millones de dólares en deudas externas privadas, comerciales más que privadas, con bancos comerciales, porque también había deuda pública ahí. Esto es paradójico, porque al iniciar la década del setenta teníamos tan solo doscientos millones de deuda externa comercial, y ustedes saben que en los años setenta Ecuador se transformó, porque descubrimos petróleo y empezamos la extracción y explotación petroleras, el llamado *boom* petrolero. El país creció una tasa cercana al 8% anual, lo que crece China; crecimos diez, doce años a esa tasa. Se duplicó en pocos años el Producto Interno Bruto; pero pese a ello, salimos con una deuda externa veinte veces más grande que la inicial. ¿Cómo se explica esto? La irresponsabilidad, la corrupción, la indolencia, en las cuales los principales culpables somos los ecuatorianos; pero también hubo cómplices y encubrido-

res, y esos cómplices y encubridores no han sufrido las consecuencias de su irresponsabilidad, como a nivel de país los irresponsables que nos llevaron a ese endeudamiento tampoco sufrieron las consecuencias, sino las grandes masas del pueblo ecuatoriano con todos los procesos de ajuste, etc.

¿Qué fue lo que pasó? En 1974 hubo el primer choque petrolero, la OPEP se puso de acuerdo para subir los precios; en 1976 nuevamente subieron los precios. Eso generó gran acumulación de dólares en los países productores de petróleo del Golfo Pérsico y no sabían dónde colocar ese dinero, no estaban preparadas sus economías para tal avalancha de recursos financieros. Entonces, ¿qué hicieron? Los colocaron en bancos internacionales, los famosos petrodólares. Pero el negocio de la banca internacional no es captar dólares, es captar dólares y colocarlos, y pronto se saturaron los mercados del Primer Mundo. Antes de 1976 ni siquiera sabían que existía la América Latina o querían no saber que existía la América Latina; antes de 1976 estos banqueros internacionales no venían a la región ni de turistas. Pero a partir de 1976 se empieza a observar en los bancos centrales, ministerios de finanzas, etc. de la América Latina, largas colas de banqueros con los correspondientes maletines de Kohinoor, porque se dieron créditos para cualquier cosa: para gastos corrientes, para armamentos, etc; y dicho sea de paso, la mayoría de los países latinoamericanos vivía en dictaduras militares.

Es así como se forja el problema de la deuda externa moderna. Por eso les digo: los principales culpables somos los países latinoamericanos, que no reaccionamos a tiempo, nos dejamos someter por las elites de siempre; pero aquí también hubo cómplices encubridores que no han pagado su parte de la responsabilidad.

No estamos hablando de una percepción..., y quiero decirles otra cosa: Ecuador empezó el año 1980 con cuatro mil millones de deuda. Hemos pagado más de siete mil doscientos millones y en los actuales momentos tenemos prácticamente la misma cantidad en deuda externa. Algo anda mal, ¿verdad? Son cosas horribles las que han ocurrido.

Por ejemplo, que el ministro de finanzas, que supuestamente negociaba en nombre del Ecuador, era parte del bufete de abogados que representaba a los acreedores del país, porque en esto ha habido mucha traición a nivel interno. Por ejemplo, cláusulas tan vergonzosas como que Ecuador renunciaba unilateralmente a cualquier reclamo, así haya pagos en exceso, así haya cláusulas ilegales, así se anule el contrato, etc., renunciábamos a cualquier reclamación posterior. Ese es uno de los principales problemas que tenemos para denunciar la ilegalidad de la deuda a nivel internacional. Estas son cosas realmente escandalosas, que demuestran el grado de postración, de co-

rupción, el grado de entreguismo al que llegaron –no los pueblos latinoamericanos, no los países latinoamericanos– las elites latinoamericanas que siempre, lamentablemente, han prevalecido en la región.

No estamos hablando de una percepción de ilegitimidad, discutible desde la llamada ideología del mercado de los acreedores. Nos encontramos frente a graves presunciones de ilegalidad y, en consecuencia, de ilegitimidad de la deuda. Cosas claramente ilegales.

Buscamos no sólo sancionar a los culpables, sino también no pagar la deuda ilegítima, la deuda corrupta, la deuda ilegal. Su peso debe ser trasladado por partes iguales a los responsables de adquirirla con malas artes, con chantaje, con traición.

Hay cosas tan escandalosas en Ecuador que en épocas de la dictadura había un ministro de finanzas de la dictadura que impulsaba al país al endeudamiento agresivo, porque decía que era buen negocio endeudarse, y nos endeudamos con tasas flotantes. Vino Reagan, por problemas inflacionarios en los Estados Unidos subió la tasa de interés, y a nosotros nos subió del 4% ó 5% a más del 20%, lo cual significó centenas de millones de dólares anuales más en servicio de la deuda. Entonces pulverizó a nuestras economías. Pues ese joven ministro de finanzas de la dictadura, el ministro del endeudamiento agresivo, es hoy uno de los principales dirigentes de la Asociación de Bancos Privados del Ecuador y es uno de los pagadores agresivos ahora, porque sólo hay pagar, pagar sin reclamar nada. Entonces, así mutan ciertas personas en el país, personas que siempre han estado cerca del poder, o al menos de los antiguos poderes.

Su peso debe ser trasladado –como les decía– por partes iguales a los responsables de adquirirla con malas artes, con chantaje, con traición. Y cada cual tiene que asumir su responsabilidad y pagar con sus bienes lo que corresponda. Los prestamistas no son menos culpables, los que indujeron compulsivamente, los que amarraron, coimaron, y presionaron a como diera lugar para colocar sus empréstitos y hacerse de jugosas comisiones.

Hemos solicitado el respaldo de los países miembros de la Alternativa Bolivariana para los pueblos de Nuestra América, ALBA, en el marco de la Tercera Cumbre Extraordinaria en Caracas, en esta batalla que ha decidido dar Ecuador y ojalá que la den todos los países de la América Latina y, por qué no, todos los países del Tercer Mundo, en función de nuestros países, de no pagar la deuda externa para no tener que sacrificar vidas ni personas.

En este sentido, la Conferencia Internacional sobre Financiamiento al Desarrollo, realizada hace poco en Doha, ha dado un primer paso para la reforma del sistema financiero mundial, al acordar que estos cambios deben considerarse a naciones ricas y pobres, del Norte y del Sur, de forma inclusiva y democrática. Pero todavía son tibios

pasos, tibias iniciativas, tenemos que ir a cuestiones radicales: un tribunal independiente para deuda. Ustedes, cualquier país desarrollado, si son empresarios o personas naturales y tienen dificultad para pagar una deuda, van donde un tercero imparcial o un juez y dicen: “No puedo pagar”, y el juez, acogiéndose a la ley de bancarrota, determina cuánto, cómo, dónde deben pagar. Aquí no, aquí ustedes van al representante, a los acreedores.

El criterio de sustentabilidad de la deuda de estas burocracias internacionales es cuánto puede pagar un país sin comprometer los flujos futuros financieros para seguir pagando. Un nuevo criterio de sustentabilidad de la deuda debe ser cuánto puede pagar un país sin, por lo menos, poner en peligro los objetivos del milenio. Entonces hay muchísimas cosas que todavía se tienen que hacer a nivel de institucionalidad internacional para el tratamiento de la deuda externa.

Dada la voracidad sin límites del capital financiero, nos urge coordinar acciones para evitar que el derecho a alimentos sanos sea limitado por financistas, para quienes da lo mismo especular con petróleo, vivienda o trigo. Nunca más la política social será la ambulancia que recoja los muertos que deja la política económica, que deja el tan cacareado mercado. No hay buena política económica sin buena política social; y muchas veces la mejor política económica es una gran política social.

Creemos firmemente que esta es la oportunidad para construir algo nuevo, diferente y mejor, algo mucho mejor, a la altura de lo que merecemos los seres humanos, sin importar el lugar del planeta en donde nos haya tocado vivir.

En el caso latinoamericano, esto será posible mediante un Banco de Desarrollo Regional que se capitalizaría con aportes de los diferentes países, independiente del sistema financiero actual. También, como parte de esa nueva estructura regional que hace mucho tiempo viene proponiendo Ecuador, tendríamos un fondo de reserva regional, donde pondríamos las reservas de la América Latina.

El caso de la América Latina es realmente absurdo, diríamos irracional. La América Latina tiene centenas de miles de millones de dólares invertidos en forma de reservas en el Primer Mundo. Los países pobres estamos financiando al Primer Mundo.

El principal mecanismo para esto son los tan mentados bancos centrales autónomos, otra de las tantas trampas del neoliberalismo para que, independientemente de quién llegue al poder, continúen las mismas políticas, las mismas estructuras. Bancos centrales autónomos, es decir, ellos son arcángeles impolutos más allá del bien y del mal, esa burocracia de los bancos centrales que no tiene que tener ningún control democrático, ningún control de poder político, ¿qué sentido tiene eso? ¡Ah!, es que la política monetaria es técnica. Entonces no la hagan llamar po-

lítica, política significa decisiones, opciones. Pero además de eso, la política fiscal también es técnica. Hagamos autónomos entonces a los ministerios de finanzas. O sea, esa postura no resiste el menor análisis.

Esa fue una de las tantas trampas de la más cruda época neoliberal, a mediados de los noventa, cuando el Banco Mundial vino a hacer seminarios a lo largo y ancho de la América Latina para convertir a la gran mayoría de los bancos centrales de América Latina, que antes eran dependientes del ejecutivo, como debe ser —el que coordina la política económica, monetaria, fiscal, comercial, etc.—, hacerlos autónomos de sus gobiernos, de sus países, pero totalmente dependientes de estas burocracias internacionales.

Los ejemplos son dramáticos. Cuando llegamos al gobierno, yo como ministro de economía, en el 2005, no me acuerdo por qué motivo, traté de alquilar una oficina en el edificio del Banco Central del Ecuador y me quisieron cobrar arriendo. Cuando llegamos al poder nos encontramos con que las oficinas del Fondo Monetario, todo un piso, estaban en el Banco Central del Ecuador y ni siquiera pagaban arriendo en verdad. O sea, ellos son tan espirituales, tan impolutos, luchando por el bienestar de nuestro pueblo, que ni siquiera se cobraban arriendo entre ellos, entre burocracias nacionales y burocracias internacionales. Por supuesto, todo eso ya está corregido, e incluso la nueva Constitución de la República corta esa autonomía nefasta del Banco Central del Ecuador.

Entonces, ¿qué sentido tiene enviar centenas de miles de millones de dólares al Primer Mundo a través de estos bancos centrales autónomos en forma de reserva monetaria? Es mejor ponerla en la región. Y no sólo eso: juntando reservas, en vez de que cada país tenga independientemente su reserva, tendremos mucha más seguridad para todos los países. Por eso es por lo que estamos luchando también a nivel regional. Y esto se puede hacer mañana: es sólo cuestión de voluntad, decisión política, coordinación, articulación; pero, lamentablemente, todavía en la América Latina hay países que lo que buscan es boicotear esa integración y hacer mérito frente a los imperios.

Son tres pilares los de la nueva arquitectura financiera regional que estamos proponiendo: Banco de Desarrollo Regional, capitalizado por recursos de cada país, poniendo juntos nuestros recursos que financien sobre todo la infraestructura regional; el fondo de reserva regional, esas reservas de liquidez para crisis de balanza de pagos, crisis fiscales, que hubieran sido tan necesarias esas reservas en común para enfrentar adecuadamente la crisis actual; y también una coordinación monetaria que incluya mecanismos de compensación y una moneda virtual. El ALBA ya empezó con esta iniciativa, estamos estudiando la posibilidad de crear el SUCRE, Sistema Unitario de Compensación Regional. Y este debería ser el primer paso trascendental, para luego ir a un Banco Central Regional y a

una moneda común regional. Yo creo que ese es nuestro destino ineludible. La América Latina tiene un pasado común, es hora ya de buscar nuestro destino común.

Queridas compañeras, queridos compañeros:

Decía Bolívar en 1829, en carta enviada desde Guayaquil a todos los jefes políticos y militares de las repúblicas latinoamericanas, que “Si no nos llamamos a un orden nuevo, lo que vendrá sobre nosotros, lo que legaremos a la posteridad, será un nuevo coloniaje.” Las palabras visionarias del Libertador serían, una vez más, dolorosamente proféticas, si no estuviésemos en mitad de la batalla por nuestra segunda y definitiva independencia. Esta es una batalla que ganaremos, que debemos ganar por la fuerza de nuestro certero empeño, con el apoyo democrático de nuestros pueblos, con el torrente moral de nuestra historia, con la fuerza del pensamiento y con el brillante ejemplo de nuestros próceres y, por qué no decirlo, de los líderes de la Revolución cubana.

Así como los grilletes de San Lázaro no pudieron encadenar el espíritu de José Martí, la hoguera bárbara tampoco pudo consumir los sueños de libertad y de igualdad de Eloy Alfaro. Con esta herencia nos sobra y nos basta para proseguir en la lucha por nuestros pueblos.

Caminamos por el mismo sendero de dignidad que nos fue marcado por Rumiñawi –cuya estatua está a pocos metros de aquí, en La Habana Vieja–, el primer héroe nacional indígena, que combatió la invasión española. Caminamos por el mismo sendero de dignidad que nos fue marcado por Eugenio Espejo, Simón Bolívar, Manuelita Sáenz, Eloy Alfaro, José Martí, Fernando Daquilema, el Comandante Fidel Castro, el Che Guevara, Benjamín Carrión, Nela Martínez, Oswaldo Guayasamín; en fin, por todas las mujeres y los hombres libres y libertarios de nuestros pueblos.

Ese sendero es, al mismo tiempo, el sendero de la solidaridad y el compromiso compartido. Es por eso que, pragmáticos, nuestra visita también ha servido para profundizar nuestras relaciones con el hermano pueblo cubano.

Tenemos acuerdos, convenios bilaterales y compromisos pendientes que urge poner en acción, como la producción de medicamentos genéricos y productos fármaco-agropecuarios, el desarrollo de la biotecnología y la aplicación médico-agropecuaria, el protocolo de ejecución para la atención de pacientes ecuatorianos en Cuba, entre otros. Y bueno, yo creo que la Revolución ha cambiado muchas cosas y yo no soy nadie para decirles qué más hay que cambiar, ¿no?, pero probablemente nos faltó vencer cierto protocolo.

Ojalá que en el futuro, más que tomarnos la foto cuando se firmen los acuerdos, nos tomemos la foto cuando se hayan cumplido esos acuerdos en función de nuestros pueblos.

Compañeras y compañeros;

Queridas hermanas y hermanos cubanos, ecuatorianos y de toda la América Latina:

Saludamos la presencia de Cuba en la historia de la humanidad. Saludamos su ejemplo, su soberana firmeza, su incontestable fuerza moral, que está llamada a aunar y afirmar el camino de la unidad de nuestras naciones.

¡Hasta la victoria siempre, compañeros!



Notas:

1 Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (N. de los E.).

La ruptura del amor eficaz

Camilo Torres, el movimiento estudiantil y la Teología de la liberación

*¡Que vivan los estudiantes,
jardín de las alegrías!
Son aves que no se asustan
de animal ni policía,
y no le asustan las balas
ni el ladrar de la jauría.
Caramba y zamba la cosa,
¡que viva la astronomía!*

Violeta Parra
“Me gustan los estudiantes”

¿Qué experiencia vivió Violeta Parra para cantar de esta manera al estudiantado de su país a comienzos de la década de los sesenta? ¿Qué estaba pasando en los estudiantes de su tiempo para llegar a merecer tales elogios de quien fuera creadora de la Nueva Canción Latinoamericana? ¿Por qué esta canción logró aglutinar el sentimiento de toda una generación estudiantil en su momento? ¿Qué estaba sucediendo en el continente para que una generación de inconformismo juvenil “sintonizara” de tal manera? ¿Qué novedad irrumpía en aquellas “expresiones de fe” que constituían y animaban los movimientos estudiantiles de impugnación y protesta? No cabe duda: un fenómeno de cambio social y cultural estaba emergiendo por todas partes, y en él, el estudiantado urbano de clase media ocupaba un lugar protagónico. Es ahí, en el interior de esta ebullición estudiantil donde aparece esa figura emblemática, ya mítica, del cristianismo revolucionario en la América Latina: Camilo Torres.

Me propongo ahondar en las circunstancias que produjeron el horizonte teológico-político del “amor eficaz”, específicamente en el encuentro dialógico de Camilo Torres con el estudiantado de la Universidad Nacional de Colombia entre 1959 y 1965, y cómo esa perspectiva se constituyó en ruptura paradigmática tanto para la reflexión teológica como para la acción política. Quedaría pendiente, a partir del desarrollo y la discusión de esta hipótesis, fundamentar el cuestionamiento del posterior desarrollo de la teología de la liberación en la América Latina, en la medida que este muy poco o nada tuvo que ver con lo

que fue uno de los principales “úteros” de la conversión del cristianismo latinoamericano: la perspectiva camilista del “amor eficaz”.

Coincidir epocalmente

Llama la atención la cantidad y la diversidad de experiencias juveniles y estudiantiles que coincidieron epocalmente y que expresaban un similar talante emancipador. Veamos brevemente los casos de Brasil y Chile.

Brasil

En Brasil, como reacción a la educación elitista y conservadora que se brindaba en las instituciones, surgieron acciones de grupos, a fines de la década de los cincuenta, en contra de esta política que funcionaba desde el Estado. Emergieron iniciativas para la alfabetización y la educación básica a través de las escuelas radiofónicas, del Movimiento de Educación de Base (MEB), de los Centros Populares de Cultura (CPC), de los Movimientos de Cultura Popular (MCP), etc. En ellas confluían el movimiento estudiantil, la universidad, el Estado, la Iglesia, desarrollando programas semejantes mediante prácticas pedagógicas que buscaban afirmar la identidad y la ciudadanía del pueblo.

Carlos Rodrigues Brandão llama la atención sobre la presencia protagónica, en el escenario de transformación del país,

...del movimiento estudiantil, que prestó relevantes servicios en el campo de la educación y en los mo-

vimientos sociales y políticos, transgrediendo los muros de la universidad con canales propios de acción. A través de los Centros Populares de Cultura, de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y de la Unión Estadual de Estudiantes (UEE), fue posible engrosar las filas de los que luchaban por cambios en la década del sesenta. Las diversas expresiones de compromiso universitario, aliado a las tentativas de teatro y música popular, dieron fe de la vitalidad política del mundo estudiantil, y aunque la respuesta obtenida en cuanto a la comunicación con las masas haya sido muy limitada, fue de fundamental importancia en la resistencia al régimen militar.¹

Para la historiadora Ana María Bidegain, el MEB “fue sustentado especialmente por los jóvenes formados en la Acción Católica que se dispusieron a participar como monitores de un proceso que consideraban encaminado a liberar a las clases populares”.²

Desde la Extensión Cultural de la Universidad de Pernambuco, y específicamente en los Movimientos de Cultura Popular de Recife, el profesor Paulo Freire participaba activamente en este giro político-cultural que estaba viviendo Brasil. Es ahí donde crearía su método de alfabetización de adultos y sentaría las bases para una pedagogía crítica latinoamericana, lo que se expresaba ya en sus primeros libros *La educación como práctica de la libertad* y *Pedagogía del oprimido*.

La movilización cultural entre 1960 y 1964 fue muy intensa:

...la creación de los Centros Populares de Cultura (CPC), ligados a la UNE y a los gremios locales; se desarrolla el teatro universitario; es el punto de partida, apoyado por la entidad, de lo que será luego el “cine nuevo”; hay una participación masiva de los estudiantes, entre 1963 y comienzos de 1964, en las campañas nacionales de alfabetización... y en el primer congreso nacional de alfabetización y cultura popular ya a inicios de 1964 en la Universidad Rural.³

Tanto el MEB como la UNE le dieron un nuevo rostro al catolicismo en Brasil. El primero pertenecía a la Conferencia Episcopal y el segundo era liderado mayoritariamente por estudiantes de la Juventud Universitaria Católica (JUC). La JUC no sólo fue el primer movimiento estudiantil en propugnar abiertamente una revolución brasileña, sino que además alcanzó a ser la fuerza más importante dentro del movimiento estudiantil del país. Dinámica e innovadora, produjo un impacto no sólo en la estructura eclesial católica, sino también en la esfera cultural y política del país. Puso en la discusión nacional temas como la refor-

ma universitaria, la responsabilidad social y política del cristianismo y la transformación de las estructuras de la sociedad. Además, como en ningún otro caso en el continente, dio origen al partido Acción Popular que luego se fusionaría con el Partido Comunista del Brasil (PCdoB):

El sentimiento de la necesidad de una acción específicamente política, prioritaria y disciplinada junto con la cada vez mayor contradicción con la jerarquía católica, llevó a la JUC a pensar en la creación de una organización propia: la Acción Popular (AP), que poco a poco dejó de ser un partido estudiantil para convertirse en un partido de obreros y campesinos, sobre todo con el campesinado, con quien entró en contacto a través del Movimiento de Educación de Base.⁴

En el Seminario Presbiteriano del Sur (Campinas-Sao Paulo) trabajaba como profesor el misionero norteamericano y recién doctorado en Teología, Richard Shaull. Durante la década de los cincuenta, Shaull, desde el Seminario y la Unión Cristiana de Estudiantes de Brasil (UCEB), había desafiado a los estudiantes a llevar a la práctica lo que se estudiaba en clase. Esto significó una inserción del estudiantado en las fábricas y en los barrios pobres, y desde ahí, Shaull los interpeló a asumir la acción política a fin de influir en la revolución social epocal. Al ser expulsado del Seminario por las autoridades de la Iglesia Presbiteriana, Shaull cofundó el movimiento ecuménico Iglesias y Sociedad en América Latina (ISAL) en 1961, colectivo pionero de la teología de la liberación entre estudiantes y seminaristas protestantes del Río de La Plata. En su libro *Christianity and Social Revolution* (1960), Shaull convocaba a los estudiantes a comprometerse en la lucha por una sociedad más justa e igualitaria “alternativa tanto al capitalismo como al comunismo”.

Chile

Juan Armando Epple, en su memoria poético-musical de Violeta Parra, nos plantea que el movimiento urbano de las “peñas” de mediados de los sesenta tuvo sus raíces en el reencuentro con la tradición folklórica nacional campesina que Violeta Parra viviera intensamente durante los cincuenta. Animada por su hermano, el poeta Nicanor Parra, fue al campo a investigar mediante la metodología de la inserción en las fuentes culturales, lo que le permitió formarse profesionalmente como investigadora e intérprete del folklor y alcanzar un pronto reconocimiento nacional. Además, le permitió encontrar la base expresiva (melódica y poética) de sus creaciones personales.

Con el triunfo de la Revolución cubana, la expresividad artística comenzó a rearticular sus parámetros desde una nueva perspectiva latinoamericanista. Es lo que vemos en

el fenómeno del *boom* de la novela latinoamericana. Los jóvenes que constituirían el movimiento de la nueva canción latinoamericana asumieron esa perspectiva explorando las opciones integradoras de una tradición folklórica antes marginada y segmentada en acervos “nacionales” y “regionales”. La creación en Chile de La Peña de los Parra, en 1964, a cargo de dos de los hijos de Violeta Parra, tuvo una incidencia fundamental en la consolidación de ese proceso. Allí actuaron no sólo quienes se convertirían en las figuras protagónicas de la nueva canción chilena (Patricio Manns, Rolando Alarcón, Víctor Jara, Inti-Illimani, Quilapayún, etc.), sino también grupos y cantantes jóvenes de países donde se articulaban movimientos similares, como la Nueva Trova Cubana.

Cuando Violeta Parra, después de vivir un tiempo en Francia, regresó a Chile en 1963, encontró un clima cultural mucho más receptivo a las expresividades de la tradición folklórica, pero filtrada ahora por la sensibilidad urbana. Fue un tránsito iniciado primero como movimiento de recuperación nostálgica y falsamente modernizadora, con el llamado neofolklor, y luego con la reactualización crítica de los jóvenes que cantaban en las peñas.

Para Angel Parra, su hijo, “lo que ella hizo fue tomar la guitarra y empezar a cantar sin preocuparse de los atuendos, sin maquillarse y sin adoptar una pose exterior de figura ‘folklórica’ al uso oficial. Y dándole una presencia protagónica en el canto a la mujer, porque hasta ese momento los conjuntos eran predominantemente masculinos”. La sociedad tradicional y su expresividad folklórica estaban en franco proceso de desarticulación. A partir de los cuarenta ya se percibía el paulatino desarrollo hegemónico de la cultura urbana. En esta transición, y fungiendo como madre genésica que interpela y resguarda, Violeta Parra partió de concepciones tópicas de la realidad (religiosas, patrióticas, costumbristas, etc.) y las confrontó con una percepción experiencial del mundo, para convertir esos tópicos en una visión desacralizadora, potencialmente subversiva de lo estatuido. Es aquí donde surge el punto de encuentro entre Violeta y los estudiantes. Las peñas serían el medio para construir y alentar metáforas del mundo nuevo que nacía del antiguo.

Los dos casos brevemente reseñados, Brasil y Chile, son expresiones de una realidad mayor, que junto con el caso colombiano, en el que nos detendremos más adelante, expresaban el inicio de un cambio de época, en el que el estudiantado universitario desempeñó un papel protagónico. Lo interesante de esta situación es percibir cómo en los primordios de la Teología de la liberación, entre 1959 (triumfo de la Revolución cubana) y 1966 (muerte de Camilo Torres), esta se hallaba profundamente involucrada con la protesta juvenil universitaria, quizá como su nicho natural de germinación. Para confirmar lo anterior, no podemos olvidar que, durante este mismo período,

Gustavo Gutiérrez enseñaba en la Universidad Católica de Lima y asesoraba a organizaciones estudiantiles universitarias a nivel nacional en Perú, y que mucho antes de publicar su *Teología de la liberación. Perspectivas*, el Secretariado Internacional del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC-JECI) en Montevideo, difundía ampliamente la reflexión teológica producida desde los movimientos estudiantiles en el continente.

A manera de síntesis sobre la novedad que irrumpió con el estudiantado universitario latinoamericano, vale decir que:

- La protesta estudiantil en América Latina se manifestó como un fenómeno general, en proceso de expansión, pero, al mismo tiempo, como un fenómeno de minorías.
- Esta protesta fue, ante todo, una protesta social que se tradujo en un proyecto revolucionario en el cual pocos elementos aparecían explícitos.
- En este contexto se comprende mejor lo que se ha dado en llamar la politización de la universidad latinoamericana. No se la debe interpretar como un fenómeno de subversión promovido por agitadores marxistas, sino como el resultado, por una parte, de una dramática percepción de los condicionamientos estructurales de la injusticia social y de la dominación neocolonialista del continente; y, por otra, como una nueva concepción de la misión de la universidad como dinamizadora del proceso de cambio social.
- Como era previsible, el movimiento estudiantil en la América Latina experimentó una importancia política creciente, junto con una radicalización progresiva, paralelamente a una acentuación también progresiva de contramedidas de represión.
- Se produjo una acentuación creciente de la influencia marxista-leninista en los medios estudiantiles universitarios junto con una aproximación práctico-dialógica entre cristianos y comunistas.
- Lo que estaba sucediendo con la protesta juvenil era la “ruptura de un sistema”: factores sociales enteramente nuevos fueron introducidos en el que hasta entonces fuera un sistema social relativamente estable. Como resultado, el viejo sistema social comenzó a disolverse y uno nuevo a tomar su lugar.⁵
- La impugnación radical del sistema sociorreligioso por parte de los estudiantes tendió a extenderse a la iglesia, acusada de justificar y de asegurar la permanencia del sistema. En vez de ser un factor de renovación y de cambio social, sería un agente de conservación; una vez que la estructura social se juzgó opresiva, la convivencia de la iglesia con él apareció como una grave contradicción con lo esencial del mensaje liberador del evangelio.
- Más allá de la pastoral universitaria: “es toda la iglesia la que debe estar interesada en ponerse ella misma en

cuestión... sólo queda el ejemplo de un contratestimonio que debe ser dado por los cristianos militantes comprometidos seriamente con la realidad, abiertos al diálogo y plenamente comprometidos en la tarea común de transformación del mundo”.⁶

Camilo Torres y el caso colombiano

Casi toda la vida de Camilo Torres estuvo unida al mundo universitario. Antes de ingresar a la carrera de Derecho en la Universidad Nacional en 1947, ya su padre, el médico Calixto Torres Umaña, había sido profesor de Pediatría en la Facultad de Medicina, decano y rector encargado –durante un breve tiempo en 1946– de la Universidad Nacional. Se podrá decir de Camilo que el último año de su vida lo dedicó exclusivamente a la agitación política, pero buena parte de esa actividad la realizó en ambientes universitarios, y fueron los estudiantes quienes mayoritariamente asumieron y animaron su propuesta política del Frente Unido en 1965. Se podrá decir que los últimos tres meses estuvo vinculado a un movimiento guerrillero, pero no hay que olvidar que el Ejército de Liberación Nacional era una incipiente guerrilla estudiantil organizada por lí-

deres de la Universidad Industrial de Santander (UIS) de Bucaramanga y de la Universidad Nacional de Bogotá.

Al dejar los estudios de Derecho en la UN ingresó al Seminario Conciliar de Bogotá donde estudió tres años de Filosofía y cuatro de Teología. Una vez ordenado sacerdote, se matriculó en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), donde estudió Sociología entre 1954 y 1958. Al finalizar 1954, fruto de la convivencia universitaria, surgió la iniciativa de organizar a los estudiantes colombianos en el exterior. Así lo testimonia su compañero de estudio, Gustavo Pérez:

De estos encuentros fueron saliendo muchas ideas, como la de vincularnos con los estudiantes colombianos, primero en Bélgica, y después en otras universidades de Europa, para formar un movimiento de toma de conciencia sobre la responsabilidad de prepararse bien para regresar a servirle al país, asociados interdisciplinariamente.⁷

Ese fue el nacimiento del Equipo Colombiano de Investigación Socioeconómica (ECISE), que lanzó una invitación a la unión de todos los colombianos deseosos de poner al servicio del país su preparación intelectual. Pérez afirma que

...en todos los viajes por Europa estuvimos tratando de entrar en contacto con estudiantes colombianos, prescindiendo de distingos políticos, para invitarlos a participar en el ECISE... Con el tiempo comenzamos a invitar también a los jóvenes profesionales extranjeros a sumarse para trabajar en Colombia con el espíritu que animaba al Equipo.

En 1956 se constituyeron secciones del ECISE en Lovaina, París, Bogotá, Londres y Alemania. En 1958 Camilo Torres fue secretario del primer congreso de estudiantes colombianos en Europa, realizado en Lovaina. Después de hacer su especialización en Sociología urbana en Minnesota, fundó el secretariado del ECISE para los Estados Unidos. Con este bagaje académico, con esta estructura organizativa estudiantil y con un horizonte abierto al diálogo y al pluralismo, Camilo Torres regresó a Colombia en 1959 y se integró a la Universidad Nacional como capellán y docente.

El contexto excluyente del Frente Nacional

El plebiscito del 1.º de diciembre de 1957 selló el pacto entre los jefes liberales y conservadores por el que se puso fin a la confrontación violenta entre estos dos partidos tradicionales y se instituyó la distribución paritaria del poder entre ellos por dieciseis años, suprimiendo los



derechos políticos de las minorías no conservadoras ni liberales, al excluirlas del reparto. A todas luces, se creó una fórmula antidemocrática para restablecer la democracia en Colombia. Pronto la fórmula pactada del “entendimiento y la concordia entre los colombianos” dejó ver el carácter oligárquico-burgués del nuevo orden junto con la incontenible voracidad de la corrupción bipartidista. Para Francisco Leal,

...el Frente Nacional había generado una tendencia hacia la desaparición ideológica de las diferencias entre los partidos tradicionales; las posibilidades institucionales de participación política sufrían un proceso de cerramiento progresivo; la sociedad experimentaba la emergencia de nuevos y numerosos grupos sociales surgidos en el contexto del desarrollo histórico capitalista, y, particularmente, la universidad trataba desordenadamente de facilitar la integración de muchos de estos grupos en su seno.⁸

Quienes expresaban su disidencia respecto al nuevo orden ofrecieron resistencia, crítica y confrontación, a la vez que aglutinaron el descontento y nuclearon la protesta social. Una primera voz surgió en 1959 del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), que simpatizaba con las tesis de la incipiente Revolución cubana. El líder estudiantil Antonio Larrota fundó en 1959 el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), una organización revolucionaria armada. Sectores estudiantiles, junto con la brigada José Antonio Galán, entrenada en Cuba, constituyeron en 1963 el Ejército de Liberación Nacional (ELN). El Partido Comunista estaba escindido entre la línea prosoviética y la línea prochina, y esta última, siguiendo la consigna de “guerra popular prolongada”, dio vida a la guerrilla del Ejército Popular de Liberación (EPL) en 1967. La resistencia campesina en el sur del país en las denominadas Repúblicas independientes dio nacimiento a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1964. En las elecciones presidenciales de 1962 participó por primera vez la Alianza Nacional Popular (ANAPO), fuerza política del derrotado dictador Gustavo Rojas Pinilla.

La Universidad Nacional de Colombia

Antes de 1950, la universidad colombiana expedía títulos a la élite dominante para legitimar su derecho a la dirección social y política y al usufructo de las riquezas del país. Después de 1950, las exigencias de una nueva sociedad capitalista comenzaron a operar con el fin de ampliar el acceso a la universidad de los nuevos grupos que se iban desarrollando y que presionaban por transformaciones de la antigua sociedad.

Según Ruiz Montealegre, el decreto legislativo 136 de 1958, expedido por el gobierno provisional de la Junta

Militar, que estableció una nueva composición orgánica de la UN, así como la procedencia social de los estudiantes y la influencia de las nuevas condiciones sociopolíticas fueron factores determinantes para introducir nuevas dinámicas en la UN. Tamaña apertura consiguió la expresión pública de los nuevos sectores sociales que a nivel político excluía el pacto de élites del Frente Nacional. El debate político y académico contestatario rompió las coyundas que el Frente Nacional había creado a fin de impedir el desbordamiento del cauce bipartidista. La juventud universitaria, expresión del ascenso de la nueva clase media urbana, impactada por el triunfo de la Revolución cubana, creó un nuevo ambiente de discusión y argumentación del discurso político y del análisis de la realidad nacional.

La UN empezó a convertirse en el centro sobre el cual giraría el debate político universitario antiélite. A partir de 1958 se constituyó en el eje del movimiento estudiantil, comenzó a consolidarse como el principal foco animador de los conflictos universitarios y se convirtió en el escenario desde el cual se desarrollaron las más significativas luchas estudiantiles.

La nueva reglamentación estableció un organismo de representación estudiantil mediante el cual los alumnos de las distintas sedes del claustro podían expresar sus demandas. El significado del Consejo Superior Estudiantil radica en la legitimidad que tuvo entre el estudiantado, pues el sistema de selección de los representantes era transparente y democrático, lo que le daba legitimidad y representatividad, y lo convertía en el más importante órgano de representación estudiantil. La manera como se constituyó contribuyó enormemente a la formación de una organización estudiantil de masas en la UN. Este esquema institucional permitió la estructura orgánica sobre la que se cimentó la organización estudiantil. Quizá a ello se debió su desmontaje posterior. La universidad empezó a ser escenario de discusiones en el ámbito estudiantil: el papel que debía cumplir la universidad en la sociedad, la presencia de la paridad política, la participación de la iglesia en la universidad y la democratización de la educación.⁹

El estudiantado

¿Quiénes eran los estudiantes con los que se encontró Camilo Torres en la UN en 1959? ¿Por qué lograron tan pronta simpatía intergeneracional? ¿Qué les permitió identificarse con sus postulados éticos, políticos y espirituales? ¿Por qué tan afectuosa camaradería y tan generosa receptividad con Camilo? Veamos someramente una aproximación a la rica subjetividad de esta nueva expresión social colombiana:

- Clase media urbana en ascenso político y social, producto de los cambios de la sociedad colombiana en las

- décadas del cuarenta y el cincuenta. En su memoria aún estaba fresca la masacre de estudiantes del 8 y 9 de junio de 1954 y la lucha estudiantil contra la dictadura de Rojas Pinilla (1957). Los traumas psicosociales de la reciente violencia liberal-conservadora habían dejado en la memoria de este estudiantado y en sus familias marcas y dolores imborrables.
- Cambios sociales y culturales de envergadura que influyeron en la transformación de la relación de la juventud con la sociedad, los que la tensionarían permanentemente con el mundo adulto: irrupción e intervención de la mujer en escenarios tradicionalmente exclusivos de los varones; aparición de la píldora anticonceptiva y la apertura de espacios culturales y artísticos como el cine, el arte, la literatura, el teatro.
 - Los jóvenes encontraron en la ciudad universitaria el campo ideal para el desarrollo de su vida social y juvenil: las relaciones afectivas, las actividades culturales, deportivas y lúdicas permitían a los estudiantes establecer un vínculo más estrecho con la universidad. El campus era un espacio donde convergían los intereses que identificaban a los estudiantes como tales y como jóvenes. La cafetería se convirtió en el espacio más importante de integración de los estudiantes de la Nacional. Las residencias estudiantiles eran otro escenario significativo que incidía en la estrecha comunicación de los estudiantes entre sí y con la universidad. Un núcleo importante de integración social lo constituía la presencia de numerosos estudiantes de provincia.
 - Cambio generacional: los nuevos estudiantes de la UN, los que habían ingresado luego de la instauración del Frente Nacional, se habían forjado en un nuevo escenario político y social y tenían una posición más radical frente a la problemática estudiantil y frente a la realidad nacional. Asumían la defensa de la educación pública y responsabilizaban a la institución del menguado compromiso con esta. Pasaban de un enfoque netamente universitario gremial a plantearse políticamente nuevas inquietudes y a adquirir una visión nacional de los conflictos universitarios.
 - Impacto en el estudiantado del triunfo de la Revolución cubana, que quizá fue el fenómeno político de la época que más les influyó. Cuba se convirtió muy pronto en el símbolo de miles de estudiantes latinoamericanos que encontraban en la isla el modelo ideal hacia el cual debía tender el desarrollo social de los países de la región. Los primeros años de la década del sesenta se caracterizaron por la presencia y la influencia de un constante sentimiento antimperialista, anticolonialista y procubano, promovido por fenómenos como la consolidación de los países socialistas, las guerras de liberación nacional en África y una importante agitación social en Latinoamérica.
 - Creciente politización de los procesos estudiantiles a partir de 1961. La participación en los organismos de representación estudiantil condujo a la gran mayoría de los estudiantes a relacionarse con la política. Los conflictos estudiantiles no se limitaban a los problemas de orden gremial, pues existían sectores estudiantiles que entendían la necesidad de participar activamente en la construcción de un nuevo escenario político y social para el país, en el que existieran condiciones de justicia social para todos los colombianos. Otro factor que influyó en la politización de los estudiantes de la UN fue la actividad desplegada por las organizaciones políticas presentes en el ámbito universitario.
 - Del estudiantado se expresará así Camilo Torres: “En un país subdesarrollado, los estudiantes reúnen en sí mismos dos cualidades que difícilmente se encuentran juntas en otros grupos de la sociedad: un nivel cultural relativamente alto y una cierta libertad en relación con las estructuras imperantes y con la minoría dirigente. De ahí el papel político que ha jugado la universidad en los países desarrollados y especialmente en América Latina... Las dos características anteriormente anotadas producen un estado de rebeldía y de inconformismo en una sociedad cuyas estructuras requieren un cambio fundamental”¹⁰
 - Francisco Leal resalta la novedad en la educación política que comportó esta generación estudiantil: “En todo este proceso emergió una generación con una nueva educación política, lo cual no brindaba gran diferencia con anteriores cambios generacionales. Lo que sí la diferenciaba de los demás no era, pues, su rebeldía, sino el volumen de los que de ella accedían a la universidad y, sobre todo, las diferenciaciones de clase de su composición... esta generación gestó su liderazgo en la universidad. El mismo proceso de formación de grupos y facciones políticas dentro del estudiantado, en las que se enfrentaban y competían, no sólo la izquierda y la derecha, sino sus diversos matices internos, constituyó la semilla de configuración de una amplia generación de líderes políticos”.¹¹

Camilo Torres y el movimiento estudiantil

Los primeros cinco años de la década del sesenta, en los márgenes del Frente Nacional, serían testigos del nacimiento de un movimiento estudiantil de carácter nacional que participaría activamente en la conformación y articulación de la oposición política al sistema y de la crítica ideológica que la sustentaba y la reproducía. El estudiantado de la UN, junto con la actividad académica y política de Camilo Torres, serían protagonistas de primer orden en la creación de esta nueva atmósfera del debate político en el país.

Si bien es cierto que Camilo Torres llegó a la UN como capellán, rápidamente se vinculó al Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas. Junto a Orlando Fals Borda creó la Facultad de Sociología a finales de 1960. Ese fue el lugar privilegiado desde donde Camilo Torres articuló su pensamiento a la dinámica del movimiento estudiantil. Llama la atención que no sea la capellanía o la pastoral universitaria el lugar escogido. Más bien, estos se convirtieron en lugares de apoyo, reflexión y complemento a la novedad que emergía en el campo de la ciencia social y la acción política. ¿Estaba acaso indicando otro punto de partida para la construcción de la fe cristiana en el continente?

Al solicitarle el Ministerio de Educación a la nueva Facultad de Sociología que elaborara la Plataforma de Acción Comunal con el fin de “orientar una vasta campaña de promoción en el país”, Camilo Torres vio el camino abierto para articular al estudiantado y los jóvenes profesionales a las necesidades del país. En carta dirigida a Guitemie Olivieri, en enero de 1960, Camilo señalaba que la Acción Comunal podría “organizar en gran escala la acción de comunidades locales para la rehabilitación de todas las deficiencias, gracias a la propia organización para lo cual se requiere promotores voluntarios que consagren su vida al servicio de la comunidad”. Se trataba de sentar las bases para la creación de la democracia participativa a partir de la dinámica organizativa de las comunidades locales, ingente tarea para la academia comprometida con el cambio social y la formación de ciudadanía activa, tal como lo avizoraran Camilo Torres y Orlando Fals Borda.

Con profesionales y estudiantes, Camilo Torres realizó programas de acción comunal con el campesinado en Cagua (departamento de Cundinamarca) y en Tunjuelito, un barrio marginal del sur de Bogotá. A partir de esas prácticas y buscando consolidación, permanencia y continuidad, fundó el Movimiento Universitario de Promoción Comunal (MUNIPROC) con los siguientes fines: a) vincular a los estudiantes universitarios y a los profesionales con la realidad colombiana; b) investigar los recursos y necesidades de la comunidad; c) fomentar y coordinar los programas de acción comunal; d) prestar en las comunidades una atención profesional que tendiera a estimular la creación de servicios permanentes según las necesidades existentes; e) rehabilitar a esas comunidades mediante el desarrollo integral y la capacitación técnica de sus miembros.

MUNIPROC trataba de encauzar el inconformismo del estudiantado universitario orientándolo hacia las comunidades “que sufren las deficiencias de nuestras estructuras en la forma más aguda”, no para asistirlas paternalistamente sino para “darles conciencia de sus necesidades, actividad y organización”. Con ello Camilo buscaba crear “una presión de la base” como única garantía de un cambio a favor de las mayorías. Ante la dificultad de hallar en

las comunidades “los elementos cualificados para dar una conciencia científicamente orientada y una organización técnica”, buscaba que el estudiantado les devolviera a las mayorías lo que de ellas había usufructuado, aportando su técnica y su ciencia como catalizadores de un movimiento de masas que realizara las transformaciones que el país necesitaba. MUNIPROC no se proponía darle buena conciencia al grupo estudiantil privilegiado social y culturalmente, sino que aspiraba “a aprender de las clases populares, a aprender el origen de su miseria, de su conformismo, de su eventual rebeldía y de su enorme potencialidad humana para transformar las estructuras”. El estudiantado universitario, por su condición estudiantil, podía ayudar a crear los grupos de presión mayoritarios si dirigían su actividad articulada a las comunidades en pro de la creación de conciencia y organización. Así, estos grupos de presión mayoritarios alcanzarían poder real para producir las decisiones políticas de transformación social del país a favor de las mayorías.

Los Consejos Estudiantiles, creados a partir del decreto de 1958 como los más importantes y legítimos órganos de representación estudiantil, se constituirán en el “alma” y “soporte” del debate y la acción del estudiantado universitario. A partir de estos, la construcción del Consejo Superior Estudiantil en la UN sería, según Víctor Manuel Moncayo,

...núcleo líder de todos los acontecimientos de la primera mitad de la década de los años sesenta, que arrojaron como resultado un fortalecimiento de la organización estudiantil de la UN; el nacimiento y consolidación de la Federación Universitaria Nacional (FUN)... Una modificación importante del régimen orgánico de la Universidad... La solidaridad activa de la UN con los movimientos sociales; la construcción de tendencias y organizaciones políticas; la formulación de discursos significativos sobre la realidad nacional y, en fin, el avance incontenible de la UN en su liderazgo académico.¹²

El año de 1960 marcó la manifestación inicial de un nuevo medio de expresión política universitaria. Se desarrollaron en la UN las primeras huelgas estudiantiles de carácter reivindicativo, que lograron la renuncia del rector Laserna, el primer rector que renunciaba por presión de los estudiantes. Las huelgas estudiantiles convirtieron la ciudad de Bogotá en el escenario activo del conflicto universitario que sería a lo largo de los siguientes años. Durante los días de paro, varias manifestaciones estudiantiles recorrían las principales calles del centro de la ciudad, permitiéndoles a los pobladores conocer las razones que motivaban la huelga y, sobre todo, las nuevas posiciones contestatarias que adoptaba un número significati-

vo de estudiantes, con lo que se contrastaba la propaganda difamatoria al movimiento universitario por parte de la radio y la prensa del sistema.

El año de 1962, colmado de conflictos universitarios en el país, permitió ahondar el compromiso de Camilo con el estudiantado y la tensión de este con una institución crucial para el sostenimiento ideológico del Frente Nacional: la jerarquía de la Iglesia Católica. En solidaridad con los estudiantes en huelga y en protesta contra las arbitrariedades del ejército y la policía en Tunja y Barranquilla, los estudiantes de la UN convocaron a una manifestación por las calles del centro de Bogotá. A diferencia de las anteriores manifestaciones, esta vez varios locales comerciales resultaron afectados por pedreas y hurtos, pero los mayores ataques se descargaron sobre el Palacio Catedralicio, el Instituto Colombo Americano y las instalaciones del diario *El Tiempo*. El Consejo Académico, en reacción, autorizó al rector a expulsar a los líderes estudiantiles. El conflicto originó la primera huelga de la Universidad Nacional por razones políticas, hasta que los estudiantes expulsados fueron reintegrados a las aulas. Los directivos ordenaron el cierre temporal de la Universidad. El Consejo Académico presentó un proyecto de ley que restringía los organismos de representación estudiantil, socavaba la posibilidad de la protesta individual y recortaba la posibilidad de crear organizaciones estudiantiles. Esta coyuntura propició la adopción de una nueva orientación por parte del Consejo Superior Estudiantil de la UN: la conformación de una federación estudiantil de carácter nacional, esto es, de la unidad sobre la base de los intereses estudiantiles y del apoyo de la base universitaria como componente básico para una organización nacional. En declaración del Consejo Directivo de la Facultad de Sociología, Camilo Torres y Fals Borda afirmaron que las actividades políticas de los estudiantes no podían ser causa de censura o expulsión por parte de la universidad, todo lo contrario, pues un interés en la política y en las soluciones políticas de los problemas nacionales por parte del estudiantado no sólo era explicable sino también motivo de apoyo y confianza en su proceso educativo, y declararon inaceptable cualquier tipo de discriminación contra estudiantes o profesores en virtud de sus posiciones ideológicas, “lo cual iría contra la misma esencia de la Universidad”. En consecuencia, el cardenal arzobispo de Bogotá, Luis Concha Córdoba, le solicitó a Camilo Torres su retiro de la capellanía en la UN. El Consejo Superior Estudiantil no sólo le expresó su solidaridad, admiración y aprecio a Camilo Torres, sino que también deploró “que la jerarquía eclesiástica no haya captado cabalmente el verdadero sentido de nuestro movimiento, ni la posición suya con relación a él”.

El movimiento estudiantil alcanzó uno de sus más importantes triunfos políticos en 1963. El Congreso aprobó

una nueva ley de reforma orgánica de la UN que garantizaba la aplicación de la autonomía universitaria y demás postulados de la Reforma de Córdoba. Para el movimiento estudiantil significó el reconocimiento de una iniciativa emprendida desde su seno, a diferencia de las reformas de 1936 y 1958. La protesta estudiantil en las regiones se incentivó allí donde la dirección de las universidades públicas estaba bajo el control del clientelismo frentenacionalista. Es así como en 1964 se vivió uno de los conflictos universitarios más álgidos. Los estudiantes de la Universidad Industrial de Santander (UIS) se declararon en huelga y marcharon hasta Bogotá en contra de la intervención militar y del clientelismo regional dominante en la universidad. Por su parte, los estudiantes de la UN repudiaron y rechazaron la presencia del candidato presidencial del Frente Nacional, Carlos Lleras Restrepo, en el claustro universitario. En estos, como en otros sucesos, se percibía la radicalización de sectores estudiantiles proclives a la insurrección.

Para Camilo Torres, esos hechos denotaban un abismo cada vez mayor entre la clase dirigente y las mayorías populares y el deterioro de los sistemas de comunicación entre ambas. Las reformas que podrían evitar una confrontación no se veían por ninguna parte ni la clase dominante tenía iniciativas para ello. Los medios de comunicación sólo funcionaban de arriba hacia abajo. La clase dirigente no entendía por qué el estudiantado se oponía a tal situación y el estudiantado por qué se le había elogiado cuando se levantara contra la dictadura y se le censuraba cuando protestaba contra Carlos Lleras.

La doble moral que la clase dirigente quiere imponer al país se fundamenta en un desconocimiento de la capacidad de crítica que han adquirido la clase popular y los universitarios en cuanto son capaces de representarla. Solamente una autocrítica valerosa y sincera de la clase dirigente permitirá establecer el contacto entre las dos clases. De que este contacto se restablezca o desaparezca definitivamente dependerá la violencia o el acuerdo en que culminarán los próximos conflictos sociales en Colombia.¹³

El llamado de Camilo no fue atendido y el abismo siguió ahondándose. El año de 1965 se inició con la toma de Simacota (Santander) por el recién creado Ejército de Liberación Nacional cuyo origen, liderazgo y buena parte de su composición provenían del movimiento estudiantil. En la Universidad de Antioquia se desarrolló un conflicto por causa del autoritarismo del rector y se recrudecieron los enfrentamientos entre la fuerza pública y los estudiantes. Fueron allanadas las residencias de la UN y en las protestas murió un estudiante. La Federación Universitaria Nacional llamó a un paro nacional estudiantil y aprobó la

toma de las universidades por los estudiantes. Así, se propagó la agitación estudiantil en el país. La relación de Camilo Torres con su obispo se conflictuó de tal manera que terminó con la declaración del cardenal en la que lo reducía al estado laical.

La creación del Frente Unido en mayo de 1965 fue un momento significativo en la historia de la organización estudiantil. Muchos estudiantes vinculados a la FUN y a los organismos de representación estudiantil, así como de base, participaron activamente en su creación y desarrollo. Fueron el grueso de lo que se denominó “los no alineados”, lo que constituyó la fuerza política propiamente dicha de Camilo Torres. El lanzamiento de Camilo como líder político se hizo en la UN y lo organizaron estudiantes vinculados a la FUN, el 22 de mayo de 1965. “El hecho de que muchos líderes estudiantiles participaran activamente en el Frente Unido, así como que se utilizaran plataformas estudiantiles para realizar los actos de este movimiento en diferentes ciudades del país, condujo a afianzar mucho más la politización de la organización gremial estudiantil”.¹⁴ En muchas universidades del país se organizaron “comandos camilistas”, con el consenso de varias tendencias políticas estudiantiles y el apoyo de varias organizaciones, entre ellas la FUN. En los últimos meses del año salió a la calle el periódico *Frente Unido*, bajo la dirección de Camilo. La tarea de la distribución del periódico estaba bajo la responsabilidad de los estudiantes universitarios. Por primera vez en la historia del país se constituía un movimiento político pluralista sobre la base de intelectuales, estudiantes universitarios y diversas organizaciones políticas antisistema que respondían a las necesidades de las mayorías populares por encima de intereses particulares. Fals Borda se referiría así al Frente Unido:

Esta utopía tiene ingredientes nuevos, como aquellos derivados de convicciones religiosas y del examen de la realidad de las revoluciones latinoamericanas contemporáneas. Pero en el fondo es una reiteración de ideas socialistas, en respuesta al impulso del cambio secular-instrumental del pueblo y de la época.¹⁵ De no haberse visto llevado paulatinamente

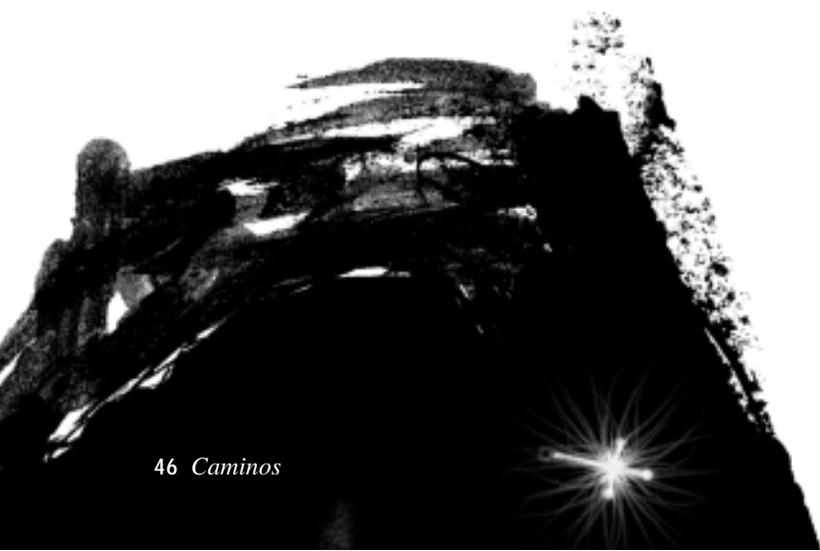
a la insurrección, el Frente Unido se habría constituido en una posibilidad del movimiento estudiantil para integrarse institucionalmente y para desarrollar una nueva cultura ciudadana del pluralismo, la participación y el debate político.

La ruptura del amor eficaz

La decisión de dejar la carrera de Derecho en la UN para ingresar al Seminario la tomó Camilo Torres después de haber participado en un seminario dirigido por los dominicos franceses Gabriel M. Blanchet y Jean-Baptiste Nielly, quienes se hallaban empeñados en la renovación teológica de la Orden Dominicana en Colombia. Aun en el Seminario no perdió contacto con el dinámico pensamiento teológico social de la iglesia francesa. Propiciado por la apertura del arzobispo de Bogotá, Cardenal Crisanto Luque, a los problemas sociales y al conflicto político que vivió el país en la década de los cincuenta, el Seminario contó con la visita del canónico François Houtart de la Universidad de Lovaina, con quien Camilo entabló amical comunicación. Al terminar sus estudios sacerdotales fue a Lovaina, donde accedió a las discusiones sobre los sacerdotes obreros, la ética familiar y el control de la natalidad, el diálogo marxismo-cristianismo, el pluralismo científico, etc. El horizonte de la reflexión y de la fe se amplió en la Maison St. Jean, hogar internacional ecuménico animado por la pareja Lucien y Hélène Morren, que aportó una rica experiencia en la búsqueda de aquello que une a la diversidad humana por encima de lo que la separa, procurando la acción en lo que hubiera de común.

En Bélgica Camilo Torres conoció la metodología del ver-juzgar-actuar de la Juventud Obrera Católica (JOC) y el pensamiento de Emmanuel Mounier a través del grupo Esprit. En Francia contactó con los sacerdotes obreros, asistió a las semanas sociales y colaboró con los Chiffonniers d'Emmaus del abate Pierre, oró en la fraternidad contemplativa de Charles de Foucauld y apoyó a los universitarios norafricanos en la lucha por la liberación de Argelia.

Poco quedaba ya en Camilo de la formación anticomunista del Seminario de Bogotá. La Universidad de Lovaina lo formó en un espíritu crítico, en una cultura interdisciplinaria y en un ambiente intercultural e internacional. Ahí Camilo leyó y discutió tanto a Teilhard de Chardin como a Marx y a Sartre. Al regresar a Colombia para trabajar en su tesis de Sociología conoció al sacerdote dominico Joseph Louis Lebret, quien elaboraba un informe para el gobierno colombiano sobre las condiciones del desarrollo en el país hacia finales de los cincuenta. Del humanismo económico de Lebret tomó Camilo el concepto de eficacia como dinámica concreta del desarrollo humano y como expresión histórica de la fe.



Vivir positivamente la experiencia de estudio y de reflexión socioteológica en el seno de la vanguardia eclesial de la época, como lo era la Iglesia Católica de Francia y de Bélgica, le brindó el “equipaje” ideal para un encuentro desprejuiciado, productivo y abierto con el estudiantado anticlerical de la UN. El desarrollo del encuentro desde un ambiente pluralista de análisis y debate político hasta la toma de decisiones conjuntas, llevó paulatinamente a la construcción de una *koinonia* ecuménica cuyo vínculo no radicaba en la confesión de una determinada fe religiosa sino en la comunidad de intereses éticos, políticos y espirituales desde la perspectiva del bien de las mayorías y la felicidad humana. Es al interior de ese proceso donde Camilo elaboró la categoría teológico-política del amor eficaz.

Bien sabemos que Camilo Torres no estructuró una sistematización teológica sobre su novedosa experiencia de fe en la UN y en la acción política. No contamos con un *corpus* teórico producido en, desde y para la academia teológica. Contamos, eso sí, con un poderoso relato de vida capaz de conmover a generaciones juveniles en pos del ideal evangélico. La narrativa de su propia vida expresaría la encarnación histórica del amor eficaz. Así lo atestiguan dos joyas teológicas de Camilo Torres en las que la intuición categorial del amor eficaz quedó brevemente esbozada: la escrita el 24 de junio de 1965, cuando le pidió al arzobispo de Bogotá la liberación de sus obligaciones clericales (“reducción al estado laical”); y el mensaje a los cristianos del 26 de agosto de 1965. Veamos cada una de ellas.

Declaración del 24 de junio de 1965

El texto fue una declaración pública presentada por Camilo Torres en una rueda de prensa que él mismo convocó y que fue difundida ampliamente tanto por la prensa como por la radio, una vez aceptada su petición de “reducción al estado laical” por parte del arzobispo de Bogotá. De ella resaltamos los siguientes puntos:

- En la realidad del país en esos momentos “existen circunstancias que impiden a los hombres entregarse a Cristo”, ante lo cual, “el sacerdote tiene como función propia combatir esas circunstancias”, y debe considerar ese “combate” prioritario sobre la “posibilidad de celebrar el rito eucarístico que no se entiende sin la entrega de los cristianos”.

El país, como realidad social, no coincidía con la “entrega a Cristo”. No existía coherencia entre la fe que se decía confesar y la realidad que se vivía. Existían circunstancias que lo impedían y que negaban su condición de “país católico”. Esa afirmación controvertía el espíritu hegemónico de la cristiandad colombiana y

declaraba el desafío de una verdadera evangelización que conllevara el combate contra esas circunstancias. Sólo así podría ser realidad la eucaristía como expresión de la coherencia de la fe.

- Al impedirle la estructura de la iglesia el ejercicio del sacerdocio en lo referente al culto externo, afirmaba que el sacerdocio cristiano “no consiste únicamente en la celebración de los ritos” pues la misa “es una acción fundamentalmente comunitaria”, de modo que “la comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio si antes no ha realizado, en forma efectiva, el precepto del amor al prójimo”.

Planteaba de esta manera una discusión sobre el ministerio sacerdotal para el que recuperaba una dimensión perdida: el compromiso con la comunidad cristiana en la realización del precepto del amor al prójimo. De esa manera, la celebración eucarística –como culminación de ese proceso– adquiriría pleno sentido. El sacerdocio era asumido como servicio en el crecimiento comunitario del amor al prójimo. Sacerdocio y comunidad tenían en el prójimo la permanente interpelación del amor gratuito.

- El cristianismo era la “forma más pura de servir al prójimo”, razón por la cual había hecho una opción radical de ese camino y asumido el sacerdocio “motivado por el deseo de entregarme de tiempo completo al amor de mis semejantes”.

Al referirse a la identidad del cristianismo siempre Camilo lo vinculó al amor al prójimo, en algunos casos considerándolo como la “esencia” y en otros, como en esta declaración, “la forma más pura”. En ambas aco-taciones retomaba lo que la nueva teología francesa y el movimiento bíblico ecuménico habían venido insistiendo. En consecuencia, el sacerdocio no tenía otra razón que ser “entrega de tiempo completo” al servicio del amor al prójimo.

- Había un abordaje sociológico a la eficacia del amor, que tenía como trasfondo el aporte de Lebrét desde el humanismo y el desarrollo económico, pues al “analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo”. Mediante una lucha revolucionaria, tan cristiana como sacerdotal, “podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus prójimos”.

Camilo reivindicaba la mediación del análisis sociológico y la acción política para alcanzar una perspectiva histórica del amor al prójimo. Eso lo hacía “eficaz”, pues la transformación social atañía al amor evangélico, y eso, en las condiciones estructurales del país, sólo era posible mediante una revolución. El amor entre los seres humanos exige mediaciones concretas,

materiales. En una realidad de injusticia social y pecado estructural, implica cambios sociales que aseguren el bienestar social de las mayorías y no hay lugar para un abordaje intimista, individualista o asistencialista del mandato evangélico del amor al prójimo.

- El ministerio sacerdotal en Camilo había “procurado por todas las formas que los laicos, católicos o no católicos, se entreguen a la lucha revolucionaria”. Sin embargo, el pueblo no respondía aún a la acción del laicado, por lo cual había decidido “entregarse” él mismo a la revolución, “realizando así parte de mi labor de llevar a los hombres por el amor mutuo al amor de Dios”. Resaltaba Camilo el carácter educativo del ministerio sacerdotal en la formación política del laicado, responsable directo de hacer realidad la revolución. Sin embargo, al todavía no lograr ese objetivo, el sacerdote decidía asumir esa tarea eminentemente política, sin que ello significara reducir el carácter ministerial al campo específico del quehacer político. Camilo consideraba “esencial para mi vida cristiana y sacerdotal” dedicarse a la tarea política de “llevar a los hombres por el amor mutuo al amor de Dios”, considerando así una profunda dimensión de fe de la acción política. No se trataba de la dicotomía “fe y política”, sino de la síntesis “fe política”. Pudiéramos decir que el sacerdocio, en Camilo, no fue “reducido”, sino que recuperó su primigenio carácter laical.
- Concluía confesando que el “compromiso con mis semejantes de realizar el precepto de amor al prójimo me impone este sacrificio” pues “la suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad, debe ser el amor sobrenatural”.

Emergía, en las notas características de esta experiencia de fe, la primacía del amor eficaz sobre el servicio al culto externo, pues la autenticidad de este requiere las condiciones que lo hagan excelso. Crear tales condiciones prima sobre la celebración del culto. La primacía corresponde a la medida del amor sobrenatural.

Mensaje a los cristianos del 26 de agosto de 1965

Ese fue el primero de los doce mensajes que Camilo Torres le dirigió al pueblo colombiano entre agosto y diciembre de 1965. Fue publicado en el primer número de *Frente Unido*, periódico de amplia difusión entre las bases y los dirigentes del movimiento político que fundó Camilo Torres en mayo del mismo año. Veamos lo relevante con respecto al concepto de amor eficaz:

- Llamaba al pueblo cristiano a mantenerse firme alrededor de las bases esenciales de la fe, a saber, el amor al prójimo y “este amor para que sea verdadero tiene que buscar la eficacia”. Se preguntaba por el bienestar so-

cial de las mayorías y concluía que este bienestar sólo es posible si se cuenta con medios eficaces que lo suministren. Nuevamente articulaba el concepto de eficacia con el de bienestar social de las mayorías refiriéndose concretamente a la educación, la vivienda, la alimentación, el vestido y el trabajo.

- La revolución es la manera de asegurar permanentemente el bienestar social para las mayorías, por eso “no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos”. El imperativo para los cristianos de hacer la revolución estaba dado por la imposibilidad de las minorías privilegiadas de ceder el poder a las mayorías pobres. No se trataba sólo de implementar políticas de bienestar social desde un gobierno de las minorías, sino del ejercicio del poder de las mayorías a favor de las mayorías.
- La realidad divina de la iglesia estaba articulada a la obligación de los cristianos de amar al prójimo. Esta acción amorosa redundaba en el fortalecimiento del compromiso y el testimonio eclesial.
- Al dejar los deberes y privilegios del clero, su sacerdocio adquiría otra dimensión que lo vinculaba directamente con la acción política como ejercicio amoroso de transformación social: “creo que me he entregado a la revolución por amor al prójimo. He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo en el terreno temporal, económico y social”.
- “Después de la revolución los cristianos tendremos la conciencia de que establecimos un sistema que está orientado sobre el amor al prójimo”. El horizonte ético-político del amor al prójimo orienta y direcciona la praxis política de los cristianos. No se busca instaurar un nuevo “sistema cristiano”, sino que el nuevo sistema nacido de la revolución esté orientado y exigido por el principio del amor.

Apuntes para discutir

Propongo las siguientes reflexiones para desafiar y recrear nuestro quehacer teológicopolítico hoy. Se trata de buscar cómo la perspectiva del amor eficaz puede ser hoy inspiradora para nuestras prácticas y conversaciones (¿conversiones?) y cómo puede llegar a ser un punto de encuentro iluminador desde donde sea posible revertir la tendencia fragmentadora y aislacionista dominante.

Sobre rupturas y úteros

Quizá una de las razones por las cuales la memoria de Camilo Torres vive hoy tan profundamente en el estudiantado de la UN es su capacidad para producir rupturas con el orden establecido. Su vida fue un talante permanente de crítica, búsqueda, interpelación y protesta. Lo-

gró encontrarse creativamente en el lugar y en el momento de mayor producción de cambio y de confrontación. A través de su espíritu investigativo, su sensibilidad social y su profunda motivación de fe logró captar la hondura del momento histórico que vivían él y su generación. No por casualidad su tesis de licenciatura en Sociología en Lovaina se cuenta aún hoy entre las muy pocas sobre la pobreza en la ciudad de Bogotá; y en el movimiento MUNIPROC, la investigación sobre la realidad fue uno de los elementos constitutivos.

Son muchas las circunstancias históricas que confluieron para producir una ruptura epocal. Lo que más incita nuestra búsqueda es la pregunta por aquello que lleva a que la historia se parta en un antes y un después. En vida de Camilo sucedió por la emergencia de nuevos sujetos sociales impugnadores del orden, por la calidad humana del sujeto presto a abrirse a la novedad y por el tipo de utopía que agenciaba y movilizaba, además de por el encuentro con un estudiantado ávido de liderazgo, formación, conducción y acción transformadora; todo ello entreverado en un espacio único-favorable-protector: la Universidad Nacional y el movimiento estudiantil, como útero de complicidad creadora en la gestación subversiva del orden nuevo que advenía.

Hoy tendríamos que preguntarnos por la capacidad de conexión que tenemos como reflexión teologicapolítica con el momento y con el sujeto de ruptura epocal en donde quiera que se encuentre y sea cual fuere la manera como se manifiesta y comunica. Del mayor o menor involucramiento en los actuales procesos de cambio e impugnación dependerá la contundencia crítica de la teoría que pretenda sustentarlos. Igualmente, tendríamos que ubicarnos en los úteros de producción de sentido y de esperanza que favorezcan y cobijen la gestación profética de las nuevas expresiones de humanidad y de humanización. En este sentido, no escapa a nuestro horizonte de esperanza la fuerza ancestral del movimiento minguero como aglutinador de quienes subvierten el orden del mercado, la libertad y la seguridad.

Sobre sujeto y relato

No existe el manual para la formación del sujeto revolucionario. A pesar de hallarse Camilo “determinado” por el esquema de formación sacerdotal de su tiempo, a la postre, este esquema se quebró. Diversos y dinámicos elementos constituyeron un camino nunca determinado, pues son las condiciones de producción y la complejidad de las mediaciones, tan dependientes de múltiples y mutantes factores, las que terminan por crear el relato de una vida entregada “de tiempo completo al amor a mis semejantes”. Es este relato de jovial y auténtica amorosidad el que va a perdurar de generación en generación en la memoria oral estudiantil; su transmisión colectiva forjará una iden-

idad revolucionaria a partir de la recepción ritual-militante del legado del amor eficaz. El movimiento estudiantil se constituye en el portador-autor colectivo del relato mediante un largo y complejo proceso de interpretaciones y negociaciones que le permite construcción permanente de identidad y de poder alternativo. La memoria camilista forma parte de una dimensión interior del presente del movimiento estudiantil y consolida su enunciación y proclamación como voz y palabra propia y otra. La utopía evangélica del amor eficaz se ha desplegado en una diversidad de expresiones de lucha y resistencia juvenil en donde pervive secularmente.

Hoy como ayer, múltiples y diversos relatos expresan el emerger de subalternidades impugnadoras de las relaciones asimétricas de poder y de la hegemonía de la racionalidad moderna. Pléyade de otras voces, oralidades que instauran autoridad de discursos alternativos, episteme desde racionalidades plurales-mestizas-populares, exterioridad profética que denuncia-anuncia-organiza, movimientos de humanidad-naturaleza victimizada pujando por otro mundo, en fin, muchas y múltiples luchas que construyen nuevos relatos de emancipación en los que reconocernos, encontrarnos y solidarizarnos. Tendríamos que preguntarnos si estas nuevas realidades formadoras de sujeto y subjetividad son hoy lugar privilegiado para el “fermento” del amor eficaz del evangelio, o si el discurso fundacional de la Teología de la liberación, así como de otras expresiones del pensamiento crítico latinoamericano, han tenido la capacidad y la sensibilidad para dejarse interpelar y transformar –mediante la escucha, el diálogo y la comunión– por las oralidades impugnadoras de las mujeres, de las juventudes, del ecoambientalismo, de la minga indígena, de la diversidad sexual, del pacifismo antimilitarista, del protagonismo infantil, de los artistas, del altermundismo, de la diversidad religiosa, etc. Y si esto es posible, si está sucediendo, ¿dónde están los relatos que lo expresan y los sujetos-agentes que lo reproduzcan y signifiquen? ¿Dónde transcurre el debate epistemológico-metodológico que tales rupturas implican? ¿Dónde y cómo las relecturas de identidad, de poder y de relaciones sociales que otras memorias exigirían? ¿Dónde la desconstrucción de la racionalidad patriarcal-colonialista dominante en el conocimiento, en las narrativas y en las estructuras y lógicas de poder?

Sobre sintonías, coincidencias y zonas fronterizas

El Equipo Colombiano de Investigación Social, la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, el Movimiento Universitario de Promoción Comunal, la Unidad de Acción Rural de Yopal (UARY) y el Frente Unido son las obras en las que Camilo Torres plasmó, junto con otras personas, su pensamiento y su acción. En todas ellas el carácter ecuménico-pluralista prevalece, paradójicamen-

te, en medio de una sociedad atravesada por profundas fronteras de discriminación y estratificación social sustentada ideológicamente en una interpretación clasista del cristianismo y en una narrativa fundacional excluyente de las mayorías femeninas, campesinas, indígenas, obreras y afrocolombianas.

Su familia librepensadora, su núcleo generacional abierto a las novedades y los cambios, su paso por Europa en el ambiente ecuménico de la Universidad de Lovaina, su experiencia en la vanguardia eclesial “de frontera”, su empatía con el ambiente estudiantil y académico de la Universidad Nacional, su diálogo con el marxismo y con el comunismo forjaron en Camilo un talante abierto, tolerante, respetuoso, libre, que lo llevó al aprecio de la diferencia y a la construcción de procesos de acción a partir del encuentro de la diversidad. Patentemente lo percibimos en el llamado de octubre de 1964 a un grupo de colombianos “de las más diversas corrientes ideológicas y políticas” con el fin de “buscar un consenso respecto a un mínimo de puntos comunes de acción para cambiar las estructuras socio-económicas del país”, “la heterogeneidad de los miembros del grupo tendrá como fruto la unificación de todo elemento progresista que no encuentra un derrotero o que, muchas veces, no quiere seguirlo para no verse obligado a favorecer ideologías contrarias o caudillismos particulares”.¹⁶ Igualmente, la introducción a la primera plataforma del Frente Unido (mayo de 1965), convoca a una amplia diversidad de sujetos a la unidad de la “clase popular colombiana”: “a todos los colombianos, a la clase popular, a la clase media, a las organizaciones de acción comunal, a los sindicatos, cooperativas, mutualidades, ligas campesinas y organizaciones obreras, indígenas, a todos los inconformes, hombres y mujeres, a la juventud, a todos los no alineados en los partidos políticos tradicionales, a los nuevos partidos”. La plataforma para la unidad requiere de un “aparato político apto para la toma del poder”, el cual tendrá que ser de carácter pluralista, con planeación técnica y constituido alrededor de principios de acción.

Como en aquel tiempo, hoy requerimos de osadía y creatividad para construir “zonas fronterizas” de encuentro, de diálogo y negociación a partir de nuestras diferencias identitarias a fin de alcanzar plataformas en que las diversas particularidades sean reconocidas, valoradas e incluidas como riqueza humana y como potencialidad humanizadora. Zonas libres en las que podamos transitar y transgredir los muros que nos han fragmentado y deshumanizado en dinámicas de discriminación, amenaza y destrucción mutua. El horizonte del amor eficaz podría hoy equiparnos humanamente para la transfronterización, el desarme, la confluencia y la recuperación de la confianza entre diferentes, apertura necesaria en la que es más lo que ganamos que lo que perdemos. La Teología de la libe-

ración tendrá que hacerse y rehacerse, desde su propia perspectiva y acumulado, en y desde las nuevas zonas fronterizas que los movimientos de impugnación ética y social han construido paulatinamente para la confluencia y la coincidencia tales como el cuerpo, el arte, la desmilitarización, el medioambientalismo, el género, la interculturalidad, la espiritualidad, la minga, la no violencia, la comunión intergeneracional, el diálogo interreligioso, etc. Si en Camilo Torres, la revolución social fue el medio para alcanzar la eficacia del amor, igualmente hoy tendríamos que crear mediaciones pluralistas y ecuménicas que nos permitan consolidarnos y sostenernos como alternativa de vida, de poder y de felicidad humana.

Sobre el principio del amor eficaz

Camilo Torres planteó el principio evangélico del amor eficaz a la manera de Jesús de Nazareth, en el campo secular donde transcurre la vida de los seres humanos, a partir de aquellas realidades que estructuralmente hacían más inhumana la vida de la inmensa mayoría de las colombianas y los colombianos tales como el hambre, la pobreza, la indigencia, el desempleo, la precariedad del vestido y la vivienda, la descampesinización, la discriminación, el desempoderamiento, la insalubridad, el desmoronamiento familiar, el machismo, la violencia, la impunidad, el analfabetismo. No existe ninguna contradicción entre el amor divino y el amor humano, más bien, ambas dimensiones constituyen un solo tramado simbiótico. Una misma realidad expresa lo divino y lo humano, así como en Jesús se halla un paradigma de lo humano y un paradigma de lo divino. La mayor humanidad-divinidad será aquella realidad que históricamente más se haya aproximado a la plenitud del amor eficaz. Para lograr que tales realidades sucedan en el contexto colombiano, Camilo optó por la revolución como colombiano, como sociólogo, como cristiano y como sacerdote.

Estaríamos necesitando hoy plantearnos de nuevo el amor humano como lugar de concreción del amor divino, lo que significaría un horizonte a ser abordado desde una mayor secularización de la reflexión teológica y en una perspectiva ecuménica e interdisciplinaria. Ir más allá de donde Camilo llegó implica ahondar en el despliegue del amor humano en sus muchas posibilidades, en donde lo económico, lo político o lo religioso son una entre otras. En todo caso, cada una de ellas, sea cual sea, abordada desde la amorosidad humana y relacionada en mallas cada vez más complejas.

Hasta ahora en nuestro medio es hegemónica la concepción moderna-patriarcal del capitalismo sobre el amor humano, entendiéndolo como “tener más” y “dominar más”. Es preciso tener y poder para amar. El mercado, la publicidad y las armas se constituyen en garantes de felicidad. Otra cosa es la perspectiva del Evangelio y de las

tradiciones religiosas ancestrales, en las que el amor humano se entiende como “vivir mejor” en la medida en que los seres humanos construyen relaciones de equilibrio y de equidad entre sí mismos, entre ellos y las comunidades, y entre ellos y la naturaleza. Pasar del horizonte de sentido del “tener y poder más” al de “vivir mejor” es hoy el imperativo humano que nos interpela. Si en Camilo Torres la interpelación por la revolución eran las carencias materiales de las mayorías, hoy sigue siéndolo; pero además, la vida humana está aún más desafiada (y amenazada) por vulnerabilidades mayores. Esta realidad, ante

la cual son tan sensibles las nuevas generaciones juveniles e infantiles, podría ayudarnos a romper los crípticos esquemas de pensamiento y de acción en los que nos movemos y abrirnos a las vincularidades y las complicidades a las que los sujetos y las subjetividades emergentes –como nuevos jardines de alegría– nos convocan con urgencia, como en su momento los estudiantes convocaron a la rebelde generación de Violeta Parra y Camilo Torres.

Bogotá, 3 de febrero de 2009

80 aniversario del nacimiento de Camilo Torres



Notas:

1 Carlos Rodríguez Brandão: *De Angicos a Ausentes: 40 anos de educação popular*, MOVA-RS-CORAG, Porto Alegre, 2001.

2 Ana María Bidegain: “Bases históricas de la teología de la liberación y atipicidad de la Iglesia colombiana”, *Texto y Contexto*, no. 5, Universidad de los Andes, Bogotá, 1985.

3 Luiz Alberto Gómez de Souza: *A JUC; os estudantes católicos e a política*, Vozes, Petrópolis, 1984.

4 Haroldo Lima y Aldo Arantes: *História da Ação Popular. Da JUC ao PC do B*, Alfa-Omega, Sao Paulo, 1984.

5 Almerly Becerra de Melo: *América Latina: protesta estudiantil y fe cristiana*, Centro de Documentación MIEC-JECI, Montevideo, 1970.

6 *Ibid.*, p. 83.

7 Gustavo Pérez Ramírez: *Camilo Torres Restrepo, profeta para nuestro tiempo*, Indo American Press Service, Bogotá, 1996.

8 Francisco Leal Buitrago: “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967”, Tercer Congreso Nacional de Sociología, Bogotá, 1980.

9 Manuel Ruiz Montealegre: *Sueños y realidades. Procesos de organización estudiantil 1954-1966*, Universidad Nacional, Bogotá, 2002.

10 Universidad Nacional de Colombia: *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 2002.

11 Francisco Leal Buitrago: *op. cit.*, pp. 216-217.

12 Manuel Ruiz Montealegre: *op. cit.*

13 Universidad Nacional de Colombia: *op. cit.*

14 Manuel Ruiz Montealegre: *op. cit.*

15 Orlando Fals Borda: *Subversión y cambio social*, Tercer Mundo, Bogotá, 1968.

16 Universidad Nacional de Colombia: *op. cit.*

Política revolucionaria e integración latinoamericana

I

• **¿**Cómo puede pensarse la integración de una región del planeta que se extiende desde el Trópico de Cáncer a la Antártica, que tiene más del doble del tamaño de Europa y en la que existen más de treinta países? ¿Cómo pensarla, si esa región ha sido encuadrada sucesivamente en los mapas mundiales del capitalismo, desde hace más de quinientos años hasta hoy, como una región subalterna y en explotación? El colonialismo y el neocolonialismo son dos conceptos claves para comprender esos encuadres sucesivos, tanto en los análisis que se hagan desde el ángulo político, como desde los ángulos económico y cultural. En los hechos y procesos reales, estos tres aspectos están muy interrelacionados y sólo se pueden explicar integrándolos en totalidades de conocimiento, aunque es imprescindible investigar y profundizar en cada aspecto.

Las colonizaciones le confieren un carácter monstruoso a las sociedades. Los historiadores de la economía han estudiado y explicado las formaciones económicas que ha vivido este continente, determinadas por la subordinación y la explotación; ellas van desde los primeros pactos coloniales hasta hoy. Ya en 1524, Hernán Cortés le recomendaba al emperador Carlos V ordenar a sus súbditos que colonizaran a México, en vez de limitarse a depredar el país.¹ Tres siglos y medio después, Carlos Marx explicaba que el capitalismo no es sobre todo un modernizador de las sociedades, sino un devorador de ganancias, que para obtenerlas no desdeña utilizar las formas más brutales o “arcaicas” de producción, relaciones sociales o saqueo, junto al dinamismo colosal y las revoluciones continuadas de las condiciones económicas que lo caracterizan.² América fue sometida a un despoblamiento genocida de sus autóctonos que no tiene paralelo, pero también a un poblamiento forzado mediante el mayor tras-

lado de seres esclavizados de la historia humana, desde Africa. Sobre la base de este sistema infame fue que se pudo desarrollar el capitalismo.

Pero nuestra historia y nuestras realidades no se reducen a las colonizaciones. La historia política americana no se ha limitado a una sucesión de creaciones, conflictos, acomodados y funcionamiento de las relaciones sociales, los poderes y las instituciones coloniales. Entre 1791 y 1824 se produjo un fenómeno cultural inédito y trascendental, el estallido de movimientos revolucionarios autónomos, que en sus prácticas y a través de las fuerzas desatadas por ellos convirtieron en realidad lo que parecía imposible: a) exigir y pelear sin descanso, hasta obtener la independencia y la formación de Estados soberanos en casi toda la región; b) desarrollar mediante esos procesos –y a consecuencia de ellos– la autoestima y las capacidades de las personas que habían vivido en la condición colonial; c) conquistar algunas victorias importantes contra las formas de servidumbre mediante las cuales se explotaba y aplastaba a los pueblos autóctonos y a los esclavos, y ante todo deslegitimar esas formas; y d) dar lugar a identidades nacionales que fueron coincidentes en cuanto a rechazar la situación colonial y a considerarse a sí mismas como parte de un conjunto americano, aunque por lo demás las entidades nacionales emergentes de la independencia eran muy diferentes entre sí, como lo habían sido los sectores sociales participantes, los objetivos y la composición del liderazgo, los hechos concretos y las circunstancias de cada una de las revoluciones.

La primera vez en la historia en que se planteó y se avanzó hacia una identidad y una posible integración de lo que hoy llamamos la América Latina y el Caribe fue a partir de las revoluciones, de sus actos políticos y sus ideas. Esta es una enseñanza invaluable, y la idea central que mueve este texto es que han sido y siguen siendo las revoluciones las vías eficaces para lograr poner en marcha esa integración continental. Aquella primera vez no se logró



una integración o federación de los nuevos Estados fundados en la región —el proyecto de Bolívar—, ni se plasmaron los objetivos revolucionarios más radicales, sobre todo en cuanto a la justicia social, pero se crearon nuevas realidades que cuatro décadas antes de 1824 no eran consideradas posibles, y que muy pocos soñaban.

Añado un comentario que me parece imprescindible, ahora que se acerca el bicentenario del inicio de la revolución independentista contra el colonialismo español en Tierra Firme. No es posible seguir olvidando que la revolución en Nuestra América se inició en Haití, una de las más ricas colonias del mundo, en agosto de 1791, y que el primer Estado independiente latinoamericano se fundó en Haití, el primero de enero de 1804. Los rebeldes haitianos derrotaron a las autoridades coloniales, a los soldados de Gran Bretaña y España, y vencieron en 1803 a un fuerte ejército de Napoleón. Por sus participantes y su contenido, fue una de las más profundas revoluciones de América: los esclavos se liberaron totalmente, los oligarcas no pudieron retener el poder, el liderazgo y el gobierno fueron ejercidos por hombres de las más humildes procedencias y se puso en práctica el pensamiento social más avanzado de Europa. Los revolucionarios de Tierra Firme encontraron solidaridad internacionalista en Haití; allí ondeó por primera vez la bandera venezolana en una tierra libre, y Bolívar contó con la ayuda haitiana. Sus acciones y su victoria eran inconcebibles para los poderes del mundo, que sometieron a Haití al aislamiento, enormes exacciones y difamación. En el último siglo el país ha sufrido ocupaciones militares e intervenciones casi continuas de los Estados Unidos. Hoy padece los mayores indicadores de pobreza de América y está ocupado por una fuerza armada extranjera.

El proceso histórico de los Estados de la región ha producido acumulaciones culturales extraordinarias, que priorizaron y fueron profundizando y enriqueciendo la especificidad de cada país y la autoconciencia de sus sin-

gularidades, sin que por esto se perdiera la dimensión latinoamericana de sus identidades. Al mismo tiempo, la América Latina ha sido la región externa al Primer Mundo más parecida a él y más ambiciosa de desarrollarse siguiendo sus patrones. Asomarnos a esta última cuestión —que la hace tan específica dentro del mundo que ha sufrido el colonialismo y el neocolonialismo— exigiría otro trabajo.

Quisiera llamar la atención acerca del gran alcance que han tenido las ideas y las prácticas políticas dentro del proceso histórico del continente. En esta región se ha pretendido mucho en cuanto a transformaciones, y para sintetizar enumero cuatro momentos y tendencias del pensamiento y la organización en que las voluntades y las actuaciones políticas aspiraron a realizar esos ideales y proyectos: 1) los elementos más radicales de los procesos revolucionarios independentistas; 2) las influencias de lo más avanzado de las revoluciones europeas; 3) movimientos e ideas latinoamericanos de lucha por la soberanía y la economía nacionales; y 4) las corrientes y concepciones anticapitalistas. En las últimas décadas, un buen número de movimientos sociales populares han llevado sus identidades y sus demandas a cotas más altas de conciencia y organización, y participan como tales en los eventos políticos, o hacen una política propia.

En la América Latina se han puesto en práctica instituciones democráticas, políticas sociales a favor de amplios sectores y defensas de las soberanías nacionales, y se han sentido y pensado todas las formas de conquistarlas o de ampliarlas y perfeccionarlas. La acumulación cultural política resultante es otra de las características distintivas de este continente entre los del llamado Tercer Mundo, y constituye un potencial fundamental de conflicto frente a la dominación que el imperialismo actual ejerce sobre él —caracterizada por procesos de recolonización, cierre de oportunidades para economías nacionales, exigencia de grandes tributos y saqueo de recursos naturales—, pero también puede ser muy útil para la elaboración de nuevas estrategias opuestas a esa dominación y proyectos nuevos de liberación social y humana, viables y atractivos, que son indispensables en el mundo de hoy.

Pero debo insistir en mi planteamiento inicial: las relaciones económicas internacionales principales de cada país se han establecido sucesivamente con centros del capitalismo mundial, y su sentido ha residido en las funciones que han desempeñado en los circuitos económicos de esos centros y en el carácter siempre subalterno de la relación. En unos casos esas formaciones económicas han sido incapaces de impulsar el desarrollo del propio país, y en otros han resultado francamente contrarios a que exista esa posibilidad. A la vez, los tipos de relaciones y estructuras económicas establecidos han conspirado con mucha efectividad contra la integración económica y nacio-

nal de cada país. Sea como un enclave, o sometándose a existir de maneras distorsionadas, por tener una razón de ser ajena e incontrolable, la vida económica de los países de la región y sus correlatos sociales, políticos y culturales implican enajenaciones, inequidades y resultados monstruosos de todo tipo.

Escollos que parecen insuperables se han levantado ante los proyectos o los intentos de establecer complementaciones económicas y coordinaciones estatales y empresariales de los países de la región entre sí. Destaco dos consecuencias:

- a) las estructuras decisivas de cada formación económica y social –y la tradición de las clases dominantes de cada país– han sido y son particularistas, y se reclaman de nacionales cuando privilegian las relaciones subalternas que sostienen con un centro o centros del capitalismo mundial, que es lo más común, pero también cuando se encuentran en coyunturas en que aumenta su grado de autonomía, o por sus intereses fomentan empresas, estructuras y proyectos más propios o locales;
- b) la mayor parte de las ideas, movimientos y fuerzas que se han opuesto a las relaciones de dominación, sea de maneras parciales o totales, lo han hecho con fuerzas y en el nombre de la nación –de cada nación– y siguiendo proyectos nacionales, autónomos. Los más radicales han dado un paso decisivo: identificar a la nación con los oprimidos, explotados y humildes en general, y a su causa como de liberación nacional y social en un solo proceso.

La identidad nacional y el nacionalismo son también, por tanto, conceptos claves para comprender a la América Latina. De un lado, son instancias unificadoras de la amplia gama de diversidades existentes en el seno de cada sociedad, y de los comportamientos individuales, y forman complejos simbólicos que dan sentido a comunidades no suficientemente consolidadas por su formación económica y social. Brindan un referente originario –que en muchos casos incluye una gesta nacional–, una base ideológica compartida dentro de la compleja situación actual de cada país y un factor a favor de la formulación de destinos y proyectos nacionales. Por otra parte, la identidad nacional y el nacionalismo han servido a las clases dominantes de cada país para presentar a sus sistemas de dominación como las realizaciones de los intereses y los ideales nacionales, mediante ideologías tradicionales o renovadas que reivindican a la patria y esgrimen sus atributos formales.³ Los luchadores y pensadores realmente opuestos a la dominación les niegan a esas clases dominantes su pretensión de portar la legitimidad patriótica. La batalla es muy compleja, porque más de una vez las cau-

sas sociales han sido descalificadas o aisladas en nombre de la patria y hasta de la seguridad nacional; pero también se ha cometido a menudo el error de subestimar la dimensión nacional y el nacionalismo en nombre de identidades clasistas y de luchas sociales.

El problema de las relaciones entre lo nacional y lo social, y la complicada red de conflictos, tensiones, combinaciones o uniones fructíferas que trae consigo, ha sido desde el siglo XIX uno de los campos principales de los eventos y los procesos políticos, de las organizaciones y las ideologías en la América Latina y el Caribe. En el curso del siglo XX esa importancia se acentuó, y permanece hasta hoy. Como en otros terrenos, las influyentes ideas y tendencias del Primer Mundo han contribuido a complejizar aún más la cuestión.

En el curso de los dos últimos siglos se han mantenido ideas favorables a la integración latinoamericana. Quisiera mencionar dos corrientes. Una, la que hasta cierto punto continuó la primera tradición independentista a lo largo del siglo XIX, a pesar de que durante ese período hubo numerosos choques armados y otras confrontaciones y diferencias entre muchos países de la región. Se suele reducir el viejo latinoamericanismo al Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826. Si recordamos sólo ese tipo de eventos, se celebraron otros en Lima, 1847-1848; en Santiago de Chile, 1856; otra vez en Lima, en 1864-1865; y en Caracas, 1883, año del centenario del nacimiento de Bolívar. En ellos participaron sobre todo países suramericanos, pero en uno estuvo Guatemala y en otro El Salvador y México. Sus objetivos no eran la integración económica, sino la coordinación de defensa mutua frente a las amenazas y agresiones europeas, y la prevención de conflictos entre los participantes.⁴

En la primera mitad del siglo XX, esa corriente fue renovada en dos direcciones: la búsqueda de identidades autóctonas y el antimperialismo. La gran crisis económica del capitalismo desatada al inicio de los años treinta y la II Guerra Mundial favorecieron las políticas de sustitución de importaciones y las tendencias a la autonomía; el carácter antifascista que asumió la guerra brindó cobertura ideológica apropiada a una alianza continental liderada por los Estados Unidos. Después de aquella contienda, el gigante norteamericano llegó al apogeo de su dominio en el campo capitalista y se lanzó a un control total de este continente. Sin embargo, el fortalecimiento de los Estados de la región y los procesos modernizadores animaron iniciativas panlatinoamericanas en la segunda mitad del siglo, unas veces ligadas a pactos económicos tendientes a la integración de regiones –el más antiguo fue el Mercado Común Centroamericano–, y otras mediante órganos más generales, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 1948), de la ONU; o el Sistema Económico Latinoamericano (SELA, 1975). Han existido

coordinaciones de Estados con fines de defender áreas económicas y otros intereses, para mediar en conflictos, o en su carácter de miembros de agrupaciones de países, como la ONU y el Movimiento de los No Alineados.

El latinoamericanismo popular tiene una historia muy larga. Desde el siglo XIX, la mayoría de los movimientos políticos más radicales o patrióticos tuvo en cuenta esa dimensión, y en varios casos llegó a tener experiencias prácticas de combate o solidaridad internacional latinoamericanas. José Martí fue un pionero excepcional de una nueva fase de las ideas de liberación del continente, con sus análisis de países, su concepción acerca de la naturaleza específica de la región, su historia, su radical diferencia respecto a los Estados Unidos y la necesidad de enfrentar con éxito su expansión imperialista, y su propuesta de una segunda revolución de independencia de Nuestra América que acabara con “la colonia que sobrevive en las repúblicas” y creara un nuevo orden social y político en ellas. Durante el siglo XX, el auge del antimperialismo y de las ideas y movimientos de liberación nacional y socialistas promovió y profundizó el contenido y el alcance del latinoamericanismo popular, que buscó sus raíces en el rescate de la memoria histórica revolucionaria continental y asoció sus proyectos a los de aquellos esfuerzos e ideas. Frente al particularismo de los Estados y el cierre al ámbito nacional de numerosas políticas económicas, los movimientos y las corrientes de pensamiento del campo popular reivindicaron cada vez de manera más creciente el latinoamericanismo.

La cuestión de los pueblos originarios de América se ha transformado en las últimas décadas, lo cual ha dado un nuevo impulso al latinoamericanismo popular. En términos generales, las repúblicas burguesas progresivamente neocolonizadas mantuvieron la opresión y la situación social y cultural de inferioridad de estos pueblos, como parte de sus sistemas de dominación. La Revolución mexicana iniciada en 1910 incluyó pasos fuertes de avance contra esa situación en aquel país, y las ideas de José Carlos Mariátegui fueron un aporte extraordinario al marxismo que intentaba universalizarse en los años veinte y treinta.⁵ Pero fue en el curso de la segunda ola revolucionaria del siglo –iniciada en la región a partir de los últimos años cincuenta– y en el período más reciente, que un número creciente de pueblos originarios y sus descendientes se han identificado como tales de manera positiva y aun con orgullo, han rescatado y reivindicado sus culturas, se han organizado y defendido su identidad y sus demandas, a la vez que en muchos casos han impuesto su presencia en las luchas populares de sus países. En algunos casos desempeñan papeles protagónicos, como en el del EZLN de Chiapas, en Ecuador y en Bolivia, donde el presidente aymara Evo Morales encabeza un importante y singular proceso popular. Un símbolo de los avances tan notables en este

campo es que ya muchos conocen el significado de *Abya Yala*, voz para designar a América en una de las lenguas autóctonas de este continente.

La otra corriente de corte integracionista es el panamericanismo, externa a la región y dirigida desde su origen a viabilizar la conducción y el control de los Estados Unidos sobre el continente por medios políticos e ideológicos,⁶ a la vez que le confiere al mercado y la inversión capitalistas el papel protagónico en la dominación. La Primera Conferencia Panamericana de 1889-1890 fue un preludeo del neocolonialismo. Se estableció una institución permanente con representantes de cada país, radicada en Washington, que pronto fue conocida como Unión Panamericana.⁷ Pero esa línea de trabajo imperialista siempre fue a remolque de las políticas generales. Primero la opacaron las políticas del gran garrote, las cañoneras y la diplomacia del dólar. Después del “buen vecino” y la II Guerra Mundial, ya con las manos libres en América, los Estados Unidos plasmaron en 1948 el llamado sistema panamericano, con la fundación de la OEA y los tratados militares de “asistencia mutua”. La sujeción se completó con el establecimiento de gobiernos lacayos, aunque fuera necesario apelar a golpes castrenses. Una gigantesca combinación de dominio económico, político, cooptaciones, represiones, ofensivas culturales, consumó el predominio norteamericano.

El complemento cultural latinoamericano del panamericanismo se formó a partir de los pensadores y publicistas que desde el siglo XIX hicieron el elogio de los Estados Unidos y propusieron la imitación, las relaciones íntimas y la sujeción a la “gran república americana” como la vía idónea para que el continente alcanzara el progreso y la civilización. Sin duda fueron variadas sus motivaciones –y algunas de ellas seguramente loables–, pero el balance fue francamente negativo. El modelo norteamericano, conservador, racista y plutocrático, resultaba más bien idóneo para ser ideología de los sectores dominantes de los nuevos Estados que se asociaban de maneras subordinadas al capitalismo mundial, los cuales podían sentirse superiores a la masa del pueblo de sus propios países, calificable como seres inferiores a los que habría que explotar y oprimir mientras se lograba “blanquearlos” e inculcarles “laboriosidad”, “eficiencia”, capacidad de juicio político y otras supuestas virtudes. La historia posterior de esta vertiente se tornó cada vez más fea. Con las modernizaciones, las experiencias populares de protestas y luchas, el desarrollo del pensamiento revolucionario, el dominio completo del imperialismo norteamericano sobre la región, las represiones y las dictaduras, la inconciencia de ese tipo de ideólogos disminuyó y el papel de los intereses mezquinos y mercenarios aumentó mucho.

Los Estados Unidos han sido capaces de organizar muy bien la penetración cultural sistemática, que posee

numerosos niveles, vías y medios diferentes, y utiliza enormes recursos.

El panamericanismo ha sido político e ideológico, nunca auspició programas para integraciones económicas. Las relaciones bilaterales desiguales han sido siempre las principales para mantener, ampliar o reformular la dominación del imperialismo de los Estados Unidos en esta región.⁸ Así sigue siendo hasta el día de hoy. Los Tratados de Libre Comercio que ha establecido con una parte de los países latinoamericanos son un instrumento privilegiado de ese tipo de relaciones en la actualidad, aunque el grado de centralización del poder mundial en manos yanquis en la década pasada y su abierta ofensiva de aspiración imperial mundial los llevó a la pretensión de agregar en la América Latina una instancia colectiva más completa de su dominio, a través del proyecto ALCA.

II

Entre las décadas quinta y octava del siglo XX, las ideas y las prácticas de políticas de desarrollo relativamente autónomas de los países tuvieron su máxima expresión de desarrollo, pero pronto cayeron en decadencia. Los burgueses de la América Latina que protagonizaron la etapa económica expansiva en sus países en general habían sido hegemónicos, pero fueron retados por cuatro procesos simultáneos, aunque diferentes entre sí:

- a) la emergencia de los Estados Unidos después de 1945 como el poder decisivo en el continente y a escala del capitalismo mundial, lo que les permitió dismantelar las autonomías e imponer la incorporación de cada país a su dominio político y económico;
- b) la extrema centralización del sistema capitalista, mediante los procesos de transnacionalización y su dominio financiero y comercial, la especulación, el gigantesco parásito de la deuda externa, la tiranía ejercida por el Banco Mundial y el FMI. Sus consecuencias han sido la pérdida del espacio de maniobra de las burguesías subalternas, la reducción del papel de la América Latina en el comercio mundial, quiebras o deformaciones de ramas industriales y predominio de sectores primarios exportadores, una gran multiplicación de la entrega de excedente como tributo y la anulación de la capacidad de los Estados para cumplir sus funciones de factor de equilibrio social;
- c) el gran crecimiento de las luchas sociales y políticas –que llegaron a ser radicales en su actuación y en sus proyectos de cambio del sistema– deslegitimó a numerosos grupos de poder, desafió la hegemonía burguesa y proclamó proyectos populares, y profundizó el anti-imperialismo. Estas experiencias llegaron a ser muy ricas y diversas: movimientos de masas muy combati-

vos, luchas armadas en una docena de países, el gobierno de Unidad Popular en Chile de 1970-1973 y varios intentos nacionalistas en otros países;

- d) Cuba, un país pequeño y estratégico del Caribe, de historia propia muy dinámica pero también pionero del capitalismo neocolonial, se liberó de sus ataduras mediante una insurrección triunfante y una revolución muy profunda, social, política y de las conciencias. En Cuba fueron liquidados el poder de la burguesía y del imperialismo, y se lograron extraordinarios cambios económicos y sociales que transformaron las relaciones fundamentales, la vida pública y las instituciones, y aportaron dignidad y bienestar a toda la ciudadanía y la soberanía nacional plena. Esos ejemplos, y la resistencia y victorias sobre la agresión y el bloqueo imperialistas durante casi medio siglo, han despertado un arco muy amplio de esperanzas, rebeldías, solidaridad, odio y agresiones. La Revolución cubana ha estado siempre presente desde 1959 en los asuntos latinoamericanos, tanto por sus actuaciones como por las reacciones que ha provocado o las relaciones que se han sostenido con ella. Es un factor muy importante para las acciones y proyectos que promueven soberanía, políticas sociales a favor de los pueblos, autonomía, integración y unidad continental.

Ante las profundas transformaciones que acontecieron en esas cuatro décadas, la política burguesa en la América Latina no se dividió entre los arcaicos y los modernos, los entreguistas y los “nacionales”, pertinaz creencia y esperanza que albergaban fuertes corrientes de pensamiento y organización dentro del campo popular. En líneas generales, los modernos abandonaron las políticas de cierto desarrollo autónomo –allí donde las había– y se “integraron” de modo subordinado al gran capital, y en todo lo esencial al imperialismo norteamericano. En el terreno político, en vez de entrar en alianzas con el potencial o los movimientos de rebeldía populares, se plegaron a las exigencias imperialistas, aceptaron las nuevas dictaduras –los llamados regímenes de “seguridad nacional”– o fueron incluso coautores en los procesos represivos en tantos países de la región, que llegaron hasta el genocidio en algunos casos y a organizar una internacional del crimen. Los regímenes capitalistas neocolonizados arrasaron o desmontaron las formas organizativas del pueblo y los instrumentos de la soberanía nacional de sus propios países, y provocaron fuertes retrocesos culturales conservadores, daños que han persistido hasta hoy en muchos ámbitos.

La política revolucionaria fue la principal en esta etapa en que las clases dominantes mostraron su entraña anti-nacional y fueron verdugos de sus sociedades. Por primera vez en el siglo XX latinoamericano, se pensó y se

actuó en busca de una transformación radical liberadora a una escala de participación notable. Los revolucionarios intentaron derrocar el sistema de dominación de cada país, combatieron al imperialismo, plantearon abiertamente la continentalización de las luchas y practicaron el internacionalismo en la medida en que pudieron. Los avances conceptuales en cuanto al sistema capitalista y la necesidad del socialismo contribuyeron también al profundo desarrollo de la conciencia política que sucedió. A pesar de los sacrificios, la movilización, el heroísmo y la tenacidad que desplegaron, las extraordinarias luchas populares de esta época no lograron convertir en realidad sus ideales y sufrieron derrotas políticas, no sólo represivas. Pero por segunda vez en la historia latinoamericana fueron la política y el pensamiento revolucionarios los que pusieron a la orden del día una unidad continental basada en un proyecto radical de liberar a la región de la dominación extranjera y obtener la libertad, la justicia y la ciudadanía completa para las mayorías. Al unir ambas metas, proveían una motivación necesaria para la movilización de los oprimidos y explotados, la mayor fuerza con que cuenta el continente para generar y realizar cambios que lo beneficien, y planteaban el único objetivo capaz de hacer viables y darle bases a esos cambios: la liberación del imperialismo. Y la propuesta se firmó con sangre.

En estas últimas décadas, el imperialismo ha puesto en el centro de su actuación hegemónica y antisubversiva una guerra cultural a escala mundial, con la que enfrenta las debilidades en cuanto a sistema dominante que puede acarrearle su naturaleza actual –centralizadora, parasitaria, creadora de miseria y depredadora– y los avances extraordinarios que durante el pasado siglo multiplicaron las capacidades de los seres humanos y las colectividades para pretender bienestar, derechos, igualdad, convivencia, respeto de las diversidades, justicia, paz, control y participación popular en el gobierno, autodeterminación de los pueblos y naciones que fueron colonizados. Esa guerra cultural consiste en

una gigantesca operación de prevención de las rebeliones, que a la vez trata de ocultar y suplir la incapacidad creciente del sistema para satisfacer las necesidades perentorias de miles de millones y las aspiraciones de sectores modestos o medios, para mantener libertades y prácticas democráticas, auspiciar las iniciativas económicas, reconocer a las naciones y tolerar sus espacios propios. Se utilizan los más poderosos instrumentos y colosales recursos para controlar de manera totalitaria y eficaz la información que es consumida, la formación de opinión pública, e incluso emociones, gustos y deseos. El objetivo es homogeneizar las ideas y los sentimientos de todos –de los incluidos de algún modo en el sistema, y de los excluidos también–, se-

gún patrones generales que garanticen su encuadramiento dentro de una cultura del miedo, la indiferencia, la fragmentación y la resignación. Se ejerce así una terrible y cotidiana violencia, aunque disimulada, contra los individuos, los diversos grupos y las naciones.⁹

Entre otros empeños, la guerra cultural combina la demonización y el olvido de los combates, las experiencias y las ideas de liberación y socialismo del siglo XX. Ella ha sacado gran provecho a la profunda debilidad de las luchas de clases y de liberación nacional que es característica de la etapa. Su objetivo es despojar a los pueblos de la inmensa riqueza cultural que aquellas prácticas y pensamientos dejaron, porque sabe que constituyen un potencial subversivo muy peligroso y una fuente invaluable de proyectos y de autoconfianza, hoy que el sistema de dominación ha abandonado las antiguas promesas de la “modernidad”, y hasta las ideas de progreso y desarrollo.

El proceso latinoamericano de los últimos veinte años ha sido presidido por las democratizaciones de los sistemas políticos y por un desastre escandaloso de la situación social de las mayorías. El neoliberalismo como política económica y como ideología dominante consumió el retroceso de las formaciones económicas y los Estados nacionales, el colosal deterioro de las sociedades y el entreguismo al imperialismo. Las instituciones y servicios que existen para servir o representar a la ciudadanía, las conquistas obtenidas a lo largo de muchas décadas, cayeron o se debilitaron al extremo. El poder quedó en manos de los órganos del gran capital transnacional y parasitario, y de funcionarios no sometidos a controles populares ni legales. El cuadro de desgracias puede engrosarse con la catástrofe urbana, la gigantesca delincuencia común –cara violenta de la miseria y la desesperanza para los humildes, lugar de enormes ganancias y de crimen y autoritarismo vestido de combate por la “seguridad” para los poderosos–, el imperio del narcotráfico que corroe las sociedades y la política, y la corrupción rampante.

Por otra parte, se establecieron un estado de derecho e instituciones políticas que resultan muy positivas si se las compara con la etapa anterior, y como espacios en los que encuentran cabida actividades ciudadanas y populares, individuales y de movimientos sociales. El sistema político y la alternancia electoral fueron concebidos como teatro de una convivencia pública más bien pacífica y regida por los negocios y los fastos de la misma política previa, con algunos afeites nuevos. Ellos no debían trascender jamás las reglas del sistema, ni dar paso al control ciudadano sobre sus representantes o a equilibrios de poderes. La miseria y la disgregación social ayudan al modo de dominación, porque minan las iniciativas, las organizaciones y los liderazgos populares, y facilitan el desmontaje de los órganos de presión, negociación y confrontación.

tación de la sociedad, la cooptación, el clientelismo y el asistencialismo. En nombre de esa nueva etapa se exaltó la democracia como un valor abstracto y supremo que permite ser ciego ante la entrega del país, la indigencia de millones de personas y la profunda inmoralidad del sistema, promover la desmovilización social y anatematizar la violencia en abstracto en medio de un mar de violencias. Es decir, la democracia como el calmante político para ocultar, paliar o acostumbrarse a sufrir tantos males.

Los regímenes de dominación democrática no resolvieron ninguno de los problemas fundamentales del continente, ni lo defendieron frente a sus poderosos extorsionadores y saqueadores externos y sus voraces cómplices nacionales. Tampoco dieron ejemplos notables de transformación de las formas de gobierno en instrumentos de servicio público, ni de relacionar la política con la ética. Los “apellidos” adjudicados por muchos analistas a esas democracias aluden a sus graves limitaciones y su inevitable crisis crónica, entre las exigencias de la gente de que cumplan sus promesas –o al menos sus reglas–, y la persistencia de los poderosos en seguir utilizando la democracia para conseguir gobernabilidad y manipular a la población, pero sin permitirle desarrollar sus potencialidades ni aliviar la situación social.

La política se ha regido por la convicción o la creencia de que no es posible suprimir el yugo que determina el desastre social, y eso la lleva a tener muy poca relación con la vida cotidiana y los problemas reales de las mayorías. La miseria ha sido un tema ajeno a la política práctica, incluida la de organizaciones que se reclaman o son de orientación popular. La complicidad o la debilidad de los poderes de cada país ante la dominación externa, su incapacidad de mantener políticas sociales, servicios y bases políticas estables, su imagen ajena a la soberanía y los intereses nacionales, sabotearon la reformulación de la hegemonía burguesa, que es indispensable para estabilizar la nueva fase de la dominación. El predominio de elementos de la cultura del Primer Mundo en los modelos de vida y en la ideología política, criaturas de los centros del sistema y de su guerra cultural, completa la ruina de la reformulación de hegemonías burguesas nacionales.

La dominación democrática es la ropa que visten el autoritarismo del lucro y la dictadura del gran capital –colocados sobre la ley, el gobierno y la soberanía–; ella disculpa sus flaquezas invocando una fatalidad que tendría origen externo: la supuesta subordinación inexorable de todos a las llamadas leyes de la economía. El posible éxito de cada país –como el de las personas– reside en someterse a esas “leyes”, y el éxito es la categoría privilegiada. Su antítesis es “fracasar”, otra palabra clave de la neolengua que pretende imponerse. Se estrecha así cada vez más el campo de la autonomía nacional para la mayor parte de los países. En realidad está en curso un proceso de recoloniza-

ción del mundo, que hace retroceder incluso a las relaciones neocoloniales “ortodoxas” desarrolladas en el curso del siglo pasado, y está vaciando de contenido a la forma democrática de dominación. Ese sería el final de dos pilares principales del equilibrio y el consenso del capitalismo de la segunda mitad del siglo XX.

La internacionalización de la dirección de los procesos y de los medios del control social –que alcanza una notable efectividad– es sin duda algo muy grave para los países de la América Latina, y parece comprometer el destino de la región durante un plazo impredecible. Sin embargo, otra vez como en 1791-1824, como entre 1959 y los años setenta y ochenta, la historia y las realidades del continente no se reducen a las colonizaciones y al dominio capitalista. Las revoluciones verdaderas siempre dejan una herencia invaluable y adelantan los puntos de partida de los que vienen después. Hoy existe en la América Latina y el Caribe una cultura política incomparablemente superior a la de hace medio siglo. Ante el debilitamiento de los poderes que dieron continuidad al sistema de dominación, esa cultura puede brindar bases a la constitución y el desarrollo de fuerzas independientes, que combatan por cambios sociales a favor de los oprimidos, por soberanía nacional y popular, y por cambios de sistema.

III

Hace apenas veinte años –aún sin completarse el proceso continental que han llamado de democratización– ya se lloraba la “década perdida” para la economía de la región y moría la esperanza hueca expresada en la consigna del “desarrollo con equidad”. Pero numerosos movimientos populares crecían y se enfrentaban a la desmovilización que les estaban imponiendo los políticos “democráticos”. Las protestas sociales nunca cesaron, aunque con baja efectividad, y se levantaron algunos partidos de raíz y base popular que, sin embargo, no lograban alterar la esencia del sistema. Cuesta arriba de las ideologías de la derrota y del neoliberalismo, del posibilismo político, la desesperanza y la cooptación, el campo popular persistió y resistió durante los duros años noventa. A veces estallaron abiertas rebeldías, como en 1994 la del EZLN en Chiapas, que renovó la esperanza en el papel de la revolución; sus protagonistas son descendientes de los pueblos originarios de América. Cuando el motín del pueblo de Caracas fue reprimido con un baño de sangre en febrero de 1989, nadie preveía que en la década siguiente las protestas populares pondrían en crisis el sistema político y que el movimiento bolivariano asumiría una vía cívica que llevó a su líder, Hugo Chávez Frías, a ganar la presidencia en 1998.

Cada año del nuevo siglo ha ofrecido pruebas del vigor de la protesta contra la entrega de los recursos naturales

y el mal gobierno, como sucedió en Argentina en diciembre del 2001. En Venezuela, Hugo Chávez ha ganado ampliamente diez consultas electorales, pero también tuvo el pueblo que ganar una prueba de fuerza decisiva frente al golpe de la reacción, en abril del 2002. El triunfo electoral en Bolivia de un líder social, el aymara Evo Morales, en diciembre del 2005, fue posible porque el pueblo humilde estaba en pie de lucha desde el 2000 y había protagonizado la insurrección de octubre del 2003. Desde un punto de partida muy difícil, Bolivia avanza en la defensa y el rescate de sus recursos y de su propio pueblo, moviliza recursos a favor de los niños y ancianos y se da una nueva Constitución, escrita “por quienes han sido despojados de sus terrenos, de sus costumbres y de su cultura”, en la que al fin se plasman los derechos de todos. No es necesario para este tema entrar en detalles, pero sí afirmar que lo decisivo en los casos de Venezuela y Bolivia es la constitución de poderes populares, comprometidos sólo con sus pueblos y con la soberanía nacional. Cada uno en su circunstancia, brindan ejemplo y esperanza, y han inaugurado una nueva etapa del continente, en la que se extiende la confianza en que es posible enterrar el neoliberalismo y plantear metas ambiciosas de autonomía o de liberación.

El gobierno venezolano que preside Chávez ha respetado las reglas del juego institucional —el sistema político electoral diseñado para sofocar dentro de su cauce todo intento de cambio radical—, pero ha emprendido un proceso de justicia social y de transformaciones tan extraordinario que con todo derecho se denomina revolución. La política exterior de la revolución bolivariana ha favorecido cambios muy profundos en la situación de numerosos países de la América Latina y el Caribe, en cuanto a satisfacer sus necesidades energéticas, fortalecer su autonomía económica y política, y dar pasos a favor del bienestar de sus pueblos. A escala mundial, Venezuela se ha convertido en un actor completamente independiente de los Estados Unidos e importante por los vínculos que teje y la influencia que ejerce; está contribuyendo a una elaboración de nexos económicos y políticos que pueden reducir progresivamente el poder omnímodo mundial que pretende mantener el imperialismo norteamericano. El mapa económico del orbe se vuelve más complejo y diverso, variable que tiene un peso muy notable para cualquier proyecto de integración latinoamericana.

Las relaciones económicas entre Cuba y Venezuela han dado un salto gigantesco en un plazo muy breve, y siguen profundizándose. El petróleo y sus derivados de Venezuela, el personal de salud y equipamiento de esa rama de Cuba, son cruciales para ambos países, pero los intercambios y las inversiones conjuntas en numerosos campos crecen sin cesar. Sin embargo, la relación cubano-venezolana no está basada en la magnitud y el dinamismo

de los negocios, sino en una voluntad política que rige lazos y acuerdos fraternales, y en la estrategia de poner el bienestar y el ejercicio de los derechos de sus pueblos por encima de las consideraciones de ganancia e interés. El pasado 15 de octubre, Chávez avanzó ideas acerca de la formación de una confederación entre ambos países.¹⁰ De este modo, dos países de la región avanzan decididamente en su integración, con grandes beneficios palpables, y le brindan al continente el ejemplo de que ella es factible, si los que emprenden ese camino son realmente soberanos y dueños de sus recursos y sus proyectos.

Desde 1960 se han establecido mercados comunes latinoamericanos, pero sus acuerdos y prácticas no obtuvieron resultados relevantes para el desarrollo de los miembros ni para una futura integración de la región, y han estado sujetos a grandes dificultades y duras críticas. En diciembre del 2004, Venezuela y Cuba acordaron integrarse en la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América. Bolivia se integró al ALBA en La Habana, el 29 de abril del 2006, y le aportó su noción de Tratados de Comercio de los Pueblos.¹¹ ALBA no es un resultado de aquella historia de mercados comunes, porque tiene puntos de partida y contenidos muy diferentes; en realidad, es también una alternativa frente a ellos. Además de sus realidades concretas, ALBA implica una nueva posición definida respecto a la integración continental. El rasgo común fundamental de los fundadores de ALBA, en mi opinión, es su forma de gobierno: son poderes populares. El más antiguo, el cubano, proviene de una revolución socialista de liberación nacional; Venezuela y Bolivia, de los triunfos electorales de líderes populares. En enero del 2007, el recién electo gobierno de Nicaragua que preside Daniel Ortega obtuvo el ingreso de ese país en ALBA. En abril, Ecuador y Haití firmaron acuerdos en Venezuela que los aproximaron al ALBA. En esos días de la V Cumbre de ALBA y la primera Cumbre Energética Sudamericana se evidenció la formación de nexos entre países y grupos autónomos respecto a los centros del imperialismo en ese campo tan vital, como ha sido en el de las finanzas con la constitución del Banco del Sur, el 9 de diciembre.

El caso de Ecuador me permite volver sobre la fuerza de los movimientos populares, fundamental para el impulso de las resistencias y los cambios en el continente. Si llega a formarse un bloque de movimientos y poderes populares, la alternativa revolucionaria al dominio imperialista y a los poderes burgueses neocolonizados podrá triunfar. Quince años de “levantamientos” indígenas en el Ecuador, desde 1990, les dieron alta conciencia y niveles organizativos a esta masa principal de su población y derribaron tres gobiernos, aunque no consiguieron cambios significativos en el sistema de dominación. Este clima favoreció el triunfo electoral del independiente Rafael Correa. El gobierno iniciado en enero del 2007 desplazó a

los grupos políticos tradicionales e inició un régimen que impulsa cambios sociales y políticos notables y una independencia efectiva del país.¹² Correa tiene lazos fraternales con la revolución bolivariana, y ambos países firmaron un convenio de integración energética.

Menciono sucintamente el papel de Cuba en este esfuerzo por un nuevo tipo de integración. Ante todo, los ejemplos a los que me referí arriba, a los que se sumaron su resistencia a rendirse durante la formidable crisis del inicio de los años noventa —que parecía a muchos una tozudez inadmisibile—, y su capacidad de enfrentarla sin apelar a recetas neoliberales, sacrificar a su propio pueblo y menguar su soberanía nacional. La resistencia de Cuba socialista rinde nuevos frutos en estos últimos años de ofensiva latinoamericana y caribeña. Sus acciones de servicio y apoyo a necesidades humanas básicas de millones de desposeídos son una expresión práctica, concreta, de que otras relaciones sociales y distribución del bienestar son posibles si se tiene una conciencia y un poder socialistas.¹³ La unión del prestigio singular de la revolución cubana, la solidaridad y los nexos íntimos espirituales que sostiene con innumerables fuerzas sociales y activistas de la región, las relaciones estatales que ha sabido tejer, su política de principios y su enorme flexibilidad táctica, sus capacidades reales de intervención y mediación, constituyen factores muy importantes para los nuevos procesos integracionistas de la región.

ALBA es ya un nuevo polo latinoamericano que avanza, porque tiene una identidad muy definida y expresa voluntades políticas que están proponiendo una alternativa de integración continental basada en el beneficio de los pueblos y la soberanía nacional sobre los recursos y sobre el proyecto de vida de cada país. Cuenta con recursos y fuerzas propios y los está utilizando de una manera que resulta escandalosa: sin afán de lucro, sin tener como motores la búsqueda de mayores ganancias, la ventaja sobre otros y los privilegios. Obviamente, su mera existencia significa un desafío abierto al dominio imperialista de los Estados Unidos, que utiliza contra los países miembros todas las formas de agresión o socavamiento que están a su alcance, y presiona o amenaza a los que se acercan al ALBA. Los hechos y la historia de una verdadera integración de los países de este continente nunca podrán reducirse a la dimensión económica, y durante una etapa que puede ser prolongada sus principales dilemas y batallas siempre tendrán aspectos no económicos, que pueden ser, sin embargo, decisivos.

En la América Latina ha crecido el rechazo masivo a las políticas neoliberales y la capacidad de comprender que ellas son también un instrumento ideológico de la dominación; el comportamiento cívico de millones, en las movilizaciones y protestas, y a la hora de votar, evidencia ese avance. Cierta número de Estados de la región se han

alejado del FMI y muy pocos se permiten invocarlo, aunque lo cierto es que un buen número sigue aplicando las políticas que esa institución y el Banco Mundial preconizaron e impusieron. La lucha exitosa contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que trataron de crear los Estados Unidos entre 1994 y el 2005, reunió a participantes disímiles, desde Estados fuertes que reivindicaban su espacio hasta movimientos populares antimperialistas.¹⁴ Vuelve a ganar terreno la conciencia que identifica el carácter internacional del sistema capitalista de dominación, ahora con la ventaja de un nivel masivo de cultura política que hace cuatro décadas no existía. Aumenta también la convicción de que contra el desastre permanente que implica el sistema para las mayorías, la resistencia y la viabilidad de los cambios imprescindibles necesitan coordinaciones internacionales.

En esta coyuntura, cierto número de Estados participa en coordinaciones latinoamericanas que buscan nexos que les sean beneficiosos y autonomía respecto a los centros del capitalismo mundial; al mismo tiempo, numerosos gobiernos tienen más en cuenta que los pueblos cada vez toleran menos las democracias de entreguismo, negocios sucios y miseria generalizada. Surgen también situaciones en las cuales ciertos intereses burgueses del propio país se fortalecen y encuentran vehículos políticos y consensos amplios, utilizan los mecanismos gubernativos y enfrentan urgencias de una parte de los sectores más desposeídos. Como sucede en los eventos que después serán históricos, en la época que comienza se está levantando una concurrencia de fuerzas diferentes, a quienes unen necesidades, enemigos comunes y factores estratégicos que van más allá de sus identidades, demandas y proyectos.

Quizás haya hoy todavía más optimismo que logros, pero eso no es perjudicial. Después de décadas de matanzas, represiones, derrotas, engaños, indefensión y pesimismo, en las que se intentó hacer permanente la sujeción de las mentes y los sentimientos al dominio del capitalismo en la vida cotidiana y la vida ciudadana, mientras se sufría en los hechos al capitalismo más brutal y mezquino, hoy millones sienten que es posible luchar otra vez por la vida y el futuro en América, y se ponen en marcha. Una internacional de voluntades está convocando al pasado, el presente y el futuro. El alcance, las victorias y la permanencia de los procesos de cambio dependerán en última instancia de la calidad de las luchas de los movimientos populares organizados y concientes.

El momento es incierto, y prefiero referirme a él mediante algunas preguntas. En la coyuntura presente, ¿los Estados Unidos tendrán que enfrentar una fuerte recesión y la Administración postBush se verá obligada a una política de moderación y negociación en la América Latina? ¿Predominará una variante diferente, en la que la agresividad imperialista contra Venezuela —o algún otro país—



arrecie, con ayuda de peones de la región y se cree una situación de confrontación violenta? Pero me parece más útil en un texto como este ir a un plano más general de formulación de problemas, como serían los siguientes:

¿Se levantarán en la América Latina y el Caribe nacionalismos enfrentados al imperialismo, capaces de formar gobiernos y bloques sociales fuertes, de ganar legitimidad por sus actos y encontrar fuerza en la memoria y la cultura de rebeldía, de expresarse a través de políticas, acciones e ideologías en las que participen las colectividades? ¿Serán capaces esos nacionalismos de comprender la necesidad de establecer coordinaciones internacionales ant imperialistas como una forma central de ser factibles, de poder luchar, triunfar, mantenerse y avanzar? Si eso sucede, ¿qué predominaría, los intereses de sectores minoritarios pero con influencia decisiva en la economía y las instituciones, y hegemónicos en la sociedad, o los intereses de la sociedad, a través de las movilizaciones, la concientización y las organizaciones populares opuestas al imperialismo y los sistemas de dominación? ¿O será que en la situación actual una o la otra opción sólo puede salir adelante coordinándose, o inclusive uniéndose? Pero, ¿es posible que sostengan ese tipo de relaciones, o una opción deberá gobernar a la otra?

Me sitúo ante estos problemas desde mi compromiso con los movimientos populares y sus ideas, y con el socialismo como el horizonte de liberación factible. Ante todo, constato que la causa principal actual de las resistencias y las movilizaciones populares es la injusticia social, más que la cuestión nacional. Quizás la primera ne-

cesidad a resolver para avanzar hacia una integración sea unir ambas culturas de rebeldía, la nacional y la social, en causas que se pongan al servicio de las necesidades y los anhelos de los pueblos. Esa tarea es sumamente difícil, y exigirá a las diversas vertientes —entre otras cosas— superar historias y prejuicios que las separan y hacer análisis muy críticos de los propios proyectos, de las organizaciones, los métodos, el alcance que se da a los objetivos, los lenguajes. Habrá que aprender bien en qué consiste el “rescate” de lo nacional, y qué demandas y creaciones resultan imprescindibles en materia de justicia social. Pero serán las prácticas lo decisivo, y como le sucede a todo el que entra en política en tiempos cruciales, las cuestiones trascendentales del poder y de la organización aparecerán en toda su centralidad. Y pronto se abrirá paso una exigencia del proceso: se trata de hacer realmente una nueva política —no de decirlo—, que deberá ser no solamente opuesta sino muy diferente a la política que hacen los que dominan.

Para lograr la integración latinoamericana necesitamos asumir objetivos radicales y emplear medios eficaces, porque habrá que crear nuevas realidades que hoy no parecen posibles, pero que ya muchos soñamos. Como hace doscientos años, no serán las formulaciones y proyectos previos de “alternativas” económicas los que abran las puertas de las transformaciones necesarias, esas que después de suceder son consideradas asombrosas. El largo camino recorrido y los combates, experiencias, sentimientos e ideas atesorados están a nuestro favor. Hoy tenemos una acumulación cultural y una situación incompa-

rablemente más favorable para emprender el camino de la liberación americana que las existentes en aquella primera época histórica, en aquel 1810 en que un cura insurrecto se proclamó “General de los ejércitos de América” y un pueblo enardecido forzó a un cabildo abierto a nombrar nuevas autoridades. Sólo después que estaban embarcados en ellas se dieron cuenta de que lo que hacían eran revoluciones, y que su única opción era profundizarlas. Opino que ahora son no solamente posibles, sino obli-

gatorios, trabajos gigantescos y profundas transformaciones sociales y humanas, de las cosas y de las personas que protagonizarán los cambios. Sólo así resultará pensable, y al cabo viable y realizable, algo que parece tan poco realista como una integración que sea realmente latinoamericana, una unión de pueblos que sirva realmente a los pueblos del continente.

La Habana, febrero del 2008.

Notas:

1 Al final de su cuarta carta de relación, el 15 de octubre de ese año. En Hernán Cortés: *Cartas de relación de la conquista de México*, Espasa-Calpe S.A., Madrid, p. 228.

2 Ver *Manifiesto comunista*, cap. 1. O en *El capital*, tomo I, cap. 8, acap. 5; cap. 13, acap. 9; cap. 24, acap. 6, que cierra con la famosa sentencia: “el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza”.

3 “La dominación social promueve, desalienta, oculta, discierne, dispone el orden de muchos de los elementos de la cultura nacional, ayuda a famas y decreta olvidos. La nación ya plasmada implica –igual que una economía ‘nacional’ y un Estado-nación– una cultura dominante dentro de la pluralidad cultural, que subordina de maneras sutiles o no a las demás formas culturales existentes en lo que afecte a su dominación, como hacen el Estado y la economía nacionales con la diversidad social y las economías domésticas y de los grupos sociales. Además, aunque lo permanente es rasgo dominante en este tema, cada nación tiene historia, cambian elementos de lo nacional en el decurso histórico, y los valores que se les da.” F. Martínez: “En el horno de los 90. Identidad y sociedad en la Cuba actual”, en *El corrimiento hacia el rojo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001, p. 70.

4 Ver Salvador E. Morales: *Primera Conferencia Panamericana: raíces del modelo hegemónico de integración*, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, México DF, 1994, pp. 22-38. También Edmund Jan Osmańczyk: *Enciclopedia mundial de relaciones internacionales y Naciones Unidas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1976, p. 853.

5 Ver sobre todo *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de 1928.

6 S. E. Morales: op. cit.

7 Ver E. J. Osmańczyk: op. cit., pp. 1107-1108.

8 “El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político... Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios.” José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. VI, p. 160.

9 F. Martínez: “Medios, cultura y resistencia”, conferencia en el IV Foro Social Mundial, en Mumbai, enero del 2004. En *La Jiribilla de Papel*, no. 18, Instituto Cubano del Libro, La Habana, febrero del 2004. Una versión revisada apareció en *Cine Cubano*, no. 160-161, La Habana, abril/sept. del 2006, pp. 88-94.

10 “Nosotros ahora deberíamos mirar más allá, Cuba y Venezuela perfectamente pudiéramos conformar en un futuro próximo una confederación de repúblicas, una confederación, dos repúblicas en una, dos países en uno.”

11 Los Tratados de Comercio de los Pueblos (TCP) son instrumentos de intercambio solidario y complementario entre los países destinados a beneficiar a los pueblos, en contraposición a los Tratados de Libre Comercio, que persiguen incrementar el poder y el dominio de las transnacionales.

12 En su discurso inaugural de enero del 2007, Correa llamó a acabar con “el sistema perverso que ha destruido nuestra democracia, nuestra economía y nuestra sociedad”, y a fundar “un nuevo socialismo del siglo XXI”.

13 Un ejemplo señero es el despliegue de acciones solidarias y de colaboración en el campo de la salud, en noventa y siete países, con cuarentiseis mil cubanos en el exterior, de ellos treintiseis mil médicos, formación de jóvenes de los países necesitados como médicos, en Cuba y en planteles extranjeros en los que Cuba participa, brigadas que acuden ante desastres naturales y epidemias, equipamiento de salud, asesorías. En la América Latina y el Caribe está el esfuerzo mayor, y dentro de ella en Venezuela, que está realizando la más amplia y dinámica expansión de los servicios de salud del continente; ningún país desarrollado realiza tareas como esta, y es muy difícil que pudiera realizarlas. En la Escuela Latinoamericana de Medicina de Cuba (ELAM), que provee formación gratuita, se han graduado casi cinco mil jóvenes de la región. La Operación Milagro es un empeño conjunto de Cuba y Venezuela. Cirujanos cubanos ya le ha devuelto la visión a un millón de personas de treinta y un países, y Cuba ha donado treinta y siete centros de cirugía oftalmológica a ocho países.

14 Una información sintética completa sobre el ALCA en *Enciclopedia contemporánea de América Latina e do Caribe*, Laboratorio de Políticas Públicas de UEJR / Boitempo Editorial, Sao Paulo, 2006, pp. 63-64.

El Silvio Rodríguez que yo quiero tener siempre conmigo*

La dedicatoria de este libro me dejó el sabor de nuestra juventud y aquel primer encuentro de amistad que ya cumple cuarentitrés años. En la kashba, es decir, nuestros barrios de San Leopoldo y Los Sitios, las cosas siguen siendo como los boleros de antaño y aún en Gervasio una mujer tiene una peluquería. Al doblar Silvio y yo por San Miguel, un hombre todavía nos mira y nos hace pasar a un recinto de aserrín y madera. También viene María, vestida de uniforme escolar y melancólica, lejana al bullicio y la atmósfera de las calles. Todo está en este libro, incluida la ausencia y los que quedaron en el camino, nostalgia de nosotros, vértigo del tiempo. Están aquellas mujeres prohibidas y sus horas de hombres indecisos, está la casa de Teté¹ y su deseo de fundar territorios de amor, la de Pancho el cojo, sin muebles, con un piso igual para aquellos que escuchaban los textos y la música que hoy son un libro. Está la casa de Argelia, como un templo, y aquella mirada que ya sabía cuál iba a ser nuestro destino. Está también, entre las casas, la de 23, privilegio compartido, albergue de todo el que no tuvo un lugar donde amar, crear y vivir. Han quedado atrás los días del espacio encima de la cocina, donde sólo cabían la cama y la guitarra, las incomprensiones, la sensación de apestando que no se deja morir, las canciones contestatarias y la lucha contra los dueños del poder burocrático (aún persistentes): “los delimitadores de la primavera”.²

Ha pasado el tiempo. Un barco de pescadores sobre el Atlántico le cura la enfermedad isleña y le regala una flor hecha de sangre. En el tiempo están Haydée, madre y maestra, y su casa, la de las Américas, donde los nuevos profetas respiran el aire continental y el verdadero de la Revolución, los amigos que experimentaban en grupo en el ICAIC de Alfredo Guevara y los músicos sabios:

Brouwer, Smith, Elósegui, Acosta, Vitier,³ que lo eran sobre todo porque entendían el arte como un acto de creación único y no separaban lo que aquellos creadores populares hacían de lo que en su momento hubiera hecho Mozart.

Habían quedado atrás los días de Coppelia⁴ y aquel grupo generoso de muchachos enamorados, poetas y escritores reunidos en la “Catedral del helado” de L y 23, donde Silvio tomó en serio la literatura. Los días del “traje que vestí mañana”,⁵ de “por oírte orinar, en la oscuridad, en el fondo de la casa”⁶ y de “el pasado subía como tus dulces pechos y eran las seis de la dulzura con un violento olvido”,⁷ también aquello de que “una cosa es el amor y otra la cerveza”.⁸

Pablo Armando Fernández ha dicho con certeza que la generación poética surgida con el triunfo de la Revolución, a diferencia de otras, aprendió de la poesía latinoamericana y creo que es así en lo fundamental, en su arranque inicial y sus mejores influencias, pero vale la pena decir que aunque en sus primeros momentos no tenía la distancia necesaria para apreciar mejor los aportes de la Generación del 50, se impresionó con sus hallazgos y se dejó influir, particularmente, por la obra de Roberto Fernández Retamar y Fayad Jamís, a quienes a veces oponían. Lo mismo sucedió con Tallet, un suceso de verdadero redescubrimiento.

Otro aspecto del mismo asunto es que esa generación literaria en la que Silvio se insertó tenía, sobre todo, una formación política. Cantaron, criticaron a la Revolución y a más de un personaje, pero sobre todo participaban, leían, debatían y tenían una historia de luchas que había comenzado el primero de enero del 59. Hoy todos no estamos en el mismo lado de la carretera, pero Silvio ha sido lúcido no sólo en su peregrinaje poético, también en

* Palabras de presentación de *Cancionero*, de Silvio Rodríguez, en la Feria del Libro, el 16 de febrero del 2009.

su compromiso con el pueblo que es su público, y eso se llama coherencia.

La poesía de Silvio no se parece a la de ninguno de los poetas que conoció y con los que hizo una fuerte amistad. No se ha ceñido a una forma concreta o estructura determinada. La elaboración estética de la palabra y su certidumbre en el discurso vienen del tema que trata, al menos así yo lo entiendo. Conoce muy bien a los clásicos españoles, la poesía francesa y anglosajona, pero dedica buena parte de su oído al folklor de Nuestra América y al de origen afroespañol (aunque algunos no lo descubran). Se ha hablado de la influencia de Vallejo en su obra, pero también hay otras, en la misma Latinoamérica, menos visibles. En Silvio lo intimista y lo erótico se funden en el poema épico, otras veces se divorcian, depende de sus propósitos, porque tiene un estilo que lo separa de sus propias influencias.

Silvio, en la música, viene de muchas partes. El rock que no es sólo el anglosajón, sino el que oyó a algunos compositores e intérpretes cubanos en los finales de los cincuenta y principios de los sesenta; la canción cubana y el filin, que aprendió de los fundadores; la danza cubana de origen francés; la trova tradicional y particularmente Sindo Garay, también Corona; los aires del barroco; la experimentación de los Beatles en su música más de vanguardia y muchas otras que se me escapaban. Es un precursor que lentamente entró en la gran corriente de la canción cubana.

Si se tiene en cuenta que era difícil llevar la canción cubana a estadios superiores en el momento en que surge Silvio, se le debe considerar, al lado de Pablo Milanés, con quien comparte el trono, en un precursor-continuador de algo que parecía terminado. Es un excelente intérprete, se atreve a cantar canciones de Maria Greever, pero sobre todo lo es porque no tiene voz. Antes, hace ya muchos años, todavía gritaba. Ya no lo hace, ha aprendido a cantar. Es capaz de colocar la voz como lo desea y de acompañar con segundo o falsete lo mismo a Pablo que a Aute. Canta solo o con orquesta sinfónica, algo que no todos pueden hacer. Su guitarra le debe mucho a las enseñanzas de Leo Brouwer, el genial músico cubano, pero su mano derecha, para mí virtuosa, se la oigo desde que lo conocí.

Valdría la pena agregar que su obra tiene el valor de enriquecer los sentimientos del ser humano, sueña con el ser humano y sus grandes reclamos del futuro. Esa proyección la mantendrá intacta en el tiempo como poesía o como música, que es lo mismo.

Se justificaría el movimiento comenzado por Silvio, Pablito y Nicola en aquel memorable concierto en Casa de las Américas, no sólo por todo lo que aportó y la revolución que provocó en los textos y la experimentación musical de la canción cubana, que como he dicho ya tenía su gloria bien ganada, sino por las nuevas generacio-

nes de compositores e intérpretes que produjo y sigue produciendo. Esa crónica de la sociedad cubana revolucionaria en tiempos y miradas diferentes se les debe a ellos, y a las excelencias estéticas que hoy admiran públicos de todas partes del mundo habrá que sumar el hecho de la vida registrada con vocación trovadoresca, porque no se podrá hacer historia en el futuro sin tener sus obras en cuenta.

Faltan nombres aquí de insistentes trovadores (porque eso de cantautor “me suena hueco”)⁹ que deben acompañar a Silvio en el día de su libro: Vicente Feliú, Lázaro García, Sara González, Augusto Blanca, Eduardo Ramos, amigos de la canción y de la vida, marinos de la misma tormenta, fundadores de la misma angustia fecunda en la que nos hemos puesto viejos. Porque este libro, dedicado a los cubanos, tiene la rara virtud de incluirnos a todos sin que el tiempo, cobrando en la dimensión de la memoria, excluya a nadie, absolutamente a nadie.

El hecho de que Silvio haya escogido mi pequeña voz para presentar esta obra, habiendo tantas altas voces que lo hubieran hecho muy gustosamente, me permite hacer una anécdota.

Una vez estaba en cama, en casa de un amigo común, enfermo de asma, y Silvio apareció con la guitarra. El quería que me pusiera bien, yo lo sentía, y entonces me pidió que escuchara una canción nueva, que quería mi opinión. La cantó y le dije que esa pieza no sólo la iba a repetir todo el mundo, sino que iba a quedar para siempre. El me dijo: “no jodas”. La canción se llama “La era está pariendo un corazón”. El Silvio Rodríguez que yo quiero tener siempre conmigo no es el que compuso “La era está pariendo un corazón”, sino el que fue a curarme el asma.

Muchas gracias.

Notas:

- 1 Teté Vergara.
- 2 Silvio Rodríguez: “Resumen de noticias”.
- 3 Leo Brouwer, Federico Smith, Juan Elósegui, Leonardo Acosta, Sergio Vitier.
- 4 Heladería Coppelia en 23 y L, lugar donde se reunía la peña de poetas, escritores, estudiantes y profesores a la que se incorporó Silvio. Una parte de sus asistentes firmó el manifiesto “Nos pronunciamos” que dio inicio al grupo del Caimán Barbudo, aludiendo a la revista en el que se había publicado.
- 5 César Vallejo.
- 6 Pablo Neruda.
- 7 Juan Gelman.
- 8 Noé Jitrik.
- 9 Silvio Rodríguez: “Resumen de noticias”.

William Stringfellow, el profeta laico de Norteamérica

William Stringfellow es uno de esos hombres que debimos haber conocido hace rato por estas tierras. Aunque, a decir verdad, tampoco en su propio país es una persona ampliamente citada, fuera de los seminarios y facultades más progresistas. Sin embargo, hoy, poco a poco, se redescubre su figura y se publican numerosos escritos suyos de una actualidad sorprendente. Stringfellow es difícil de encasillar. Fue un teólogo perspicaz sin haber sido un académico; no fue pastor, aunque su sabia elocuencia era solicitada en eventos religiosos en los que era frecuente orador, además de que los temas de sus obras literarias denotan una preocupación pastoral. En el diverso campo de sus investigaciones encontramos estudios de ética y de Biblia y Teología, hasta que optó finalmente por el Derecho como profesión, pero no para hacer dinero con ella, sino para ponerse al servicio de los marginados, con los cuáles echó su suerte, al optar por vivir en el corazón del niuyorkino barrio negro de Harlem.

Tan respetado fue Stringfellow entre los teólogos que en la primera visita que hiciera a los Estados Unidos el prominente erudito Karl Barth, fundador de la neortodoxia, se le dio parte en un coloquio junto a los más destacados teólogos estadounidenses; y fue allí, tras haber escuchado a Stringfellow, cuando Karl Barth pronunció la célebre sentencia: “¡Oigamos a este hombre!” Pienso que tal vez Barth, que ha abogado por la contextualización del mensaje pastoral (lo ha ilustrado con el gesto de tener la Biblia en una mano y el periódico en la otra), encontró en Stringfellow el mejor exponente del tipo de teólogo que anhelaba ver: uno que tuviera buenos fundamentos en la Biblia, pero que estuviera muy consciente de las realidades del acontecer del mundo actual.

Esa característica de habitar en diversos mundos es lo que hace de Stringfellow un hombre inquietante, un profeta de su tiempo. Su condición de laico le permitió gozar de una libertad para reflexionar que brotaba de una vida

de compromiso consecuente y efectivo con los más vulnerables y necesitados de su sociedad. Fue una rara combinación de teólogo y hombre de mundo, de visionario y de fino artesano de la materia prima que sólo la vida cotidiana puede dar.

Su vida

Stringfellow nació en 1929 en el seno de una familia de religiosidad tradicional de la Iglesia Episcopal, en la que fue un fiel practicante y líder juvenil. Durante sus años universitarios fue dirigente de la Federación Universal de Movimientos Estudiantiles Cristianos, lo cual le abrió espacios y le sirvió para entrar en contacto con las corrientes más avanzadas del pensamiento cristiano, especialmente con el francés Jaques Ellul, quien fuera muy influyente en su pensamiento, y con el que mantendría un diálogo a lo largo de su vida. También fue reconocido en los ambientes del Consejo Mundial de Iglesias como un pensador a tomar en cuenta. Precisamente por su clara visión espiritual, su raigambre bíblica y su compromiso eclesial, Stringfellow no rehuyó adentrarse en los más espinosos y polémicos temas de su época. De hecho se convirtió en un crítico muy agudo, en ocasiones lacerante, del *establishment* blanco, sus instituciones, su burocracia y su inmovilismo.

No dudó en tomar partido frente a la guerra de Vietnam, las injusticias económicas y el racismo. Su seriedad en la observación crítica y las opciones más difíciles le permitieron ser catalogado como un personaje inteligente, pero incómodo para los intereses creados. Diríamos hoy que Stringfellow vivió con la libertad de un profeta de Israel y con el arrojo de un Don Quijote. Sin embargo, por encima de su activismo social, son la profundidad de sus meditaciones y su percepción ética lo que lo hacen trascender hasta hoy y convertirse en una voz retadora que, como dijera Barth, hay que oír.

Su experiencia como abogado de los marginados en el barrio de Harlem le permitió experimentar de primera mano el sufrimiento producido por la discriminación solapada y la injusticia social. Muy a su pesar, la diabetes le obligó a trasladarse a una vida más tranquila, de estilo monástico, con su amigo Antonio Towne, al islote de Block Island. Allí estuvo sometido a una disciplina y a tratamientos médicos muy rigurosos. Su dolencia física le acosó en sus últimos años, por lo que tuvo que ser hospitalizado en varias ocasiones.

El asilo que le brindó a su amigo, el sacerdote pacifista Daniel Berrigan, en su propia casa, lo convirtió en blanco de las persecuciones del FBI. La muerte lo sorprendió en 1985, a los cincuentiséis años, tras sufrir las consecuencias de una pertinaz enfermedad y otras complicaciones. Su fallecimiento nos privó de un hombre que vivió intensamente y dejó una riquísima obra bibliográfica de interés para la pastoral, la Psicología, la Teología, la Sociología y el Derecho; pero sobre todo, una obra para los que quieren encontrar un modelo de coherente y fiel discípulo.

Teología biográfica

Quizás lo que hace más atrayente las obras teológico-pastorales de Stringfellow es que en gran parte son tramadas a partir de sus propias experiencias. En ese sentido, se puede hablar de una teología biográfica. Al respecto,

La histórica, encarnada actividad de la Palabra de Dios significa la militancia de la Palabra de Dios, tanto en dimensiones de espacio y tiempo cósmico, y en cada cosa de la vida creada, incluyendo tu personalidad y tu biografía o la mía. Esta es la base de fe cristiana que tan a menudo es desatendida, marginada, omitida o ignorada cuando la teología se expresa solo en términos abstractos, declarativos o académicos. Así yo creo que una biografía (y una historia), cualquier biografía, y toda biografía es inherentemente teológica, en el sentido que ya contiene –literalmente en virtud de la Encarnación– las nuevas del evangelio; aceptémoslo o no, cada uno de nosotros es una parábola...¹

Tanto estas obras como el resto de sus escritos reflejan un espíritu sensible a las situaciones existenciales. Le preocupan los medios para ayudar a sanar el cuerpo y el alma de las personas, cómo ejercer un ministerio efectivo de apoyo y sostén en las crisis. En su obra “Mi pueblo”, se refiere e ilustra el servicio al prójimo de la abogacía y la intercesión, que es el llamamiento que recibe en el bautismo todo laico. En “Segundo nacimiento” es rico en percepciones pastorales acerca del dolor y la sanidad; sería muy útil al pie de cada cama de hospital. Y “Simplicidad” es un lúcido tratado sobre el sufrimiento.

Su teología es empírica, o para usar un término ortodoxo, “encarnacional”. Cuando escribió teología lo hizo a partir de los eventos, tanto personales como históricos que, en sintonía con la más antigua tradición de la iglesia, consiste en un diálogo con su contexto histórico; nunca para satisfacer inquietudes intelectuales de naturaleza especulativas.

Una conversación con un adicto, un caso legal de los derechos civiles, la política en Block Island, la guerra en el Sudeste Asiático o una liturgia para el movimiento de resistencia. Estas cosas están entrelazadas con reflexiones teológicas. Dan la apariencia de estar limitadas a un tiempo. Sin embargo, esta es la naturaleza de la teología en la práctica bíblica. Es evidente que las crónicas de Israel, o los discursos de los profetas, o las cartas de Pablo, o los Evangelios mismos, están ubicadas en el tiempo, y no es posible entenderlos correctamente sin una consideración cuidadosa de su contexto. Son concretos y específicos, manifiestan una intención de respuesta a estas situaciones.

Sin duda, la teología cristiana se ha concentrado en los temas metafísicos, en la interpretación de los dogmas, en el diálogo con la academia, en un incansable esfuerzo por mantener la respetabilidad intelectual que ha olvidado sus raíces históricas en las vivencias de una comunidad de gente sencilla, habitantes de un país varias veces colonizado. Con élites locales muchas veces corruptas al servicio de las potencias extranjeras, sin un liderazgo religioso que defendiera el derecho a la vida y la dignidad humanas.

La singularidad de Jesús es la urgencia de un mensaje en favor de los más vulnerables, que hacía del aquí y el



ahora algo absolutamente inescapable. Fue precisamente este reto presentado en la comunidad judía de Nazareth lo que levantó la primera ola de hostilidad hacia su persona, pues al decir “Hoy se ha cumplido esta palabra delante de ustedes”,² la estaba comprometiendo a tomar posición ante la actualización del mensaje liberador del profeta Isaías.

Pero lo interesante de su llamado es que no sólo enfoca el gran escenario de los eventos públicos y políticos, sino que toma en cuenta la vida cotidiana, sencilla y anónima de la gente humilde. Son ellos precisamente los llamados a protagonizar y vivir una cultura de la solidaridad, el perdón y la esperanza en un mundo nuevo. La práctica de Jesús es incluyente, dignificante y restauradora de todo el tejido social. Sólo a partir de la comunidad que se crea alrededor del ideal del Reino puede aspirarse a cambiar el mundo...

De este modo surge una hermenéutica que retoma los paradigmas de la historia sagrada para convertirlos en instrumentos para interpretar, juzgar y denunciar los eventos del día de hoy. Esto logra hacer la conexión Stringfellow entre la Palabra escrita y la palabra viva de hoy,

Cuando una persona se hace un ser humano maduro, está libre para escuchar y finalmente dar la bienvenida a la Palabra de Dios en la Biblia, y recibe la luz para discernir la misma Palabra de Dios que obra ahora en el mundo, en todos los lugares, tanto en la propia existencia como (¡gracias a Dios!) en la vida de cualquier otra persona. Entonces se establece un ritmo en la vida cristiana que armoniza la intimidad personal con la Palabra de Dios en la Biblia y nuestro involucramiento en la misma Palabra activa en el mundo.³

Esta “palabra activa” es lo que hace sagrada la vida que se desarrolla en los espacios y conflictos peculiares de una época, dándole el sentido de trascendencia a las vivencias cotidianas, con toda su ambigüedad y temporalidad. Esta teología biográfica representa una ruptura epistemológica con los métodos tradicionales establecidos que tienen como su materia prima los discursos oficiales sancionados por las instituciones eclesiásticas, las corrientes filosóficas de moda, los debates académicos y las supuestas verdades abstractas. Indudablemente que esta nueva postura constituye un reto, pero es lo que le vendría a dar oxígeno a la teología, de modo que esta tenga el poder vivificante que la iglesia y el mundo necesitan. Y por supuesto no nos vamos a confundir con un facilismo inmediatista, expuesto a la improvisación y la banalidad. La reflexión madura requerirá del empeño serio que no desconoce la mediación intelectual.

Si algo no puede negarse es que nos encontramos ante un auténtico exponente de lo que hoy conocemos en la América Latina como Lectura Popular de la Biblia, en la

que la vida cotidiana, los acontecimientos, los problemas, las situaciones concretas que confrontan las personas y las comunidades son releídos a la luz de la Palabra, tratando de encontrar un sentido, una relación con esa historia de redención del pasado. Stringfellow mantiene un diálogo permanente entre la realidad de su día y la Palabra de Dios, a la que considera relevante para iluminar la vida actual. No era un fundamentalista que viera en la Biblia un recetario de soluciones acabadas para todos los problemas de la vida moderna. De hecho, entendía que era imprescindible para entender las Escrituras acercarnos al lenguaje y al contexto histórico en que surgieron, constataando las diferencias culturales con el nuestro, pero con la certeza de que en ella encontramos claves valiosas para iluminar nuestro presente.

Teología con discernimiento

Para Stringfellow se requiere de un auténtico espíritu crítico para poder ver más allá de los acontecimientos históricos las huellas del accionar de Dios, así como los retrocesos en el camino. Ojos que sean capaces de percibir un significado en los sucesos mundiales. Para esto propone volver a lo que él llama el don del discernimiento:

El don del discernimiento es básico para el estilo de vida bíblico. El discernimiento tiene que ver con la percepción de lo importante en los sucesos comunes, con descubrir las señales de la salvación en esta era caída. Tiene que ver con la connotación apocalíptica y escatológica de los sucesos de cada día. La de señalar la muerte donde otros ven sólo progreso, y también los indicios de resurrección y esperanza donde otros sólo sienten confusión y desesperanza.

El discernimiento no aguarda por las señales portentosas o milagrosas, sino más bien, es la sensibilidad a la Palabra de Dios que está oculta en toda la creación transfigurando la historia común, mientras permanece absolutamente realista respecto a la pujanza de las obras de la muerte en todo lo que ocurre.

Este don es básico en la obra del profeta. Está por descontado que la profecía sólo se refiere a predecir acontecimientos futuros.⁴

Una mirada al mundo treinta años después de escritas estas palabras, no hace más que confirmar la abrumadora presencia de acontecimientos de dimensión apocalíptica. El calentamiento global que amenaza el equilibrio del planeta, la pandemia del sida en el continente africano, los inacabables conflictos bélicos con ingredientes de terrorismo, las bombas inteligentes, el agotamiento de las fuentes de combustible, la escasez de agua, las hambrunas, la crisis de las llamadas monedas fuertes, en fin, un ascenso

de factores alarmantemente peligrosos, fuera de todo control humano. No es extraño que en la literatura y en la filmografía sea hoy frecuente el lenguaje apocalíptico, y que el sentimiento general de la época sea de inseguridad, evasión hacia una espiritualidad ultramundana o frivolidad.

¿Qué entiende pues, Stringfellow por discernimiento? Una lectura de los hechos que ocurren en el mundo que sea capaz de penetrar más profundamente de lo que las ideologías dominantes quieren hacer ver. Indudablemente que en este planeta globalizado, en que la información está controlada desde centros de poder económico, en que se imponen criterios imperiales sobre el bien último para la sociedad, se requiere de una agudeza y una visión profundas y honestas, comparables a las de los antiguos profetas que fueron capaces de denunciar a aquellos que “a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz”,⁵ según palabras de Isaías. Pensemos solamente en la manipulación que sufren hoy los términos “libertad”, “democracia”, “crecimiento económico”, etc., en el vocabulario de la comunicación mundial.

Por supuesto que se entra en un terreno en disputa. Habrá quien tenga buenos argumentos para tener otra visión de la realidad. Basta constatar cuantos científicos difieren de la versión de las Naciones Unidas en cuanto al tema del calentamiento climático. Pero valdría siempre la pena preguntarse acerca de los intereses que hay detrás de cada propuesta. De todos modos, el mensaje esencial de Stringfellow no nos puede dejar tranquilos ni indiferentes respecto a la necesidad de inquietarnos y tener una mente abierta a la sospecha de las certezas que nos vende el poder dominante. Esto sería tener un buen discernimiento.

Principados y potestades

La observación de la realidad del mundo conduce a Stringfellow a preguntarse si no hay algo más que el resultado de conductas humanas extraviadas, de atávicas tendencias autodestructivas. O si será hora de que pensemos en que hay fuerzas más que humanas que operan con autonomía propia en el escenario mundial. Es esta inquietud la que hace a Stringfellow volver a la fuente bíblica para rescatar algo que había sido despreciado por la mentalidad moderna. Evidentemente, a estas alturas, hablar de “principados y potestades”, “demonios”, “gobernadores de las tinieblas del mundo”, “poderes angélicos”, términos frecuentemente usados en la Biblia se considera en los círculos académicos una imaginería arcaica, sin asidero en el mundo actual.

Ciertamente, no fue Stringfellow el primero que manejó este lenguaje de poderes y principados, que aparece frecuentemente en la Biblia, tratando de darle una relevancia actual. Ya en 1966, Albert van den Heuvel⁶ demos-

tró de manera convincente que, para San Pablo, la obediencia ciega que manifestaban los judíos a la Torah era una forma de sometimiento servil a un “poder” dominante y esclavizador. Para van den Heuvel, esos poderes que actúan sobre la vida humana deben ser confrontados y desafiados por la fe. Actualmente, inspirado en la obra de Stringfellow, el teólogo norteamericano Walter Wink ha trabajado con gran amplitud el tema de los principados y las potestades en una trilogía que se ha convertido en un *best seller*.⁷

El olvido de estas categorías se debe no sólo al rechazo al lenguaje arcaico, sino también al énfasis protestante en que el problema radica exclusivamente en la relación entre el ser humano y Dios. Esto ha originado una ceguera profunda hacia todo lo que no tenga que ver con la religión en términos exclusivamente individuales. Para Stringfellow está claro que “No hay nada [en ello] particularmente misterioso, supersticioso o fantástico, a pesar de la incapacidad contemporánea para analizarlo teológicamente. Lo que la Biblia llama principados y poderes se llama en lenguaje contemporáneo ideologías, instituciones e imágenes”.

Para él estas categorías son parte integrante en la cosmovisión bíblica: las considera no una creación puramente humana, sino parte de los fundamentos con que fueron creadas todas las cosas. Su origen y su propósito se expresan

...en la visión bíblica de la creación, los principados angélicos, juntos con todas las otras formas de vida, son dados por Dios para estar bajo el dominio humano, y son medios a través de los cuales los seres humanos se regocijan en el don de la vida, por el conocimiento y la honra de Dios, que da vida a toda la creación.⁸

Por tanto, no pueden verse sino desde una perspectiva positiva, no hay en ellos nada intrínsecamente malo, fueron creadas para cooperar con la humanidad en el mejor cuidado de toda la creación. Son servidores del bien.

Imágenes, instituciones e ideologías

La primera categoría a la que aplica Stringfellow este concepto es a la que llama imágenes. El primer ejemplo de imagen está asociado a personas que se han convertido en celebridades, a partir de lo cual se crea una imagen pública que sobrevive a la propia persona. Así, pone el ejemplo de Marilyn Monroe, cuya imagen se convierte en símbolo de belleza y sensualidad. No importa que la actriz esté muerta: su imagen sigue viva, ejerciendo su poder para definir lo que es el ideal de belleza femenina. Hay otros nombres que más que imágenes o arquetipos se convierten en banderas de destrucción y muerte. Así, el

nombre de Adolfo Hitler originó una época de racismo y genocidio. Una imagen, pues, puede ser un principado por el poder que ejerce sobre segmentos significativos de la población, unas veces para bien, otras para mal, unas veces para levantar la autoestima, otras el chovinismo.

Pero mucho más importantes que las imágenes son las instituciones:

Los principados institucionales también hacen demandas sobre los seres humanos de compromiso idolátrico, en el sentido de que el principio moral que gobierna las instituciones, las grandes corporaciones, las agencias gubernamentales y las organizaciones eclesiásticas, los sindicatos o la universidad, es su propia sobrevivencia. Todo debe ser sacrificado para preservar la institución, y esto se demanda de cada uno de los que están en su esfera de influencia, sean funcionarios, ejecutivos, empleados, miembros, clientes o estudiantes, que deben ponerse al servicio del fin de la sobrevivencia de la institución.

Hoy puede decirse que estamos en una etapa en que la vida corporativa es decisiva. Las personas individualmente se convierten en seres insignificantes si no están integrados a una empresa, organización o institución. Esta obediencia a los dictados de los intereses corporativos hace que la vida familiar, la vocación, el desarrollo personal y social estén gobernados por el interés de la institución. Y la institución tiene como su meta absoluta su sobrevivencia, no importa cuán humanitaria parezca ser su propuesta. Así se evidencia en el caso de asociaciones religiosas, cuando un miembro de la institución comete una falta y en lugar de realizar un esfuerzo para restaurar al caído, se le inicia un implacable proceso de expulsión, olvidando todos los años que esa persona prestó sus servicios a la misma. Esto es así porque, precisamente, el fin de la institución es su propia sobrevivencia.⁹

Stringfellow no es un anarquista: cree que las instituciones son necesarias para la convivencia social. Sin embargo, no deja de ser muy crítico con ellas, con su incapacidad para frenar el burocratismo y el legalismo que las llega a dominar y, sobre todo, con que se conviertan en metas en sí mismas, olvidando las raíces que les dieron origen. A este respecto, es válido traer a colación lo que los teólogos latinoamericanos dicen cuando se refieren al movimiento de Jesús, caracterizado por ser liberador y creador de comunidades, y en el que el servicio amoroso y el interés en los más débiles eran tan vitales. La evolución posterior produjo una institución autoritaria y jerárquica, que con el tiempo se convirtió en potencia dominadora capaz de suprimir la libertad y los derechos de los demás.

Una tercera categoría de principados lo constituyen las ideologías. Aquí Stringfellow incluye todas las ideologías, tanto las que se expresan en programas y documentos como las que subyacen en el subconsciente colectivo. Tal es el caso de su propio país:

Los norteamericanos están ahora constante, incesante y un tanto vehementemente asaltados por la idea de que la significación moral última de sus vidas individuales está representada y depende de la sobrevivencia de los Estados Unidos y su modo de vida...

Pero esto sólo significa que la sobrevivencia de la nación como tal viene a ser el ídolo, el principal objetivo de lealtad, servicio e idolatría. O para decirlo de manera un poco diferente, las realidades ideológicas históricas en la historia de los Estados Unidos, su sentido del capitalismo y la democracia, son quizás desplazadas por un nacionalismo elemental.¹⁰

La actualidad de este aserto se comprueba cuando consideramos el sentimiento nacionalista que se disparó el 11 de septiembre del 2002, avivando el fuego del militarismo y la guerra. La lucha contra el terrorismo, que supuestamente amenaza la sobrevivencia norteamericana, justifica todas las acciones, demanda toda la lealtad, es la nueva ideología aglutinante y movilizadora.

Significado del estado caído

Esta tendencia necrofílica de los principados y potestades la deriva Stringfellow del relato bíblico de la caída del ser humano de su estado de inocencia primigenia, que arrastró en sus consecuencias al resto de la creación. Todo fue marcado por el signo de la decadencia y muerte: "Así los seres humanos, en su estado caído, hacen ídolos de sí mismos, algunas veces adoran una serpiente y otras criaturas, o los fenómenos naturales, o hacen ídolos de la nación, la ideología, la raza o alguno de los otros principados."

Este trastrocamiento universal hace de la humanidad un ente vulnerable, sometido a poderes que sólo buscan su propio interés. Esta visión, un tanto pesimista, la expresa Stringfellow de la manera siguiente:

Para ponerlo en otras palabras, el dominio que los seres humanos recibieron de Dios sobre el resto de la creación se perdió en la caída y se ha revertido, de modo que ahora los principados ejercen dominio sobre los seres humanos y exigen en sus propios nombres adoración idolátrica de los seres humanos. La gente no crea los principados, no los controla, por el contrario, la gente existe en el mundo en servidumbre con respecto a los principados.¹¹

Así pues, las imágenes o símbolos, las instituciones y las ideologías tienen una esencia destructiva en sí mismas, por cuanto forman parte de un mundo que ha sido trastornado, y ha trastornado la función original con que fueron creadas. Y sin embargo, como son parte imprescindible de nuestro mundo, no podemos vivir sin los símbolos que aglutinen, sin las instituciones que garanticen la estabilidad y el orden, sin las ideologías que expresan las metas de mejoramiento humano. Pero la advertencia de Stringfellow es que debemos ser críticos capaces de denunciar el carácter idolátrico de estos poderes, cuando olvidan que fueron creados “para el ser humano”, y no el ser humano para ellos.

Estratagema de los poderes demoníacos

No puedo evitar la tentación de citar *in extenso*, por su agudeza, lo que Stringfellow expresa acerca de cómo estos poderes se instalan en la sociedad norteamericana:

El principado busca la muerte de facultades específicas de la comprensión moral y racional que distingue a los seres humanos de las otras criaturas...

La meta es la inmovilización o la rendición o la destrucción de la mente, y la neutralización, el abandono o la desmoralización de la conciencia. En la caída, el propósito y esfuerzo de todo principado es la deshumanización de la vida humana.

Esto se ilustra en la importancia política que tiene en la sociedad norteamericana contemporánea el deporte comercial, que absorbe la atención, el tiempo y las energías de las multitudes, alejándolas de su participación en las luchas políticas.

La infinita y multifacética babel de atracciones existente en los Estados Unidos, por ejemplo, ha producido una fatiga tanto visceral como intelectual en millones de norteamericanos. Por ahora desmoralizados, sufren de falta de conciencia y no se arriesgan en acción alguna. Su interés humano en la vida está reducido a la mera subsistencia; sus esperanzas de la vida no van más allá de evadir cualquiera involucramiento con otros seres humanos y del deseo de que nadie los moleste. No tienen ninguna expectativa con la sociedad; no les queda ninguna energía para enfrentar a los principados, y se ven reducidos a la docilidad, la lasitud, el sopor, una profunda apatía y el vacío.

Babel significa inversión del lenguaje, inflación del discurso degradado a mero rumor, eufemismos y frases codificadas, retórica, redundancia, hipérboles profundas en un discurso sin sentido, lleno de sofismas, eslogan, ruido, incoherencia, un caos de voces y lenguas, falsedad y blasfemia. Y todo lo que significa Babel es violencia.

Los nazis practicaron una Babel contra los judíos. Babel disemina el racismo. En 1984, Babel es la forma en que la tecnología avanzada deshumaniza a la persona.¹²

Resulta interesante que desde la América Latina se ha trabajado con categorías muy parecidas a las que Stringfellow usa. La escuela del DEI de Costa Rica, representada por el teólogo y sociólogo Franz Hinkelammert, ha venido hablando de la fetichización, que es una forma de expresar esa divinización idolátrica de objetos que tiranizan la vida humana. El fetiche expresa el sentido de factura humana; sin embargo, en su operación es tan determinante como los principados y potestades de la Biblia. Desde la perspectiva latinoamericana hay una profundización en los factores económicos, los mecanismos y las leyes del mercado, que son la causa de la depauperación de los latinoamericanos. La absolutización de este orden, su influjo a través de la cultura dominante, así como su efecto paralizante y desmovilizador son denunciados desde una perspectiva liberadora por los teólogos de la liberación.

A este respecto, Hinkelammert insiste en que la recuperación por parte del ser humano de su rol protagónico, como sujeto de su propia existencia, es la esencia de su humanización y liberación. Señala que el camino de la liberación humana pasa por la resistencia del carácter de sujeto: “la liberación llega a ser la recuperación del ser humano como sujeto”.¹³

Esto significa que el ser sujeto se encuentra íntimamente ligado a la resistencia y a la lucha contra las instituciones objetivantes y dominadoras.

Y el teólogo coreano-brasileño Jung Mo Sung declara enfáticamente:

El único modo de preservar nuestra calidad de sujetos es no aceptar ser reducidos a ningún papel social, por más importante, “santo” o “revolucionario” que este sea; y no aceptar la sacralización de ninguna institución o sistema social. Es la necesidad de la crítica de la idolatría y del fetichismo.¹⁴

Stringfellow en Cuba

Ser coherentes con el reto planteado por William Stringfellow nos impone, al menos, cuestionarnos si alguno de sus planteamientos tienen validez y pertinencia en nuestro país. Si su reto significa algo para nuestro contexto es que los teólogos e intelectuales deben abandonar la nube de declaraciones principistas, en la mayoría de los casos apologéticas, para acercarse a la realidad cotidiana del pueblo, escuchando las voces de la gente sencilla, siendo sensibles al mensaje que viene desde las bases.

Podemos decir que la coyuntura invita también a ser honestos y críticos. El país ha pasado por un proceso de

recolección de opiniones, en asambleas, donde millones de cubanos han expresado sus preocupaciones sobre los problemas más acuciantes. En este momento la autoridad suprema de nuestro gobierno ha expresado que se está en el proceso de clasificación y ordenamiento para posteriores respuestas. Una de las cosas en las que se ha insistido son las excesivas prohibiciones, que se implantaron respondiendo a una necesidad tal vez justa en el pasado, pero que ahora parecerían no tienen sentido. También el Comandante en Jefe Fidel Castro expresó en un memorable discurso una expresión que se ha estado repitiendo en los medios, y que comienza diciendo, “Revolución es cambiar todo lo que debe ser cambiado”.

Esto, indudablemente, crea expectativas. ¿Entraremos en un proceso de renovación de nuestro socialismo? ¿Se podrá iniciar una etapa de diálogo en la que se puedan expresar las distintas opiniones, a veces contradictorias? ¿Cuáles serán los límites a los que se podrá llegar?

Sin embargo, nos atreveríamos a imaginar a Stringfellow preguntando si somos tan ingenuos que pensamos que los principados y potestades ya han sido derrotados en nuestro país. El nos diría que no es tan fácil como creemos. Que los principados y potestades tienen un poder de resistencia asombrosos. Por ejemplo, el burocratismo, unido a un vicio que llamaremos controlismo. Todo tiene que ser orientado desde “arriba”. Los intelectuales y artistas hablan de la autocensura, que todavía tiene vigencia en nuestro suelo, y han propuesto defender una cultura del diálogo tolerante y respetuoso de las diferencias.

¿Pensamos que será fácil que los que están acostumbrados a “controlar” suelten sus riendas sin esparcir la idea de que todo el orden se va a resquebrajar? El miedo, el miedo es el arma de los principados-potestades. Por ejemplo, el miedo a que ocurra lo mismo que ha ocurrido en otros socialismos que intentaron renovarse.

Esta referencia nacional tiene como objetivo, simplemente, despertar la inquietud sana de que los principados y potestades no sólo operan en la sociedad norteamericana. No seríamos honestos con Stringfellow si solamente tomáramos conciencia de los problemas que él directamente enfrentó, y no los nuestros.

Conclusión

Con este trabajo no hemos querido sino introducir a un autor que merece ser estudiado por todos los preocupados por establecer un diálogo fresco, honesto y profundo entre el mensaje de la Palabra y la realidad de la sociedad actual. Stringfellow es un reto a avanzar en esta dirección, a buscar en libertad y discernimiento la voluntad de Dios para nuestro tiempo. Ojalá que su mensaje encuentre oídos atentos entre nosotros.

Notas:

- 1 William Stringfellow: *A Keeper of the Word: Selected Writings of William Stringfellow*, Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, 1994, p. 20.
- 2 Evangelio de Lucas 4,21.
- 3 William Stringfellow: *Count It All Joy*, Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids 1967, p. 20.
- 4 William Stringfellow: *A Keeper...*, p. 302.
- 5 Isaías 5,20.
- 6 Albert van der Heuvel: *These Rebellious Powers*, SCM Press, Londres, 1966.
- 7 Walter Wink: *Engaging the Powers*, Augsburg Fortress Publishers, Minneapolis, 1992.
- 8 William Stringfellow: *A Keeper...*, p. 194.
- 9 Ibid., p. 196.
- 10 Ibid., p. 198.
- 11 Ibid., p. 200.
- 12 Ibid., pp. 221-222.
- 13 Franz Hinkelammert: *El grito del sujeto*, DEI, San José (Costa Rica), 1998.
- 14 Jung Mo Sung: *Sujetos y sociedades complejas*, DEI, San José, 2007.

QUIÉNES *escriben* AQUÍ

Fernando Martínez Heredia. Cubano. En la Feria del Libro de La Habana del 2009 se presentó su libro *El ejercicio de pensar*.

Walden Bello. Filipino. Se desempeña como profesor de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad de Manila. Publica asiduamente sus análisis en una columna del *Philippine Daily Inquirer*.

Oscar Ugarteche. Peruano. Trabaja en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es integrante de la Red Latinoamericana de Deuda, Desarrollo y Derechos y del Observatorio Económico de América Latina.

Fernando Torres. Colombiano. Teólogo y educador popular. Forma parte de Dimensión Educativa, una asociación ecuménica inspirada en el pensamiento pedagógico de Paulo Freire.

Wim Dierckxsens. Holandés. Es coordinador del Foro Mundial de Alternativas para América Latina y miembro de la junta directiva de la Sociedad Latinoamericana de Economistas Políticos.

François Houtart. Belga. Sacerdote católico, sociólogo marxista y uno de los principales impulsores del movimiento altermundista. Entre sus últimos libros figuran *Délégitimer le capitalisme; Reconstruire l'espérance* (2005) y *La ética de la incertidumbre en las Ciencias Sociales* (2006).

Eric Toussaint. Belga. Preside el Comité por la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo. En el 2006 vio la luz su libro *Banque mondiale, le Coup d'Etat permanent: L'agenda caché du Consensus de Washington*.

Esther Vivas. Española. Integra la redacción de la revista *Viento Sur*. Activista y periodista, trabaja temas como consumo responsable y movimientos sociales.

Jorge Fuentes. Cubano. Entre sus documentales destacan *Tatú: Che en el Congo* y *Volveré y seré millones*, sobre Evo Morales y el proceso indígena y revolucionario en Bolivia.

Francisco Rodés. Cubano. Pastor bautista y teólogo. Dirige el Centro Kairós de la Primera Iglesia Bautista de Matanzas.



.....
Camilo Torres

